

LA TIERRA AMARILLA

“Un muerto es más pesado que un corazón roto”
El Sueño Eterno
R Chandler

VIERNES, 16 DE JULIO DE 2004

Toda especulación inmobiliaria exige un crimen, del mismo modo que vomita sus políticos corruptos o sus nuevos ricos que recogen la desesperanzada espera de sus abuelos cuando adquirieron aquellas tierras amarillas y secas, buenas para nada y malas para todo, donde apenas el esparto podía crecer con dificultad de niño mal alimentado.
Crecen las urbanizaciones a la orilla del mar como las células de un cáncer. Las células de calles, aceras, bloques de apartamentos o chalets proliferan hasta convertirse en una metástasis de cemento y hormigón, de cristal y balcones ridículos que apenas atisban el mar, como si estuvieran tan lejos como las montañas que, mucho más allá, aparecían azules y fantasmales entre la niebla matutina mientras unos hombres se afanaban en torno al cadáver que la marea había arrojado a la orilla arenisca de la playa de la Cueva del Lobo. Unos parroquianos se habían congregado en torno al cuerpo, ya sólidamente asentado sobre la arena húmeda, aunque lamido intermitentemente con delicadeza por la espuma de las olas, como si las aguas no quisiesen perder aún del todo el goloso sabor del hombre tendido

sórdidamente, en imposible posición de miembros inermes.
Lo había descubierto un pescador tardío o mañanero, no estaba claro, porque en su discurso atropellado y nervioso, más oscuro por el terror que le había producido el cuerpo enganchado en su anzuelo que por la sorpresa o la piedad, no acababa de expresar con claridad si había comenzado a pescar la noche anterior o se había incorporado al discutible deporte de la pesca con anzuelo antes del amanecer. El caso es que dio gritos de horror cuando arrastró el cuerpo hasta cerca de la caña, donde las sombras que aún no había arrasado la luz naciente le permitieron adivinar que nunca podría presumir de la pieza, en contra de sus esperanzadas ilusiones de un instante antes cuando, ante la resistencia obstinada del animal que había picado el anzuelo, había imaginado ya la gran fotografía con el pescado en vertical. Para enmarcar. Pero tal pensamiento se congeló repentinamente cuando comprendió que no podía tratarse de otra cosa que de un cuerpo humano sin vida al acercarse y, con gesto de miope, inclinarse sobre la terrible presencia que ya casi le alcanzaba los pies. Corrió como un poseso hacia la carretera y las casas más cercanas, todas de luces apagadas, sin vida también, oscuras antes del amanecer, implorando más que ayuda una compañía que alejara el terror que había helado un sudor raro que brotaba a tiritones.
Se detuvo una furgoneta de una panadería que circulaba por el Paseo del Mediterráneo, acertó el buen hombre a comprender lo que decía el pescador y llamó por su teléfono móvil a la guardia civil, que tardó lo suyo en contestar. Si llega a ser algo urgente, pensó el panadero, mientras, con bastante más presencia de ánimo que el incomprensiblemente aterido pescador, se encaminaba hacia el cuerpo tras apartar su Vanette de reparto cerca de la playa, y decía al otro:
- Seguro que es algún inmigrante que se ha ahogado. Se habrá caído de alguna patera. ¡Joder!, los traen como a cerdos, no hay derecho. Tendrían que hacer algo.
Cuando llegó junto al cuerpo lo examinó con atención. Pudo darse cuenta enseguida de que no se trataba de ningún africano. Los rasgos no coincidían con ninguna de las razas que uno espera encontrar en una patera. No era negro ni moro. Se trataba, por el contrario, de un

hombre blanco, con un grueso anillo en el dedo anular de su mano derecha y un rólex de oro que quien hubiera disparado la escopeta que le destrozó la cara no se había molestado en quitarle. La guardia civil que le tomó declaración compartió su apreciación, pues era evidente que el cadáver era el de un hombre blanco, maduro, canoso (se atisbaba aún parte de su cabello a partir de la coronilla, lo que no había destrozado el disparo). Estaba desnudo y, aparte del rostro, el cuerpo no había sufrido daño alguno, lo que hacía pensar que había estado poco tiempo en el agua. La presencia del anillo y del reloj descartaban de inmediato el robo como móvil del crimen.

La Guardia civil acordonó la zona, cubrió el cadáver con un plástico opaco y despejó la playa de curiosos mientras llevaba al pescador y al panadero hasta un Citroên blanco y verde para tomarles declaración. El pescador hubo de ser atendido de un ataque de nervios y confesó que nunca volvería a pescar. Los fantasmas de miles de cadáveres enganchados a sus anzuelos lo perseguían en espantosas visiones. No recobró la presencia de ánimo ni cuando le ofrecieron llevarlo a su casa, pues cuando entró en ella rompió a llorar y desde allí lo llevaron al Centro de Salud donde le inyectaron un tranquilizante que le permitió dormir como un niño unas cuantas horas.

Finalmente, la comisión judicial, con un forense y un juez de instrucción a la cabeza, llegó hasta la playa de la Cueva del Lobo. El forense aseguró, en la diligencia de levantamiento del cadáver, que la causa de la muerte era un disparo a la cara. El panadero lo oyó y pensó que para saber eso no hacía falta estudiar. Le resultaba curiosa toda la representación teatral: el forense, con guantes quirúrgicos en las manos, daba vueltas al cadáver como si quisiese desvalijarle los inexistentes bolsillos; la secretaria del juzgado, una rubia esbelta, ni se acercaba, y un guardia civil tenía que transmitirle, situado a medio camino entre los dos, lo que decía el forense para que ella dejase constancia en el acta. El juez, por su parte, bostezaba y hablaba con el sargento de la guardia civil, quien, solícito, ni prestaba atención a los hechos, sólo a Su Señoría.

El panadero dejó escapar una sonrisa mientras miraba todo esto. Un guardia le preguntó de qué se reía y él se limitó a señalar mar adentro,

donde el amanecer penetraba poco a poco de luz la mar como una puerta que se abre lentamente al Universo. Señaló una embarcación que estaba varada a cierta distancia de la costa.

- Yo de ustedes me interesaría por aquel barco. Esta ahí desde que llegué y parece que está al pairo porque no avanza, yo diría que lo llevan las olas.

El guardia miró hacia allí. Comprendió lo que quería insinuar el hombre y se dirigió hacia el sargento. Habló con éste y con el juez y todos miraron el que se adivinaba hermoso yate de recreo. Las órdenes de abordarlo fueron comunicadas inmediatamente al puerto de Garrucha donde estaban amarradas algunas lanchas de la guardia civil.

El cadáver fue trasladado un rato después hasta la sala de autopsias, en el Instituto de Medicina Legal. El forense practicaría la autopsia esa misma mañana. La guardia civil retiró las cintas de acordonamiento de la zona un rato después, cuando comprendieron que nada había venido con las aguas que pudiera ser relevante para la investigación.

Un momento después, el día ya perfectamente ubicado en el aire cristalino, transparente, como corresponde una mañana del mes de julio, ningún rastro quedaba en la playa de que la muerte hubiera pasado por allí. Incluso las cañas de pescar habían sido retiradas para devolverlas a su dueño, que aún dormía el sueño de los justos con química profundidad. Los ruidos del día iban llenando el espacio de una alegría de vida que enterraba cualquier sentimiento trágico en indiferencia y olvido con la rotundidad de una palada de tierra. Pronto los coches aparcados en la cercanía y el tráfico incesante en la carretera, los ruidos de los comercios y restaurantes cercanos, las madres y los niños, los veraneantes, los balones de agua, las paletas y los perros ocuparían la arena sin mancha, chapotearían en las aguas incólumes del Mediterráneo y la vida habría borrado la muerte y del cadáver no quedaría otra cosa que una investigación policial discreta y una noticia a toda página en los periódicos locales y provinciales.

Los veo asustados y no puedo entender. ¿Sabrán lo que es el miedo? Allí arriba sí que hay miedo. Y razones para tenerlo.
Observo desde la escalinata del Ayuntamiento. Cinco escalones de piedra tan anchos y elevados que me proporcionan una visión implacable de toda la manifestación. Ellos miran a un individuo al que aún no conoce la mayoría, alto, parapetado tras unas gafas oscuras que no puedo dejar porque me quedaría ciego de la luz del sur, acostumbrado como estoy a grisuras mucho más tristes.
Voy de paisano y tal vez me confunden con algún político de tres al cuarto, de los que observan tras los cristales ahumados del Ayuntamiento, escondidos como ratas.
Mis hombres se mueven nerviosos rodeando la multitud. Los alguaciles locales han dispuesto algunos coches y motocicletas frente a la cabeza de la manifestación, a mis pies, bajo la escalinata. Parecen muy ufanos de su uniforme azul, pero yo sí detecto su inquietud.
La manifestación no ha sido autorizada. Algunos alegan que ha sido espontánea, pero entonces no habrían tenido tiempo de preparar los enormes carteles que portan y la leyenda que los precede: “No a la especulación”, “Respetemos nuestras costas”, “Respetemos el medio ambiente”, y otras mucho más concretas: “Abajo Nueva Venecia”, “Alcalde corrupto.”
El alcalde me ha exigido que abata tales carteles.
Ni le he respondido. Entonces lo ha ordenado al jefe de la Policía Local y he observado con satisfacción cómo se introducía entre los manifestantes y forcejeaba con algunos de ellos. No ha acabado en batalla campal porque se ha retirado.
He vuelto la mirada, escondida en el negro de los cristales, hacia el alcalde, al que tampoco veo porque se esconde tras las ventanas. Pero sé que él también me está mirando.
Su jefe de policía ha vuelto con una sábana arrugada como pírrico trofeo.
Me comentan por el walkie que hay un grupo un poco revoltoso a un lado. Les digo que observen y no intervengan si la cosa no va a más.
Una manifestación es como una pequeña sangría. Necesaria para mantener la salud. Dejas que sangre un poco y la herida se purifica.

Como una catarsis necesaria, pegan cuatro gritos y se desahogan.
Además, tienen derecho a gritar lo que quieran, joder. Otra cosa es lo que todos sabemos, incluso ellos: que nadie les va a hacer caso, que el alcalde va a autorizar las obras por las dos razones más poderosas de todo político: melagomanía y dinero.
Contra eso no pueden luchar cuatro ingenuos, por muchas voces que peguen y por mucho simulacro de democracia en que crean.
Aquí nadie me conoce. Acabo de tomar posesión del cargo hace una semana. Algunos creen que no existe aún la pena de destierro. Yo soy la prueba de lo contrario.
Asistió muy ufano el señor alcalde y largó un discurso grandilocuente. Dudo que hoy, tras mi negativa a quitarles la pancarta, hubiera repetido las mismas palabras.
Tuve que ponerme el uniforme y aceptar unas palmadas en la espalda. Les hubiera cortado las manos.
No estoy aquí por mi gusto. Me han echado de mi hábitat, aquél en el que una manifestación sí es una guerra y no una protesta de parvulario.
Creen que soy como mi antecesor, blando y moldeable. No sé cómo soy. Ésta es una situación nueva para mí. Guardaespaldas de autoridades primero, seguimientos, infiltración, información luego, eso es lo mío. Estar aquí, como una estatua, vigilando una manifestación pacífica de ecologistas, verdes y desocupados, es como poner a un rottweiler a vigilar una exhibición de caniches.
Calculo cerca de mil personas. No está mal para una ciudad pequeña.
La plaza está copada de cabezas, apenas cabe un alfiler entre ellos. Veo las calles adyacentes, la fuente del centro de la plaza que suelta géiseres de agua sobre las cabezas sin alcanzar a ofrecer un frescor que permita respirar.
Debe hacer ya cuarenta grados y aún no es mediodía. Y lo que se avecina es peor, informan. Un infierno de calor.
Un tipo tras la pancarta de primera fila. Agarra un megáfono y se lo lleva a la boca. Es alto y grueso y suda como si estuviera en una sauna. La enorme camisa se le pega al cuerpo y el sudor la deja traslúcida, permitiendo observar sus tocinos de cerdo demasiado

cebado. Le sale un vozarrón tosco y mecánico, a través del aparato. Descubro junto a él a una chica holandesa que vi hace unos días en la televisión local.

- ¡Estamos aquí! –comienza. Se empiezan a oír siseos entre la multitud, solicitando silencio.
- ¡¡Para pedir que no se cometa un crimen!! –continúa grandilocuente.

Su cabeza suelta sudor como agua la fuente. Las gafas negras oscurecen su mirada, pero se hace evidente que se siente el centro del mundo y portador de una verdad universal.

- ¡El crimen de horadar nuestra costa para construir, artificialmente, unos canales que destrozarán los entornos naturales!

Un alarido de indignación por un lado y aplausos por otro.

- ¡Será un desastre natural. ¿Y a quién beneficia? Sólo a unos pocos que se harán aún más ricos, mientras los demás tendremos que huir de nuestras casas, de donde vivieron nuestros padres, para dejar paso a los miles de personas que vendrán. Se perderán las playas, las costas, las tierras que tanto sudor ha costado conquistar en esta tierra, los restos arqueológicos, que son nuestras señas de identidad!

Gritos de aprobación. Volviéndose hacia el ayuntamiento, el orador continúa:

- ¡¡Señor alcalde, queremos que sepa que no aceptamos su imposición antidemocrática!! ¡¡Que no permitiremos que convierta Baria en una tierra de especulación y ladrillo. Que no vamos a permitir que cambie nuestra tierra por paseos de hormigón y cemento, que profane nuestros yacimientos arqueológicos…!!

Un orgasmo de aprobación surge de los cientos de gargantas. Vítores y aplausos sacuden la plaza y las cristaleras del ayuntamiento.

A la vista del personal, me pregunto cuántos de éstos son autóctonos, a cuántos de verdad les preocupa la tierra y si de verdad alguien tiene derecho a parar el progreso, por mucha corrupción que genere. Por haber nacido o vivido aquí, ¿tenemos derecho a impedir que vengan y vivan otros?

Tras el aplauso, pasa el megáfono a la chica holandesa, ligera camiseta de tirantes, gafas de sol, falda larga abierta y sandalias. Cuando se gira en varias direcciones, hasta acabar comprendiendo que sólo puede hablar en una, los pechos se mueven sueltos, deliciosos como helados de nata. A pesar del timbre metálico del megáfono, la voz suena dulcificada por su acento.

- ¡Están usurpando tierras de gentes que no quieren vender para realizar el megaproyecto de Venecia II. Algunos de vosotros estáis siendo expropiados sin poder siquiera discutir el precio. Os despojarán de vuestras tierras, a algunos incluso de vuestras casas, y os darán una limosna. Nadie puede comprender la locura de nuestros políticos. Sólo la corrupción puede explicar que se tomen algunas decisiones! –concluye sentenciosa, como si hubiera descubierto una gran verdad oculta.

Al oír estas palabras y el aumento del estremecedor jadeo de la muchedumbre, el bienmandado jefe de la Policía Local se lanza a quitarle el megáfono a la chica. Lo secundan algunos de los más diligentes enchufados del cuerpo. El revuelo resulta hasta gracioso. Nadie se atreve a pegar a nadie, pero se empujan, se insultan, agarran el megáfono cinco pares de manos diferentes y tiran de él en diez direcciones, como niños disputándose un juguete. Entre el remolino, un individuo salta la fila policial y sube los escalones.

Lo paro en seco. Sin decir ni media me pongo ante él.

- Déjame pasar –exige.

Se trata de un tipo grueso, no muy alto, de pelo negro rapado, que viste zapatillas de deporte, un vaquero cortado con flecos sueltos en las rodillas y una camisa azul.

- Vuelve abajo –le ordeno.
- Ni hablar, voy a hablar con ese cabrón. Me van a oír.
- Vas a volver abajo, tranquilamente –le insto de nuevo.

El tipo intenta pasar y me empuja. Agarro su brazo y lo retuerzo.

- No quiero hacerte daño. Vete, por favor.

Pero antes de que pueda devolverlo a la multitud, un diligente alguacil acude innecesariamente en mi ayuda y lo esposa.

- No es necesario –le digo.

No hace caso e intenta llevárselo detenido.
La gente nos mira. Han dejado a un lado la disputa. El megáfono se ha perdido bajo el manto de cabezas y el jefe de la policía local vuelve esta vez sin trofeo.
Bajo los escalones y me planto ante los oradores.
Me rodean y el jefe de la policía local, que intenta mantener su autoridad situándose detrás de mí es alejado por la marea de los cuerpos.

- Esta manifestación es ilegal –les digo al del megáfono y a la chica.- Os he dejado un buen rato. No habéis hecho daño a nadie. Ya habéis explicado vuestra postura. Pero esto ya ha acabado.
- Queremos ver al alcalde –protesta uno.
- No os quiere recibir, parece evidente. Ya está bien.

Miro a los oradores y ellos asienten. Se han acercado unos periodistas y nos están grabando. De pronto, uno de ellos grita:

- ¡¡Han asesinado a Alain Pérez!! ¡¡¡Alain Pérez ha muerto!!! –el móvil pegado a la oreja y una expresión de estupor en el rostro.

Fue alertado por los gritos de la cocinera. La encontró frente el televisor. Tras él, entró el jardinero. La mujer, las manos mojadas goteando sobre el suelo de granito, entrelazadas y puestas en la boca, sofocados los gritos que aún querían brotar de la garganta, lo dejó todo y se plantó ante la pantalla.

- ¡Calle! –ordenó Mike.

La mujer se quedó quieta y callada como una estatua, pero los ojos desmesuradamente abiertos no escondían el estupor y un estremecimiento.
Un locutor de egregia barba canosa, atildado cabello escaso y pulcra corbata hablaba desde un plató casi desnudo. Sólo un logotipo vulgar, en la esquina superior derecha de la pantalla, identificaba el noticiario de urgencia de una televisión local.

- Repetimos – continuaba el locutor.- Ha llegado a nuestra redacción la noticia, sorprendente y trágica, de que el cadáver

aparecido esta mañana en la playa del Lobo, en Mojácar, puede corresponder al inversor francés, señor Alain Pérez, al que tuvimos hace dos días en este mismo plató. Estamos a la espera de la confirmación definitiva. Pasamos de nuevo la conexión a la unidad móvil, situada frente a la entrada del Instituto de Medicina Legal de Baria.

Mike no tuvo que esperar confirmación alguna.

- El señor… -se atrevió a continuar la cocinera, para dejar en suspenso todos los miedos que la asaltaban.
- ¡No puede ser! – aventuró el jardinero, que dio unos pasos adelante, hasta situarse frente al televisor, como si quisiera retarlo a que se atreviera a decirlo una vez más.

Luego, se volvió hacia Mike, y con sus ojos, los de la cocinera. Sintió el peso de sus preguntas mudas. Al fin y al cabo, él era el guardaespaldas del señor.

Mike salió de la cocina bruscamente y subió las escaleras en dos en dos. Entró en su habitación y abrió el cajón de una cómoda. Buscó la pistola y la dejó sobre el mueble. Se quitó las bermudas que había vestido en casa durante la mañana, mientras reflexionaba y esperaba acontecimientos. Aún no había decidido qué hacer. Todo dependía de ella. Pero Luisa no respondía al teléfono, de modo que su intranquilidad iba en aumento.

Se puso los pantalones negros, los mocasiones negros, la camisa negra y la chaqueta negra. El uniforme extraño que se había hecho tan temido y al mismo tiempo respetado durante este último año en toda la ciudad, que llamaba tanto la atención de los autóctonos, acostumbrados a quitarse la ropa como un reptil que se despoja de su piel en cuanto llega el calor. Él, en cambio, dejaba su impresión en la retina de todos los que lo veían así en aquellos días de extremo calor sahariano, durante aquellos últimos días que podían volver loco al más cuerdo, pasional al más frío. Su impronta oscura dejaba una impresión de distancia, de superioridad incluso, en todos los que lo conocían.

Guardó la cartera y el pasaporte en el bolsillo de la americana, colocó la funda con la contenida HK en la cintura y fue hasta el dormitorio de

Alain. A él ya no le importaría.
Sobre una cómoda un joyero grande. Alain guardaba allí una colección de relojes de un valor incalculable. Los caprichos de un multimillonario que ya no sabe con qué contentarse.
Pero no eran relojes lo que interesaba a Mike. Bajo las hileras de relojes, limpísimos y pulcramente dispuestos, un joyero mínimo, antiguo, de poco valor. Dentro, un colgante. Limpio pero antiguo. Oro de pocos kilates. La joya más preciada de Alain. Lo había descubierto algunas veces manoseándola durante horas, pensativo, alejado de todo lo que lo rodeaba, ensimismado en sus recuerdos y enterrado en su memoria como un lunático. De esos ratos de aislamiento volvía con una furia renovada, un odio inconmensurable y una decisión irrevocable: la que los había traído hasta aquí.
Todo perfectamente planeado desde hacía dos años, cuando buscó y le recomendaron un hombre que no fuera sólo un guardaespaldas, sino un hombre para todo, en el que confiar ciegamente su más dolorosa y ansiada venganza: ese regreso que para él era más esperado, más épico y más astuto que el de Ulises a Ítaca. Y más falso que el caballo que entró en Troya.
Mike había resultado ser ese hombre meticuloso, conocedor de lo peor de la naturaleza humana, insidioso e intrigante y decidido. Había sido la avanzadilla que lo había preparado todo para que él volviese al lugar del crimen, treinta años después, con la aureola de un señor todopoderoso que podría cambiar la tierra que lo vio nacer y que lo expulsó tras una noche desdichada de sangre y pólvora.
Abrió el colgante y observó detenidamente los rostros de dos retratos minúsculos pero diáfanos. El bellísimo rostro de mujer. El tierno rostro de niña. Los mismos rasgos. La misma mirada de ojos negros y grandes que parece esperar un acto de amor o un milagro. La tragedia sufrida por madre e hija. Treinta largos años de espera.
Mike guardó el colgante en el bolsillo y salió de la casa, subió al Camaro rojo que se había hecho traer desde Marsella y puso rumbo a Baria.
Condujo con desesperación, intentando subirse sobre los coches que le precedían en interminables atascos por las carreteras que se habían

quedado hacía tiempo tan escuálidas para el auge inmobiliario y demográfico de la zona como un vestido de adolescente en una cincuentona embarnecida. Por fin alcanzó el doble carril que unía Baria con la costa y aceleró, pero otros se habían desesperado igualmente y enseguida el carril izquierdo estuvo tan ocupado como el derecho. Tardó más de treinta minutos en los escasos trece kilómetros que separaban la casa de Alain en Mojácar de la barriada antigua y empobrecida donde vivía la abuela de Luisa.

Aparcó sobre una acera de bordillos comidos por la intemperie y la falta de cuidados municipales y llamó a una casa de planta baja. El barrio de San Miguel había sido construido en los años sesenta del siglo XX y desde entonces nadie había querido ocuparse de él, todos habían querido huir. Menos la vieja, que compró aquella casa, le contó su nieta, barata y de techos casi derruidos, cuando murió el abuelo y la nieta ya exigía la cercanía de una escuela, a principios de los ochenta. El cortijo solitario y sin comodidades, rodeado de tierra árida y dura, ya no era un lugar adecuado para dos mujeres solas, una en la recta final y otra en la rampa de lanzamiento de unas vidas que se cruzaban invertidas, reunidas en el punto común de la muerte de la hija y madre.

Una hilera de casas iguales, de una planta, con terrados y puertas azules, ventanas demasiado pequeñas para la avidez de luz y de aire de los eternos veranos del sur. Paredes encaladas e irregulares. Enfrente, solares vacíos y más allá, viejos edificios del movimiento, ocupados de inmigrantes y tres moles cúbicas de tres plantas construidas por un promotor avisado de los años setenta que intentaba remedar en una ciudad pequeña del sur los barrios dormitorio de las grandes ciudades: ladrillo rojo que era ocre desde hacía mucho, ropas tendidas en las ventanas de aluminio barato.

Antes de conseguir que abriera hubo de emplearse con decisión tres veces. No le extrañó, por tanto, la expresión atemorizada y precavida de la vieja. La abuela de Luisa no había tenido otro motivo para sentirse feliz durante los últimos treinta años que la nieta. Y ahora un hombre vestido de negro preguntaba autoritariamente por ella.

- No está –dijo con decisión, a pesar de su aprensión, la abuela.

Vestía una bata ligera y con la mano se la cerraba a la altura del pecho.

Los ojos doloridos a la luz de la calle y las ojeras profundas le confirmaron que la buena mujer no había dormido en toda la noche. Su palidez contrastaba con la bata negra y el rostro arrugado y enteco surgía de las ropas como el de una momia.

- Es urgente que la vea inmediatamente – exigió Mike, intentando aclarar su acento inglés para hacerse entender mejor.

La mujer tardó unos segundos en comprender. O tal vez tardó buscando la respuesta.

- Ha dormido conmigo. Ha estado aquí toda la noche –afirmó la mujer, avanzando incluso un paso, adelantándose al miedo y proponiendo una coartada y enfrentándose de antemano a la lucha.

Mike la apartó con decisión y cuidado y entró en la casa. La registró en segundos. Luisa no estaba.

La mujer, que lo seguía como un perro guardián demasiado viejo para hacer frente pero que aún quiere mantener la dignidad, gritó:

- ¿Quieres matarla?

Para luego, sollozar lastimeramente:

- ¡Noooo!

Mike dejó la casa, subió al coche y las ruedas traseras del Camaro sacaron esquirlas del descascarillado enlosetado de la acera.

Volvió a marcar el número de la oficina donde trabajaba Luisa, pero le volvieron a decir que no había venido hoy. Llamó otra vez a su móvil, pero su voz sólo era la del contestador. No dejó mensaje alguno. Mike sudaba como nunca. No eran las ropas a las que estaba acostumbrado. No eran los cuarenta grados que marcaba el termómetro del coche. Empapado, intentaba adivinar qué podría estar haciendo…

Su intuición de viejo guardia civil curtido en treinta y cinco años de profesión no le engañó. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, se decía mientras esbozaba una sonrisa que sus antiguos colegas no acertaban a descifrar, aunque alguno apostilló:

- Ya está Padilla sabiendo más que nadie.

Padilla no se molestó en negarlo. Se limitó a acercarse al más joven y, con el peso de autoridad que le otorgaban su grado y su historia y la falta de vergüenza que le confería la edad, le pidió que le ayudara con el cacharro moderno. El joven guardia se sentó ante el ordenador, no sin antes mirar al sargento, que prestó su anuencia con un gesto de cabeza antes de coger la gorra que había dejado sobre la mesa y salir de las dependencias.

- Así que el barco era del muerto –comentó Padilla.
- Allí lo mataron, sin duda –dijo el joven, mientras iniciaba el ordenador y buscaba una carpeta sobre la mesa. La abrió y mostró a Padilla unas fotografías.

En algunas se veía el cadáver, primero en la playa, tal y como había aparecido en la caña del pescador, y luego sobre la mesa de autopsias. El cuerpo aparecía intacto, pero del rostro no quedaba sino media cara.

- Le están haciendo la autopsia –comentó el joven guardia.- Aunque no hace falta mucho para saber de qué ha muerto –fijó unos ojillos excitados en la fotografía de primer plano. Padilla lamentó con indulgencia su entusiasmo.
- ¿Cartuchos de perdigones o de postas?
- ¿Qué importancia tiene eso?
- Cosas mías, jovencito.
- Postas.

Padilla hizo un gesto de triunfo.

- ¿Qué pasa? –preguntó el guardia.- Ni que se alegrara usted…
- Cosas mías –repitió Padilla, quien se relamía como buey viejo.

El guardia mostró otra fotografía, ésta de cuerpo entero.

- ¿Estaba desnudo?
- Como su madre lo trajo al mundo –respondió el joven.
- No creo que su madre lo trajera así.
- Mire, éste es –dijo el guardia, concentrando su atención de nuevo en el ordenador, en cuya pantalla surgió el rostro del ahogado.

Se trataba de un hombre maduro, de entre cincuenta y cinco y sesenta

años, con signos de plena vitalidad en la mirada.

- ¿De dónde has sacado esta foto?
- De una página web de Francia. ¿No sabe quién era?
- Sí, lo sé muy bien –dijo Padilla, más para sí que en respuesta al otro, quien volvió sus ojos a la pantalla otra vez.
- O puede que no – lanzó Padilla, concentrándose en las pupilas, sendos puntos negros entre tanto azul de los iris de un hombre de rostro de perfectos rasgos latinos. El viejo guardia creyó ver la imagen típica de un patricio romano. La frente amplia, sobre la que caían, desordenados, puntas de cabellos blancos. La nariz, recta y fuerte. Los labios apretados de un hombre de voluntad. El mentón fuerte y elevado, gesto de desafío o de soberbia frente al objetivo de la cámara. Las mejillas, esmeradamente rasuradas en la detalladísima instantánea, no delataban flaccidez alguna, sino que eran firmes y delgadas como las de un hombre mucho más joven.

Padilla volvió a mirar el cuerpo tendido en las fotografías tomadas esa misma mañana. No parecía el mismo. El agua había hinchado ligeramente el cadáver. Ya no era el hombre altivo cuyo rostro continuaba observando con vivo interés el joven guardia en la pantalla del ordenador. Miró los datos adjuntos en la ficha: Alain Pérez, 59 años, nacionalidad francesa, hijo de padres desconocidos, aunque se sabía que era huérfano de exiliados españoles de la guerra civil. Criado en un orfanato de Marsella.

Padilla esbozó un gesto de contrariedad, golpeó con la ficha la otra mano y se quedó pensativo.

- ¿Está en el Instituto de Medicina Legal?

El guardia asintió. Padilla se despidió y el joven, con alivio, olvidó lo que tenía ante sí y se dispuso a realizar su trabajo.

Padilla condujo con lentitud de tortuga segura de su destino desde las dependencias de la Policía Judicial en Garrucha hasta las afueras de Baria, donde el nuevo edificio de los juzgados albergaba también un módulo para el Instituto de Medicina Legal.

Saludó a los funcionarios y entró sin preguntar y sin llamar.

- No se puede pasar –dijo uno de ellos, alarmado de ver que cualquiera pudiera profanar la intimidad de un cadáver seccionado

por el forense.

- Voy a reconocerlo, es un amigo – mintió Padilla.

El otro, la boca abierta, viendo que sus compañeros no se inmutaban, lo dejó continuar. Bajó unas escaleras y se adentró en pasillos silenciosos y frescos. Los despachos a ambos lados estaban tan vacíos como cuevas antiguas y sólo al final, tras un montón de advertencias para no pasar excepto personal autorizado, una puerta de doble hoja daba paso a la sala de autopsias.

- ¿Te han encargado la autopsia a ti? –preguntó Padilla a un forense envuelto en su bata blanca, que le daba la espalda.
- ¿Qué haces aquí? –preguntó Braulio, el forense, sorprendido.

Padilla se encogió de hombros y dirigió su atención al cuerpo tendido sobre la mesa de acero.

- Estaba yo de guardia – aclaró Braulio, aunque Padilla no le explicará qué demonios hacía allí. El forense llevó la ficha a una mesa y de dispuso a rellenarla.
- Braulio –llamó.- ¿Es que la vas a hacer solo?
- Mi joven colega ha ido a vomitar, creo –aceptó Braulio encogiéndose de hombros.
- ¡Esta juventud…! –dijo por decir Padilla, acercándose al cuerpo tendido.
- ¿Qué haces tú aquí? –preguntó el forense otra vez.

No respondió. Padilla observó el cadáver con atención reconcentrada. Pero no pudo advertir otra cosa que un cuerpo algo hinchado, sin olor a putrefacción aún.

Dio la vuelta alrededor de la mesa y una arcada le vino a la garganta, aunque aguantó. No era un espectáculo agradable ver la cara destrozada por un disparo de postas. Claro que para Padilla no era el primero. Ante el rostro devorado por el disparo rememoraba aquéllo que tan bien recordaba de hacía tantos años. Así que no pudo evitar preguntar al muerto en voz alta:

- ¿Quién eres, cabrón?

CUATRO DÍAS ANTES

LUNES, 12 DE JULIO DE 2004

Es una intuición pero, ¿por qué no seguirla?

Llamo al centro donde estuvo internado y comprueban lo que les pido en apenas unos minutos. Magia de la informática. No salto de alegría para no llamar la atención. Soy nuevo en el puesto y no quiero dar una impresión equivocada. Salgo solo de la comisaría.

Una bofetada de aire ardiente me asalta nada más cruzar la acristalada puerta. Siempre quiero recordarlo y nunca estoy lo suficientemente preparado. El verano más caluroso en no sé cuántos años. No lo esperaba. De haberlo sabido, no hubiera aceptado el destino.

Un lugar tranquilo en el Sur, alejado de toda esta mierda, me prometieron. Acostumbrado a los paisajes verdes y a las brumas, el nuevo destino es una tortura.

Es cierto que voy perdiendo, muy poco a poco, la costumbre de mirar los bajos del coche a cada momento, pero no estoy seguro de que haya merecido la pena el cambio.

Claro, que tampoco podía negarme. Estaba marcado. Lo sabía ya antes de que me hubieran dado voleta.

El aire es irrespirable. Entro en el coche y en el acto estoy empapado de sudor, como si saliera, camisa incluida, de la ducha. Los plásticos del viejo Seat Toledo amenazan con derretirse. El volante quema como una sartén. El interior es una sauna insana y maloliente. Huele a tabaco que apesta y no se pueden abrir las ventanas si uno no quiere quedarse disecado en el acto, o sufrir un golpe de calor o que se lo coman las malditas moscas.

Consigo arrancar y al maniobrar –la palanca de cambios quema como la brasa de un cigarrillo- advierto la mirada curiosa de un agente que me mira tras los cristales de la entrada, tan fresquito él.

Por un instante siento la tentación de olvidarme del asunto. No puede ser verdad. No podrá ser cierta tanta dicha. Ni será tan imbécil como

para venir a Baria y exponerse abiertamente.
Pero nunca se puede menospreciar la estupidez de un chorizo.
Me alejo de la comisaría y entonces pienso, con fastidio, que no sé dónde está ubicada la oficina del INEM. Intento hablar por el móvil y López me ayuda diligente:

- Jefe, tiene que tirar derecho, luego, cuando llegue a un cruce de tres calles, en diagonal, donde hay una farmacia, gire a la derecha. Luego, a ver… Sí, tres calles y a la izquierda. Pero espere… creo que hay una obra. No mejor, jefe, tire para adelante y…

Me lo imagino mientras la ira sube mi temperatura corporal, ya cerca del colapso. Grande, el móvil en su mano se pierde como una pulga en la lana. Bobalicón, como sólo pueden serlo los gigantes. Cobardón, como sólo pueden serlo los grandotes. Bonachón, como sólo pueden serlo los que tienen una fuerza descomunal.

- Luego. Sí, para adelante. To palante y, entonces
- ¿Tó palante qué coño significa? – le corto, mascullando insultos.
- Pos tó palante, jefe. ¡Ah! Tire usted –dice entonces, marcando mucho las eses, para que el finolis del jefe lo entienda,- hasta el final.
- ¿Hasta el final de qué?
- Pos… Pues hasta el final de la calle, jefe.

Lo dice en un tono que quiere decir que soy medio idiota.

- Y luego…
- A ver, López, abreviando. ¿Por qué zona está?
- Por el centro, jefe.
- Vale.

Corto. La conversación ha sido extenuante, así que me meto para el centro de la ciudad y que sea lo que Dios quiera. En peores sitios me he visto, ¿no?
Calles de no más de diez metros de anchura donde quieren que quepa, de golpe, toda la modernidad del siglo XXI. Comercios a ambos lados, aceras estrechas y repletas de gentes con poca ropa: blusas y batas ligeras las mujeres de edad, falditas y tops las chicas jóvenes,

pantalones de tergal y camisa abierta hasta la barriga los adultos, incongruentes camisetas y bañadores con zapatillas de deporte los chavales. Una agitación incesante en la hora previa al máximo hervor del día. Los edificios tienen dos o tres plantas. Edificios tranquilos de ciudad pequeña del sur.

Me aparto junto a una acera y pregunto a un hombre que pasa el rato ante una cafetería sin decidirse a entrar ni a largarse. Lleva un palillo entre los dientes y la camisa abierta. Brilla el sudor de su quietud en el blanquísimo pecho hirsuto y avejentado.

Me indica que continúe hasta la plaza del Ayuntamiento y las oficinas están situadas en una calle transversal. Ya podía haber sido tan conciso López.

Aparco en la plaza del Ayuntamiento, en el lugar reservado a las autoridades. Me ven un ujier y un policía local. Los saludo con un gesto y paso de ellos.

Se trata de una calle estrecha. Por alguna razón, da la impresión de que se puede respirar en ella, porque su estrechez la mantiene aún, aunque por poco tiempo, en sombra.

En la oficina del INEM, me informan de que aún no ha venido a sellar. Que puede hacerlo en cualquier momento. Aseguran que ha de hacerlo pronto, porque de lo contrario perderá el derecho al cobro del paro.

Salgo de las oficinas y busco un lugar donde esperar. Pienso traerme el coche, pero el aire acondicionado no enfría lo suficiente y no hay aparcamiento. Apenas seis metros de anchura, una fila de coches aparcados a la derecha y una acerita. Lo descarto y busco una alternativa, pero no hay ningún bar cerca y con vistas a las oficinas. Cruzo la calle y pruebo la cerradura de un edificio. A través de la puerta acristalada me llega una promesa de frescor.

Aprieto el azar un botón del portero automático.

- ¿Me abre, por favor?
- ¿Quién es? –responde la voz de una viejecita.
- El cartero.

Un silencio.

- Una leche. El cartero ha pasado ya.

- Bueno, no soy el cartero, ¿me abre?
- No. Y voy a llamar a la policía.

La viejecita se ha convertido en una bruja.

- Soy la policía, señora. Abra, por favor.
- Ni hablar, y voy a llamar a la policía.
- Como no abra ahora mismo, subo y le tiro la puerta a patadas.

Un silencio de muerte. Después, la puerta se abre con un clic tan asustado que casi me arrepiento de mis prontos, pero con este calor no controlo mi carácter, mi mal carácter.

La promesa era cierta. Y en el vestíbulo del edificio entro en otra dimensión. Baja al menos diez grados el suplicio de fuera. Y dicen que la ola de calor está por venir, que esto es sólo el principio.

Me dispongo a esperar. Enciendo un cigarrillo y me pregunto si no soy un estúpido demasiado estúpido que está haciendo una estupidez.

Esperar que un atracador, que no hace ni tres semanas que ha salido de la cárcel, acuda a su oficina de empleo para poder cobrar el paro cuando ya es sospechoso de un nuevo atraco, sólo se le puede ocurrir a un ingenuo. Mejor no decir nada en comisaría y si estoy horas esperando como un imbécil, al menos no se reirán de mí.

Pasa por la acera la fauna de la ciudad que aún no conozco. Viejos lentos acostumbrados al calor: ellas con alguna bolsa de la compra y abanicándose, ellos con una vara, un cayado o un cigarrillo en las manos. Chavales de vacaciones que se mueven en el calor como peces en el agua, mujeres que vuelven de la compra y siempre dejan algo que ver a través de sus faldas con raja o sus vestidos abiertos y blusas escuetas, hombres que se limpian el sudor de la frente, extranjeros espantosos que se han perdido en calles secundarias donde no hay nada que ver y se detienen a mirar mapas o nombres de calles.

Una niña entra en el portal y me mira con prevención. En lugar de esperar el ascensor, corre escaleras arriba. Luego, una señora baja y regordeta me mira mal sin disimulo hasta que saco del bolsillo la cartera y muestro la placa en un giro magistral de muñeca y hago un gesto de silencio llevándome el dedo a los labios. Ella, tranquilizada pero curiosa, se queda con la boca abierta, no de sorpresa, sino de ganas de preguntar.

Entretanto, en la oficina de empleo apenas entra gente. No estoy seguro de poder reconocerlo, así que he dejado la advertencia de que me avisen. Los he engañado para que no se asusten: No es nada grave. De todos modos, la curiosidad ha podido más que la prevención. Sus ojos de funcionarios aburridos han brillado con una pizca de maldad.
Por eso, cuando recibo una llamada en el móvil y una voz femenina, que cuesta oír de lo bajito que habla, me dice que está dentro, me pego contra el cristal. Me dice que viste unos vaqueros, una camiseta de baloncesto y una gorra y gafas de espejo.
Le pregunto cuánto le queda y me asegura que un momento.
Salgo corriendo y me planto en la acera, a unos diez metros de la puerta de la oficina, dispuesto a simular que paseo por la calle.
Efectivamente, cinco minutos después sale el individuo. Maldigo mi suerte cuando se dirige hacia mí, quería cogerlo por la espalda. Algo le advierte, aunque ya ha dado unos pasos fatídicos, al igual que yo. Ahora no hay más de dos metros entre nosotros. Ya no me corto de mirarlo. Quiere pasar a mi lado y escurrirse como una anguila. Aunque no está seguro, su instinto lo pone en guardia.
Cuando, ya inevitable, nos cruzamos, le suelto el codo en la boca y el colega no dice ni mu. Salta como los actores de cine mudo, cómica y violentamente, y se queda tendido en el suelo. El estupor y el dolor no le dejan reaccionar. Me quedo de pie, a su lado, sin decir ni hacer nada. Se sienta en el suelo. Se lleva la mano a la boca, destrozados los labios y algunos dientes. Escupe. Sangre y dientes.
Empiezo a sacudirme y no puedo evitarlo. Salen los primeros funcionarios de la oficina, picados por la curiosidad y se quedan atónitos, mirándonos. Y yo riéndome, en silencio primero. A carcajadas después.

- ¿Cómo puedes ser tan imbécil? –comento, más que pregunto.

Es una pregunta retórica que acompaño con una patada a su muslo. Tampoco protesta, conmocionado.

- ¿Cómo puedes ser tan imbécil?

Y lanzo otra patada a su costado. El cuerpo callado se gira sobre sí mismo, esta vez también dolido de verdad, y cae de la acera al asfalto.
- ¿Por qué hace eso? –pregunta tímidamente una funcionaria, tal vez

la misma que me ha llamado por teléfono.
- Es un atracador –le digo.
Todos callan. Ahora comprenden. Se miran unos a otros con expresión de terror. Los he engañado y ahora son conscientes del riesgo que han podido correr. Se indignan, comentan, protestan. Y yo no hago más que reír.
Me agacho sobre él y le pregunto otra vez.

- ¿Cómo puedes ser tan imbécil?
- He venío… a cobrar el paro.
- ¿Cómo se te ocurre cuando hace tres días has vuelto a atracar un banco en Alicante? ¿Eres gilipollas?

Y le suelto una colleja a la cabeza. El colega está despabilando. Y yo divertido y al mismo tiempo extrañamente enfadado. ¿Cómo puede ser tan miserable para venir a cobrar el paro cuando acaba de robar un banco y se ha llevado más de doce mil euros?
- Eres un rata. ¿Me invitas a un café? –le pregunto entre risas.
Le doy otra colleja.

- No me pegues más, ¿vale?

Tiende las manos y le pongo las esposas sin parar de reír.
La gente se ha detenido para ver el espectáculo. No son sólo los aguerridos funcionarios de la oficina de empleo, sino todos los que pasan por la calle, incluso algunos desde sus ventanas ya interrogan a los de abajo.
Le doy unos pañuelos de papel para que se los ponga en la boca.

- Estás detenido y todo ese rollo, ¿vale?
- Vale.
- Y la próxima vez que salgas del trullo y a las dos semanas atraques un banco, pasa del paro, tío –le aconsejo, como si fuera mi sobrino.
- Llevaba un pasamontañas –explica con un siseo entre dientes, para que no lo considere imbécil del todo.
- Mis colegas te conocen hasta por el culo, capullo.

El atardecer ya era más oscuro que plateado, pero conservaba el aire una transparencia cristalina y pura que simulaba un paraíso, aunque también llevaba en oleadas el ardor del infierno.

Había aterrizado esa misma mañana en su jet privado en el aeropuerto de Almería. Había llegado a la casa que Mike había alquilado para él en Mojácar al mediodía y se había pasado luego horas mirando el blanco de las urbanizaciones y el verde del mar y el azul del cielo, recuperando de un sorbo los recuerdos de hacía tantos años. Ahora, el hombre ocupaba el asiento trasero del Lexus 460. Llevaban dos horas circulando por la ciudad, por sus alrededores. Incluso ordenó al chófer que lo llevara a cinco kilómetros, a los lugares tan lejanos que parecían de otra vida pero tan cercanos que no se le habían ido de la mente ni un solo día en treinta años.

Había ido reconstruyendo con los ojos lo que había recordado e imaginado durante todo ese tiempo con una meticulosidad enfermiza. Hecho a todo durante treinta años de dura vida de duro trabajo y de más dura aún vida de negocios en el filo de lo admisible, se sentía extrañamente apagado y febril a un tiempo. Querría largarse, tal vez la venganza soñada durante tanto tiempo ya no era necesaria, tal vez ni siquiera le proporcionase ese placer incomensurable con el que había soñado cada una de las noches de su larga ausencia. Pero, al mismo tiempo, su ánimo se encendía con ira y cólera a medida que iban apareciendo ante él, reconstruidos pero iguales, los paisajes de su juventud.

Como si se tratase de una mujer que nos ha olvidado hace mucho, no podía soportar la humillación al tiempo que se sentía anticipadamente derrotado, aunque culminara la venganza para la que había vuelto.

- ¿Es necesario? –preguntó Mike, sentado a su lado en el asiento trasero.

El hombre, aire egregio su cabeza de arquitectura sólida y cabello corto y más blanco que gris, no volvió la cabeza para responder. Continuó mirando una casa cortijo desvencijada, que se caía de puro cansancio, al final de un camino que recordaba con la más lacerante memoria. El último camino de España, para Alain Pérez, el Francés.

En su mente revivían viejos recuerdos, almas que gritaban desde el

espacio inabarcable y recóndito de treinta años de olvido y muerte. Pero él no olvidó. Tal vez los muertos lo hagan. Pero él no. Jamás.

- Por supuesto. Todo debe tener su liturgia –respondió.

Los ojos de ambos se perdieron en las paredes descarnadas, ya pura piedra y barro arañado. Ventanucos estrechos, una tapia para los corrales, un techo bajo de tejas destrozadas por la intemperie. Apenas cuatro habitaciones. Ni siquiera tenía un baño, rumiaba la miseria de entonces. Había que ir al corral, o salir a la parte de atrás, entre un algarrobo y la alberca del pozo, como en todos los cortijos de la zona. Se detuvo largos minutos mirando fijamente el horno de pan, junto a la esquina de la casa.

- Cómprala, ¿cómo quieres que te lo diga? – reprochó a Mike.
- No quiere vender. Al menos, mientras no conozca al comprador. Bárcenas ha dicho que lo ha intentando muchas veces, ha multiplicado el precio. No ha querido.
- Pues convéncela, como sea –ordenó Alain.
- Aquí no valen esos métodos. Aquí somos otra cosa –dijo Mike.
- Aquí hacemos lo que queremos, como en todas partes.
- No.

Alain miró detenidamente a Mike. No estaba acostumbrado a que un empleado le hablara así. Reconocía el valor de aquel hombre, vestido de negro como un abejorro en plena ola de calor.

- Si no quieres trabajar conmigo, ya sabes lo que tienes que hacer.
- Recuerda tu acento –le conminó Mike.- Hago lo que tengo que hacer, pero no puedo ponerle una pistola en la cabeza a esa chica.
- ¿Por qué?
- Porque tal vez sea tu hija.

El silencio se hizo pesado y terrible. Alain lo atravesó con la mirada, pero Mike prendió un cigarrillo, sin inmutarse.

- Si fueras otro te hubiera matado por decir eso.
- No soy otro. Si quieres comprar, tendrás que convencerla tú. Yo no he podido.

Alain ordenó al chófer volver a la ciudad. Giró la cabeza para echar una última mirada a la casa y luego fue reconociendo los paisajes que

tanto lo habían atormentado. Allí trabajé recogiendo esparto. Más allá planté ajos. Y allí llevaba el ganado de ovejas y cabras, para ganarme un jornal, recordaba, súbitamente enternecido.

- Recuerda tu acento –insistió Mike, cuando el coche se detuvo a dos manzanas de la iglesia.
- Estaré bajo secreto de confesión. Es mi aparición fantasmal –explicó Alain, ufano, antes de salir del coche.
- Esta escenita también es necesario, supongo –comentó Mike, lánguidamente cínico.
- Por supuesto. Mañana comienza el teatro, ahora toca la tragedia.

Alain se apeó del coche y resopló al sentir la bofetada de calor. No lo había vuelto a sufrir en igual medida desde hacía tantos años que casi se sintió reconfortado.

Caminó en el atardecer lentamente, mirando a las gentes que salían a las calles con la esperanza de un fresco que hoy no llegaría. Sentía que podía mirarlas a los ojos, que les era irreconocible, y una hermosa sensación de impunidad lo animó hasta la fachada de piedra gris de la iglesia. Apenas habían tenido que repararla. Se conservaba tal y como él la recordaba, como había advertido visitando la web de la ciudad, cada vez con más asiduidad desde que su plan comenzó a tomar forma y volver pasaba de ser un proyecto a convertirse en una obsesión. La iglesia podría ser una catedral. Sólo la pérdida del arzobispado la había privado de tal honor. Aún así, la majestuosidad de la fachada y de la vidriera circular anunciaban solemnidades con historia.

Los muros de piedra, la penumbra, volvían milagrosamente el aire ardiente en fresca quietud. Alain avanzó por las capillas laterales hasta el ábside. Había rememorado tantas veces esta escena que recordaba con detalle dónde estaba ubicado el confesionario, a un lado de la enorme columna donde se enroscaba la subida al púlpito de madera.

Apenas unas sombras en el templo. Varias beatas que rezaban en silencio o dormitaban su aburrimiento. Alain comprobó que el sacerdote no estaba en el confesionario, como esperaba. Un niño salió de la sacristía y Alain llamó su atención. Le pidió que dijera al cura que alguien quería confesar.

Mientras el niño volvía a la sacristía, Alain se acercó al lateral del confesionario. Echó una mirada un tanto airada al Cristo crucificado que culminaba el altar, relieves de ebanistería, algunos paños gruesos y unas figuras de Serafines embadurnadas de purpurina. Alain le mandó mentalmente un mensaje: he venido para hacer algo que no te va a gustar.

Cuando el sacerdote salía de la sacristía, Alain se arrodilló en el lateral del confesionario.

El sacerdote entró en el confesionario y, curioso, al descubrir que no era una beata conocida, observó por la rejilla al tiempo que decía:

- Ave María Purísima.
- Sin pecado concebida.

Se cruzaron las miradas a través de la penumbra enrejillada. Treinta años no era tanto tiempo cuando sabían uno del otro, aunque fuera en silencio. Hay hombres que saben comunicarse en la distancia, sin palabras, sólo un gesto. Algunos son sacerdotes. Otros son asesinos.

- En tu voz suena a blasfemia –dijo el sacerdote.
- Ha pasado mucho tiempo, don Pedro.
- Treinta años. Exactos. He visto los periódicos. Nadie habla de otra cosa. Sabía que eras tú.
- ¿Y qué ha sentido?
- Frío.

Alain sonrió.

- ¿Se arrepiente, padre?
- Nunca me arrepentiré de haber salvado a un hombre de la muerte.
- Sí –respondió Alain, divertido.- Entonces aún existía la pena de muerte. Me hubieran roto el cuello en el garrote.
- Sólo unos meses después, cuando ya no existía la pena de muerte y no te hubiera ayudado.
- ¿Ha pensado alguna vez, padre, que tal vez no me hubieran ajusticiado?
- ¿Qué quieres decir?
- Que si fuera el amante lo hubieran hecho, sin duda. Pero si soy el marido no hubieran sido tan duros conmigo. La moral y la ley de

entonces, ya sabe…

Don Pedro abrió los ojos, una mueca de estupor que Alain advirtió cínico al otro lado de la rejilla.

- Ya sabe, don Pedro. Nos parecíamos como hermanos, aunque éramos primos.
- ¡Demonio lujurioso! ¡Me engañaste! Dijiste que eras Juan y que había sido en defensa propia.
- ¿Y no era cierto?
- Luego comprendí. Cuando habló la gente. Cuando dijeron que el cadáver había sido quemado. No sé quién eres.
- ¿Qué importa, Padre?
- Importa porque ayudé a un asesino. No a una víctima.
- Usted era un hombre santo. Un ingenuo también. No creía en la Justicia de los hombres, sólo en la de Dios. Y para tranquilizarle puedo decirle que Él me ha torturado lo suficiente. Ya pagué. Pero la vida es así. Ni usted ni yo la vamos a cambiar. Una mujer y dos hombres que luchan a muerte por ella. A veces, son pueblos enteros. ¿Recuerda Troya? Ardió por amor. La historia y la leyenda se han construido sobre la sangre.
- Y sobre la lujuria y la codicia. Tus pecados.
- Mi pecado fue el amor, Padre, aunque no me crea.
- Engañaste al estúpido idealista que yo era. Te ayudé a escapar. Debí pagar por hacerlo.
- Ha ayudado más a la sociedad desde donde está.
- No si eres un asesino.
- ¿Qué más da? La justicia de los hombres es patética, Padre. No tiene nada que ver con la de su Jefe.
- Espero que te juzgue.
- Lo hará, sin duda. Ya lo hago yo todos los días desde entonces. Cuando llegue el momento, habré expiado mi pecado.
- ¿A qué has venido?
- A ocultar recuerdos.
- Aún no eres viejo. No deberías haber venido. Seguro que harás daño.
- No hay historia sin pasión ni venganza, don Pedro.

- No vuelvas nunca aquí. No te ayudaré.
- Lo sé. Lo sé.

Don Pedro tragó saliva sonoramente. Volvió a fijar los ojos en el hombre bruscamente aparecido tras treinta años de presencia fantasmal a miles de kilómetros. Don Pedro recordaba y reflexionaba.

- Era de noche. Estabas oculto en la oscuridad.
- Debí ocultarme incluso ante usted. No podía fiarme del todo.

Don Pedro resopló. Su moral irrevocable, a pesar de tratarse de un crimen execrable, le llevó a ayudar a un fugitivo cuando era seguro, o al menos eso pensaba, que lo condenarían a la pena capital, que lo ajusticiarían. Entonces…

- No has cambiado. Sigues siendo…
- Usted es más viejo, pero el mismo. He expiado mi pecado cada quince de julio desde entonces.
- ¿Crees que el dinero puede redimir un crimen?
- Todos los años, en la misma fecha, una gran cantidad de dinero, que ha ido creciendo con el tiempo. Era como celebrar mi cumpleaños.
- No hay penitencia suficiente en la tierra. ¿A qué has venido?
- A pagar mi tributo, Padre. Sólo faltan tres días para el quince de julio.

Alain sacó un sobre del bolsillo y lo pasó al sacerdote entre las cortinas del confesionario.

- Sé que lo utilizará bien –dijo Alain mientras don Pedro aceptaba el dinero y lo guardaba bajo la sotana.
- Muchas familias han comido con este dinero. Y han arreglado sus casas. Algunos muchachos han estudiado –se justificó ante sí mismo el anciano sacerdote.
- Estoy seguro. No temo por mi dinero en sus manos.
- Alguien podría reconocerte.
- No soy nadie, don Pedro. Sólo un extranjero rico, excéntrico, que se ha enamorado de esta tierra. Y nadie quiere alejar de sí la riqueza. Es el mejor salvoconducto que existe. Nadie se acuerda de Dios en tiempos de prosperidad.
- Por desgracia, es cierto. ¿Ves, estoy solo? –se lamento.- ¿Qué

más quieres de mí?

- Sólo saludarlo, Padre. Y recordarle que esto es una confesión y que no soy nadie.
- ¿Y si me olvidara? Ahora no hay pena de muerte. Deberías pagar tus crímenes.
- Han prescrito Padre, no se moleste. Además, he venido a quemar el pasado. No querrá que también queme su iglesia, ¿verdad?
- Continúas siendo un canalla.
- La vida me hizo así.

Alain se levantó y no esperó la absolución ni la penitencia. Sabía que estaba muy lejos de conseguirla. Antes de salir de la iglesia se volvió. Don Pedro lo miraba desde la puerta del confesionario entre penumbras sacras. Un anciano aún vestido de sotana, de los que ya no se ven. Un corazón puro. Un hombre, aceptó, tan distinto al Alain que salió al calor de la noche.

Salgo a la terraza y sólo puedo dar bocanadas, como un pez fuera del agua, intentando morder algo de aire. Tengo la sensación de que no entra, porque el que llega a mis pulmones quema la boca y la garganta. Son las doce de la noche y aún no baja de treinta grados. Aguanto un rato mirando la ciudad. En la penumbra azulada de la noche parece bella, aunque sé que no lo es. Las luces de las avenidas se adentran como arterias en el cuerpo de hormigón y asfalto del que brota una bruma de hoguera abandonada. El asfalto huele a quemado, los edificios huelen a quemado, la tierra huele a quemado. Tengo la sensación de estar en el infierno.

- Vaya noche –dice una voz a mi espalda.

Manolo cruza detrás de mí y baja las escaleras con una bolsa de basura. Sólo soy capaz de responder con un gruñido.

He dejado la copa sobre una mesa y ya está el hielo derretido. Tendré que tirarla a una maceta antes de volver a la cafetería del hotel y pedir otra. Ya soy un cliente de confianza. Dos semanas en el mismo

hotel hacen que te sientas como parte de ellos. Sabes que es impostura, pero se agradece en un lugar nuevo donde no conoces a nadie. Además, estoy perdiendo la costumbre de mirar a mi alrededor a cada momento. Tal sensación de libertad es lo que más estupor me produce. Caigo en la cuenta de que no he cumplido el protocolo y me maldigo. Luego, contradictoriamente, me reprocho mantener el miedo. Pero el miedo no se olvida tan fácilmente.

- ¿Es así siempre? –le pregunto a Manolo, que sube tras haber dejado la bolsa en el contenedor.
- No tanto, no tanto.

Suda como Sísifo, como si hubiera repetido la operación de bajar las escaleras, tirar la basura, subir las escaleras, coger la bolsa de basura, bajar las escaleras, tirar la basura y volver a subir mil veces. Lleva una camisa blanca tan húmeda y pegada al cuerpo como si saliera de la piscina.

Yo no estoy mucho mejor.

- Un día largo, ¿eh? –me solidarizo con él.
- Hasta octubre, todos los días son iguales –se queja y entra en el edificio.

Aún miro un rato el paisaje. Una tierra reseca, que huele como si acabara de arder. Paisajes desolados de tierra color ceniza. Algún cortijo medio abandonado. Alguna arboleda raquítica y perdida mucho más allá. Las luces de la ciudad impiden ver el cielo. Sólo es una nebulosa azuloscura. Desde aquí tampoco se ve el mar. Sólo la carretera por la que pasan coches de ventanas cerradas, celosas de guardar el frío artificial. Los ruidos de los coches y de los aparatos de aire acondicionado del hotel asesinan el deseado silencio de la noche. Violentos, arrecian los chirridos de las chicharras, sostenidos, convulsos, más fuertes cuanto más aprieta el calor.

Dejo la terraza y entro en la cafetería. Me sacudo la camisa para que el cuerpo se enfríe. Me acerco a la barra. Manolo y otro compañero se afanan en retirar copas, recolocar botellas, limpiar rincones, disponer mesas y sillas que los clientes han dejado de cualquier manera. Les pido otro gintonic y me lo sirven en un instante. Me bebo la mitad del primer trago. Está frío y mi cuerpo revive.

Alicia, recepcionista del Baria-Hotel, me busca.

La veo acercarse, morena como una mulata; desnudas las piernas muy delgadas bajo una falda mínima, los brazos parten esqueléticos de la blusa sin mangas. El rostro traiciona una edad que no tiene, demasiado sol, demasiadas arrugas. El cuerpo enjuto y fibroso, sin atractivo, trota hasta mí.

- Hay una mujer que pregunta por ti –Alicia me tutea desde el primer día, cosa que no he conseguido de Manolo y sus compañeros.
- ¿Es atractiva?

Manolo le pone un vaso de agua helada en la barra, junto a mi copa. Alicia sonríe.

- Ya la verás –y me guiña un ojo.
- Quieres quedarte conmigo -desconfío.

Niega con la cabeza mientras bebe. Luego, se encoge de hombros.

- Ha preguntado por el nuevo comisario de Baria –cuenta con retintín.
- ¿Y qué quiere?
- Yo qué sé.
- ¿Cómo sabe que estoy aquí?
- Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo sabe ya quién es el nuevo comisario de Baria.
- No me gusta. Prefiero pasar desapercibido.
- Pues aquí la gente sabe investigar, por lo que se ve. La he dejado en un sofá de recepción.
- ¿No puedes decirle que estoy acostado?
- Te ha visto en la terraza.
- Dile que vaya mañana a la comisaría.
- ¿Yo? –se lleva la mano al pecho como si le pidiera que se inculpara de un delito terrible.- Díselo tú –responde, y me guiña un ojo con picardía.

Doy un largo trago a mi copa y tintineo los cubitos. No les he dado tiempo a derretirse. Esta vez he ganado yo.

- Si vuelvo en cinco minutos, ¿me pones otro?

Manolo sonríe. Por supuesto.

Bajo las escaleras y tras recorrer un pasillo, llego a recepción. Alicia mantiene algunas luces encendidas, ya que la mayor parte de la clientela son turistas europeos que ya están durmiendo como niños bien educados en sus habitaciones. El hotel está completo y no espera a nadie.

En el rincón más alejado de recepción, donde las escasas luces no llegan y más habita la penumbra, observo una silueta sentada. Su actitud ensimismada y, al tiempo, alerta, me pone sobre aviso. No me alegraré de hablar con esa persona, intuyo.

Cuando me acerco, compruebo que Alicia me ha tomado el pelo. Se trata de una anciana consumida, de cabellos grises y desaliñados. Sus carnes entecas alejan la satisfacción como una calavera la vida, al menos ésa es la impresión que provoca. Viste una blusa gris oscuro, una falda azul marino o negra. Zapatillas negras.

Me mira con ojos ansiosos mucho antes de preguntarle si me busca, de sentarme frente a ella. Me observa detenidamente antes de comenzar a hablar.

- Ha detenido a un hombre esta mañana –comienza.

Asiento. Busco un cenicero. No creo que le importe. No lo encuentro, y está prohibido fumar, pero a mi lado hay una maceta enorme en un tiesto aún más grande.

- ¿Necesita usted algo? ¿Por qué no va a la comisaría por la mañana?
- Porque estoy harta de ir y de que no me hagan caso –protesta, con una ira mal contenida.

Fumo y espero que continúe. Molesto por su tono, callo.

- El otro comisario, el que había antes…

Asiento.

- No hizo nada. No sabía hacer nada –se queja.
- No debería hablar usted así. Estoy seguro…
- No –casi grita.- No hizo nada.

Respiro hondo.

- Dígame qué quiere, porque no sé quién es usted.
- Quiero que lo encuentre.
- ¿A quién?

- ¿No se lo han dicho?
- ¿No me han dicho qué?
- Claro. A nadie le importa.
- Señora. Si no empieza por el principio, no sé de qué me está hablando.
- Mataron a mi nieta –espeta con tanta cólera que la saliva se dispara de su boca.

Incómodo, vuelvo a sudar. La mujer me mira con ojos enloquecidos.
Le pido que se calme y me cuenta: Hace cuatro años, su nieta apareció en un pozo. Una niña de cinco años. Se interrumpe, llora. Vivía con ellos, con ella y su marido. Su hijo, el padre de la niña, había muerto de una sobredosis. La madre, ¡Dios sabe dónde estaría! Cuando la sacaron, la niña… Destrozada… Las lágrimas de la mujer arrecian. Sorbe mocos y penas para continuar y me dice que la habían intentado violar y luego le habían dado con una piedra en la cabeza. Después la habían arrojado al pozo.
No digo nada. No puedo decir nada.

- Quiero que usted lo investigue –me ordena con un tono imperativo que no admite réplica.

Le digo que no conozco el asunto, que ya lo investigaron, que no es de mi competencia, que si otros no han encontrado al asesino, ¿por qué yo voy a tener más suerte?

- El que había antes era un inútil. Un viejo que no sabía nada.

Ya he oído comentarios sobre mi antecesor. Todos del mismo tenor. No creo que todo el mundo estuviera equivocado.

- ¡Tiene que hacerlo!- suplica.

Oímos campanas que repican a muerto, justo cuando ella concluye su reproche y su súplica. Nos quedamos los dos en silencio. Pero la mujer me mira, una decisión fatal en los ojos húmedos. Los labios cuarteados están tan apretados que ni una palanca conseguiría abrirlos. La carne fláccida de la cara se estremece con las palabras decididas, los gestos definitivos. Me he convertido involuntariamente en la única esperanza de una mujer que ya no tiene otro objetivo en la vida, otro destino que encontrar al asesino de la niña y morir entonces. Amenaza con no irse, hierática, firme, atravesándome con los ojos. Finalmente, le prometo

que miraré el expediente, pero que no puedo comprometerme a más.
La mujer, dudando de mí, pero temiendo una evasiva mayor, se levanta.

- Hágalo. Alguien tiene que hacerlo. Tiene que estar aquí. ¡Está aquí! –dice, tan violentamente que da una patada al suelo al tiempo que lo dice.
- ¿Por qué dice eso? –pregunto.- Pudo ser alguien de fuera.
- No. Lo siento aquí –y se golpea el pecho plano y muerto hace mucho.

Me levanto. Doy unos pasos hasta la puerta, esperando que me siga y se vaya y me libere de la opresión de su dolor. Indecisa entre insistir o tomar la palabra que le he dado, la mujer, finalmente, sale del hotel. La despido en la calle, respirando el aire del infierno. La veo alejarse entre los coches aparcados. Unos minutos después continúa caminando junto a la carretera.
Apesadumbrado, vuelvo a la cafetería. Alicia ya no está. Manolo se ha cambiado y se dispone a marcharse, pero antes, sonriendo, pone sobre la barra un gintonic que guardaba en el congelador.

- Espero que le guste.
- Siempre.

Brindo a su salud y bebo el primer trago. Chasqueo la lengua para su satisfacción.

- Mejor que un polvo, ¿eh, comisario?
- Hombre, yo no diría tanto. Una cosa lleva a la otra. Debería llevar a la otra –aclaro con pesar anticipado de su ausencia.
- Hasta mañana.

Manolo se larga y me quedo solo en la cafetería, en penumbra, disfrutando del aire en lata que es el único que se puede respirar en este rincón del sur. En mi mente confusa se mezcla la mujer dolorida, las campanas que repican de nuevo, los temores a enfrentarme a la soledad de ojos cerrados de mi habitación, cuando el sudor ya no es consecuencia del calor, sino de las pesadillas en las que surgen, como fantasmas, imágenes, amenazas, miedos helados, fríos húmedos y terrores grises. Fantasmas de otros ámbitos, de otras voces, tan cercanos en el tiempo, tan lejanos.

Decido que esta noche tomaré una pastilla y dormiré el sueño artificial y químico de los derrotados.

MARTES, 13 DE JULIO

Mantengo los ojos enterrados en la oscuridad un buen rato. Pero la oscuridad es horadada por rayos de luz que atraviesan la habitación dibujando dorado el aire y denunciando el polvo suspendido en el que pronto nos convertiremos. Las partículas, al trasluz, flotando ingrávidas en el aire, son el trasunto de lo que somos: partículas en movimiento al pairo de circunstancias que no controlamos.
He evitado el insomnio con una pastilla y tres ginebras. Pero no puedo evitar la vigilia de nueva y tempranera mañana. Ya no hay posibilidad de caer de nuevo en la tentación del olvido. Cerrar los ojos produce el efecto contraproducente, volver a la retina las imágenes que uno pretende olvidar: el cuerpo calcinado de un compañero en el interior de un esqueleto de acero ennegrecido por la deflagración. El dolor de la pérdida, la rabia de la impotencia y el temor de ser el próximo. Un cóctel explosivo. Y cuando de guardaespaldas pasas a servicios de información, a lo anterior se une el envilecimiento de los actos: dejas de ser el policía impoluto, recto, íntegro, para ser un secuestrador que mantiene encapuchado al enemigo: Estábamos en el sótano de un caserío. Puedo sentir ahora la humedad de la bruma invernal que nos rodeaba, la humedad calada en la carne como si estuviera aún allí, la niebla, hermosa e inasible como una mujer, que te oculta pero que los esconde. Más asustados que el encapuchado, que permanecía esposado a una tubería, sentado en el suelo, vencido por el cansancio.

- ¿Te gusta? –preguntaba mi compañero de cuando en cuando.

No respondía. Decía unas palabras en su enigmático idioma y luego callaba. Movía los labios lentamente, apenas un hilo de aire delataba sus rezos.

El compañero le dio una patada en la pierna. El otro apenas reaccionó.

- ¿Cómo quieres que lo hagamos? – lo torturó.

El otro se enderezó y pegó la espalda a la pared.

- Podemos pegarte un tiro en la nuca, como hacéis vosotros.
- Mejor en el estómago. Así tardará más en morir - apunté, envilecido por el rencor.
- Toma. Será lo último que bebas.

El compañero le subió la capucha lo suficiente para dejar libre la boca y puso en sus labios un vaso de zumo.

- Bebe. No le hemos escupido –añadió, riendo.
- Te espero arriba –dije.

Tomé un café y miré por las ventanas. Alrededor de la casa no había más que desolación y una lluvia lenta como un tormento. Una ligera brisa mecía la niebla lentamente en dirección a los montes. Deseé estar muy lejos de los prados verdes, de los colores eternamente grises de las piedras.

- ¿Cuándo van a venir a sustituirnos? –preguntó Jorge cerrando la puerta del sótano.
- No lo van a hacer.
- ¿Cómo?
- Tenemos que esperar. No nos va a sustituir nadie. Esperaremos la llamada y luego haremos lo que nos digan.
- Esto es una puta mierda -masculló.
- Esto es una guerra -sentencié.

Jorge dio una patada a una silla.

- Conozco un sitio donde no lo encontrarían nunca. ¿Se lo has dicho?
- Lo saben.
- ¿Pero se lo has dicho?
- Lo saben.
- ¿Entonces qué esperamos?
- Órdenes.
- Lo mejor sería pegarle un tiro y que no apareciera más. Así tendrían miedo ellos, y no nosotros.
- La han cagado.

- ¿Nosotros?
- No. Los jefes. Nos dan una orden y luego no tienen huevos para llegar hasta el final.
- Creía que esto había acabado.
- Pues alguien metió la pata. Hay que investigarlos, no secuestrarlos.

Sonó mi móvil. Respondí y una voz que conocía muy bien me dijo que esperáramos, que en unas horas todo estaría solucionado, que estaban negociando.

- ¿Qué coño están negociando? –preguntó Jorge, cuando colgué.

Me encogí de hombros. En el fondo, ¿me daba igual? ¿Podría pegarle un tiro y esconder el cuerpo?

- ¿Y con quién coño están negociando? ¿Con esos hijos de puta? –gritó indignado Jorge.
- No.
- ¿Cómo que no? –preguntó con la boca abierta. Se acercó a mí y pude oler su aliento de noche en vela, de café y tabaco. Giré sobre mí mismo y me acerqué a una ventana. Moví los visillos para mirar afuera. La misma triste grisura de siempre.
- Con los de Roma.

Los ojos muy oscuros, ojeras, los párpados hinchados, la cara redonda y el cabello lacio y corto pegado al cráneo, Jorge movió su cuerpo hacia mí como si quisiera acosarme.

- ¿Y ésos que tienen que ver?
- Es de los suyos, ¿no? –e hice un gesto con la cabeza señalando el sótano.
- A mí me da igual a lo que se dedique. Es un hijo de puta.
- A ellos no les da igual.
- ¿Y qué coño están negociando?
- Su libertad, supongo. – No quería ni pensar que estuvieran negociando su vida.
- No me lo puedo creer –se quejó.

Buscó la cafetera y se tranquilizó. Llenó una taza y se sentó a la mesa de la cocina.

- Si hicieran lo que yo digo, éstos se acojonaban. Cuando

empezaran a desaparecer sin dejar rastro, sin reivindicaciones ni mierdas, se cagaban, te lo digo yo.

Me levanto de un salto. Es le enésima vez que rememoro la escena. Nada cambia. Por mucho que desee no estar allí, no haberlo hecho, no haber intervenido, era yo quien estaba en aquella cocina, quien tenía esposado a una tubería del sótano a un hijo de puta. Era yo el que temía la orden de matarlo, casi tanto como temía que me mataran.

Abro la persiana de un tirón y dejo entrar un turbión de luz que me ciega. Allí no había esta luz. Entro al baño y doy el agua de la ducha. Salgo y pongo la televisión, a ver si el ruido aleja los recuerdos.

No puedo evitar comparar: aquellas víctimas, cuyos familiares y amigos habían sido asesinados, y se quedaban allí, a convivir con los delatores, con los que los señalaban, con los ejecutores, con los asesinos, con los cómplices de los asesinos. Y ni una venganza. Es algo superior a mi comprensión. Todo lo contrario que la mujer de anoche, cuya única razón de vivir es conocer al asesino de su nieta para poder desear su muerte con todas sus fuerzas. ¿Cómo se puede vivir sin ansiar la venganza, contentándose en ese ambiente envilecido con la espera simple y triste de la justicia de los hombres?

Conecto la televisión a todo volumen para oírla desde el baño. Tal vez arrase con los pensamientos putrefactos que me asaltan aún cada día. He de luchar contra ellos como quien intenta olvidar un cáncer.

Pongo un noticiario local para ir familiarizándome con la zona. Un periodista sin chaqueta ni corbata, de atildado y escaso cabello entrecano, cincuentón largo, barba canosa cuidadosamente recortada y ojos pequeños mira desde la pantalla. Bajo su busto, su nombre: Juan Requena, de Tele-Mediterráneo Indalo. Nos dice que se esperan las mismas temperaturas de ayer. Resoplo con resignación.

Entro en la ducha y oigo la música de la publicidad. Unos instantes después, el periodista continúa, indicando que en el estudio de Tele-Mediterráneo Indalo se encuentran los miembros más activos de la plataforma BariaEcológica, Ramiro Pinilla y Greta van Hart.

Tras la presentación, el locutor introduce el tema del día: la oposición de la plataforma BariaEcológica al megaproyecto de Venecia II, promovido por la empresa Franco-Española de Promociones S.A., de la

que es accionista mayoritario el señor Alain Pérez, a quien espera tener en los estudios en unas horas.

- Veamos –continúa el locutor.- Es indudable que el proyecto Venecia II es impresionante, y muy importante para la zona de Baria, a la que daría un importante impulso económico. ¿Cuáles son los motivos de oposición de la plataforma que representáis?

Dejo que el agua de la ducha, que sale templada, se enfríe sobre mi cuerpo mientras observo a un cuarentón con pinta de no querer tener cuarenta años. Menudo, la cabeza afeitada para disimular una alopecia galopante, los ojos redondos y la boca fina. Viste unos tejanos y unas zapatillas de lona y una camiseta blanca con la leyenda: BariaEcológica.com, en letras negras. La chica es rubia, menuda también, de revuelta melena hasta los hombros. Tiene los ojos pequeños pero bellamente azules, las facciones mínimas y bien dibujadas, como una adolescente. Viste una blusa azul y una falda larga hasta los pies, que calzan unas chanclas.

- El proyecto es insostenible –comienza tras mirar a su compañera, Ramiro Pinilla.- No sólo supone una agresión ecológica de incalculables consecuencias a la zona. Se perderán zonas de humedales, charcas y lagunas que son imprescindibles como refugio para nuestras aves y necesarias para otras que hacen paso en sus migraciones, así como abrevadero para toda la fauna de la zona, incluidas algunas especies autóctonas de insectos. Los destrozos ecológicos serán irreparables. Además, las vías de agua que se abrirían desde el mar hasta la ciudad supondrán esquilmar el patrimonio arqueológico, que ahora se está investigando.
- Y se perderán los cultivos de la zona –tercia Greta.

Habla con fuerte acento alemán u holandés.

- Tampoco se han previsto infraestructuras suficientes para dar cabida a los miles de personas que acudirían –continúa Ramiro Pinilla.- Se pretenden construir nada menos que diez mil viviendas a lo largo de las rías que se prolongarían desde la costa hasta la ciudad. Esto supone un incremento de población de, al menos, cien mil personas. Ni la ciudad ni la comarca están preparadas para una agresión tan salvaje al entorno y a nuestra forma de vida.

- Bien – interrumpe Juan Requena.- Pero mucha gente puede preguntarse por qué se oponen personas que ya viven aquí y que disfrutan de las indudables ventajas de este rincón del sur. Quiero decir si no estaremos siendo egoístas al negar la posibilidad de que vengan otras personas a disfrutar de lo mismo que ahora gozamos nosotros.
- Por supuesto, todo el mundo puede venir aquí –admitió Ramiro Pinilla.- Pero todo crecimiento ha de ser sostenible. Y es imposible admitir la construcción de diez mil casas de una vez, sin una evolución razonable y apropiada del entorno.
- Del mismo modo –intervino de nuevo el locutor-, también podríamos parecer egoístas desde el punto de vista de nuestros conciudadanos. Hemos de reconocer que este proyecto supone un salto cualitativo en el nivel de vida de la comarca y que muchos, por no decir todos nuestros vecinos, ciudadanos de Baria, de Mojácar, de Garrucha, de Cuevas, tendrían nuevas oportunidades de trabajo, de negocio, de ampliar sus horizontes.
- Si es a costa del entorno, creemos que es una vía equivocada –intervino Greta.
- Lógicamente, no nos oponemos al progreso – apuntilló Ramiro Pinilla.- Somos progresistas. Pero creemos en un progreso sostenible, que no provoque traumas en las poblaciones, que no destroce el entorno y que conserve los lugares y rincones tradicionales.

Plantado ante la televisión, intuyo que ese proyecto va a convertir la ciudad en un avispero y que, lejos del destino tranquilo al que me han desterrado con una palmadita en la espalda y una medallita, lo que voy a encontrar va a ser un lugar de promisión, de violentas mezclas, de crecimiento salvaje. Un Lejano Oeste en el último rincón de la península.

Los oigo aún divagar un rato. El periodista no disimula su entusiasmo con el proyecto y los otros no dejan de presentarlo como la antesala del Apocalipsis. Cuando me canso, busco la ropa. Entorno los ojos y miro al exterior, con el temor anticipado de su aliento ardiente. Efectivamente, el sol ataca despiadado.

Dejo la camisa por fuera y sujeto la pistola a la cintura. Me calo las gafas de sol más oscuras que he podido comprar. Son las nueve de la mañana y, cuando salgo a la calle, recibo una bofetada de luz y calor.

- ¿Crees que podrán impedirlo? –preguntó José Bárcenas, la cara rasurada y redonda, de flojas carnes blanquísimas y resudadas. La camisa pegada al grueso abdómen, los pantalones anchos remangados hasta las gordas pantorrillas, sentado en el despacho de Mateo González en el Ayuntamiento de Baria.

Ambos miraban la televisión, los detestados ecologistas que querían impedir el gran proyecto, del que la inmobiliaria de Bárcenas era la más activa y Mateo el impulsor en la sombra.

- Te he dicho muchas veces que esto no hay quien lo pare –respondió Mateo.
- Ya, pero me gusta oírtelo decir. Me da seguridad.

Mateo González desvió la mirada del televisor a su hombre de confianza. Se preguntó si fue acertada la decisión de elegirlo a él. Dudó, pero ya no había posibilidad de rectificar. Todos los contratos los tenía firmados Bárcenas. Desde hacía casi un año y medio, unos meses después de que apareciera en su despacho aquel hombre vestido de negro, que le hablaba con una seguridad y una decisión que no había conocido nunca.

Mateo eligió conscientemente a Bárcenas. Era el profesional menos agudo del sector. Y su torpeza para ver más allá de sus narices también tendría sus ventajas, pensó entonces.

Claro que él también tuvo dudas al principio sobre el proyecto. No podía ser tan bueno. Exigió conocer el hombre que estaba detrás de todo. Y viajó, él que hacía cuarenta años que no salía de la ciudad. ¿Para qué?, aquí tenía su casa, su patrimonio, su trabajo, sus negocios. Y si todo el mundo venía de vacaciones, ¿para qué iba a irse él? Y hubo de viajar a Marsella, a conocerlo. Y lo conoció. Vaya si lo conoció.

- ¿No se echará atrás el alcalde? –insistió Bárcenas con aprensión

mirando a los ecologistas en la televisión.

- ¿Cómo quieres que te diga que no? –repuso molesto Mateo González.
- ¿Y el dinero? ¿Cuándo viene el dinero?
- Si está el hombre, está el dinero.
- Pero sólo veo contratos. Adelantos, pero quiero cerrar ya las escrituras.
- El jueves firman el alcalde y el delegado. Y esa tarde empezaremos a firmar las escrituras.
- Hay algunos que van a la oficina. Se quejan. Dicen ahora que vendieron barato.
- Que se jodan. ¿No tenemos el contrato? Tendrán que cumplirlo.
- No quiero problemas. Yo soy el responsable en todos los contratos.

Mateo González se cansó de su mano derecha. Hubiera deseado tenerla ortopédica y tirarla a la basura un rato. Pero debía aguantar. El secreto estaba en aguantar.

- Si tienes tanto miedo, puedo buscar a otro que se subrogue en tus contratos. Te quedas fuera y en paz –amenazó Mateo González.
- No es eso, Mateo. Sólo quiero estar seguro. Ha sido todo tan rápido.
- Es el momento. ¿Crees que una oportunidad como ésta va a pasar otra vez en la vida?

Bárcenas asintió. Sabía que el otro llevaba razón. No en vano, Mateo llevaba treinta y cinco años en el ayuntamiento. Las había visto todas, sabía todo lo que había que saber y veía todo lo que se movía. A la sombra de Mateo González se podían hacer buenos negocios. Bárcenas se derritió por el calor que había traído de la calle y que el aire acondicionado no era capaz de enfriar en sus gruesas carnes, y se diluyó en ensoñaciones de una riqueza que jamás pudo imaginar. Tan fácil como chascar los dedos. Recordó el día que Mateo González apareció por su oficina. ¿Quince meses? Aproximadamente. He pensado en ti para unos negocios. Bárcenas fue todo oídos. Mateo no quería explicar qué proyecto era, quién estaba detrás. Sólo la forma de

hacerlo. Y lo convenció cuando enarboló una escritura de una sociedad de nombre impronunciable y un cajón lleno de billetes. Para los adelantos de los contratos privados, explicó.

Quién iba a imaginar, cuando llegaba Bárcenas a una casa, o tenía una reunión en su despacho, que aquellas tierras ásperas y secas iban a tener tal valor. Y él entonces firmaba los contratos, adelantaba un dinero y dejaba un tiempo prudencial, dos años, para la firma de la escritura y abonar el resto del precio.

- Si viene él a comprar, le piden cinco veces más una vez que se conozca el proyecto - había explicado Mateo.- Estamos de acuerdo: nosotros compramos y él nos compra a nosotros tras la recalificación.

Tan sencillo. Tan fácil que era impensable. ¿Y los políticos que tienen que firmar la recalificación y aprobar los proyectos?, preguntó Bárcenas. Eso es cosa mía, respondió Mateo. Y no hubo de decir más. En tiempo récord, el proyecto Venecia II, una locura, una genialidad, construir tres rías desde la costa, cerca de donde cayó la bomba atómica, hasta el corazón de Baria: hoteles de cuatro y cinco estrellas, edificios de apartamentos, chalés, mansiones, puertos de recreo, muelles para los yates…¡Dios! Y Bárcenas que se llevaría unos buenos euros de cada metro cuadrado de tierra asquerosa. Bárcenas se licuó en sus ensoñaciones con lujuria de adolescente. Se sentía excitado, impulsivo.

- Me cago en los hijoputas de los ecologistas –dijo al vacío, porque hacía mucho rato que Mateo no le hacía el menor caso.

Leyó el periódico con desgana de jubilado aburrido hasta que vio la fotografía del personaje en cuestión. Un ligero estremecimiento y la intuición de viejo sabueso alertada. Un perro puede perder el olfato, pero aún así sabe dónde están las perdices, se consolaba.

La fotografía no era suficientemente nítida. Sólo era un pálpito.

- ¡Eh! – llamó al camarero.

Basilio se acercó después de un rato y sin mucha gana. Basilio tenía el careto de un judío recién salido del campo de concentración. Los

huesos marcaban la calavera y Padilla le decía que podían hacerle ya la autopsia.

- Que no soy un número –se rebeló, gangoso, Basilio.
- Que vengas, coño.

Dio un paso Basilio y acercó la cabeza al periódico que extendía sobre la barra Padilla.

- ¿Éste es el millonario que va a hacer la obra ésa?
- Sí. La Venecia de los gandules.
- ¿No te gusta el proyecto?
- Sólo se construye para que la gente no trabaje. ¿Has visto algo que construyan para que la gente trabaje más y mejor? No. Sólo cosas para el ocio. Más bien diría yo para el socio. Para el socio que lo paga, que se hace más rico todavía.
- ¿Y éste es el tío?
- Todos los ricos tienen el mismo careto –aseveró Basilio mirando la fotografía del periódico sin interés.

Padilla volvió el periódico para sí, acercó mucho la fotografía, pero el granulado del papel le impedía una visión nítida. Aún así…

Era el viejo guardia un hombre de conciencia tranquila y ánimo sereno y sueño reparador, pero nunca pudo olvidar aquel crimen de treinta años atrás (precisamente uno de estos días hará treinta años exactos, pensó), cuando, jefe de puesto en el Pozo del Esparto, pasaba las noches fervientes de su juventud vigilando las costas en espera de capturar algún contrabandista que desde Águilas a Villaricos buscase una cala discreta donde desembarcar al amparo de la oscuridad. Por ello, un crimen como aquél tenía que grabarse en su memoria. No había tenido que investigar muchos y su trabajo sólo le sirvió para ratificar un fracaso que ya había intuido cuando, en los primeros meses de destino, en un lugar mucho más difícil, había sentido reparos en utilizar ciertos métodos felizmente desterrados ahora de la práctica del Cuerpo. Desde entonces odió la política y supo que nunca ascendería. Sólo al final de su carrera, cuando le quedaban apenas unos años para jubilarse, alguien se apiadó de él y lo hicieron sargento. Pero nunca más salió de la comarca y nunca tuvo misiones de investigación, por lo que no pudo evitar, a lo largo de su vida, una

cierta reticencia y un vago miedo al fracaso y también, por qué no, una agria insatisfacción de sentirse eternamente infravalorado.

Lo cierto es que el crimen los marcó a todos: a los muertos, la esposa bellísima a pesar de su pobreza y el marido que había vuelto a casa inesperadamente; y al asesino, amante que nunca expió su crimen; y también a él, el cabo primero Padilla, que durante treinta años había recordado día sí día también el crimen, su horror y el escalofrío de los cuerpos mutilados. Y, sobre todo, su fracaso. Porque el asesino escapó. Se le escapó.

Siempre había tenido la certidumbre de que el criminal volvería, aunque se había equivocado tantas veces que temió ser presa de sus alucinaciones. Por más que miraba la fotografía del periódico no veía más que la imagen borrosa de un hombre que se parecía al hipotético rostro envejecido en su imaginación de un asesino.

- ¿No querías verlo? Ahí lo tienes –dijo Basilio, señalando la pantalla de la televisión.

Padilla levantó la cabeza: se encontró en el estudio de Tele-Mediterráneo Indalo. El locutor, quien se llamaba amigo de Padilla (y de todo el mundo), presentaba en ese momento al gran artífice del mayor milagro económico de la historia del sureste penínsular. A quien había decidido invertir toda su fortuna en un solo proyecto: Venecia II.

- ¿Qué más podemos decir desde aquí sobre Venecia II? –declamaba el periodista.- Que jamás se ha visto un proyecto igual. Los abogados y arquitectos de nuestro invitado llevan trabajando dos años en el proyecto y, por fin, esta semana, comienzan las obras. Pasado mañana se pondrá la primera piedra, a pesar de la oposición de grupúsculos radicales, de esta magna empresa. Y si hasta hoy el proyecto era una idea sin rostro, por fin hoy podemos dar la bienvenida al artífice, al alma, al autor de Venecia II.

La cámara se desplazó hasta un primer plano del hombre que acompañaba a Juan Requena. Padilla avanzó sorteando parroquianos pegados a la barra del bar hasta acercarse a la pantalla.

- Tengo el honor de presentarles al señor Alain Pérez –concluyó con teatral énfasis Juan Requena.

- ¡No puede ser!

Padilla, la boca abierta mirando la televisión, parecía haber visto un fantasma. Y, efectivamente, lo que antes no era más que una intuición engañosa, como las de las otras veces, se convirtió inmediatamente en una certidumbre.

- Ni que hubieras visto un muerto –susurró al otro lado de la barra Basilio.

Padilla le pidió que callara con un gesto. Quería oír, pues el hombre llamado Alain Pérez devolvió el saludo al periodista. Se perdieron sus palabras en los ruidos habituales de la cafetería y Padilla miró a su alrededor pidiendo silencio inútilmente. Los demás iban a lo suyo, a que Basilio les sirviera las tostadas y los cafés unos, la cerveza otros.

Un grupo de mujeres salió de la cafetería y el murmullo contenido de los demás clientes por fin le permitió oír al periodista, que iniciaba la entrevista. Basilio, atento, elevó un poco el volumen.

- Señor Pérez. En primer lugar, déjeme decirle que habla usted muy bien nuestro idioma.

Alain Pérez sonrió, complacido.

- Claro. He pasado largas temporadas en América del Sur por negocios, y adoro España.

El locutor se movió en su silla, rectificando la posición ligeramente inquieto al tener al importantísimo Alain Pérez en su plató.

- Bien, señor Pérez. ¿Cómo se le ocurrió iniciar el proyecto Venecia II?
- Yo tenía ese proyecto en mente. Soy un enamorado de Venecia. Y pensé construir una imitación. Nunca se podrá igualar la belleza de la original, pero quería construir algo que la recordara, que la hiciera presente. No sabía muy bien dónde podría llevarlo a cabo. Hablé con muchos arquitectos para que buscasen el lugar idóneo. Pensamos en Marruecos, en Túnez y en algunos bellos lugares de la costa croata o griega. Pero uno de los arquitectos con los que hablé vino a Baria por casualidad y se enamoró del lugar. Y me convenció. Nos convenció a todos los inversores.
- A propósito –apostilló el periodista.- ¿Puede decirnos quiénes lo acompañan en esta magna aventura?

- Le pido disculpas. Pero mis socios son gente discreta, que trabaja a través de sus empresas. Ellos no desean ser conocidos. Sólo puedo asegurarle que son personas muy serias y conocidas en mi país en el mundo de los negocios. Y muy solventes, por supuesto. Que yo esté aquí es un deseo particular.
- ¿Qué han encontrado en Baria, además del consejo de este arquitecto que ha mencionado, que los haya decidido a realizar esta gran inversión?
- Se trata de un cúmulo de razones. La elección se realizó por un equipo técnico. Baria reúne las condiciones idóneas: clima, sol, un lugar aún por desarrollar que presenta unas posibilidades inmensas. Y, además, la seguridad jurídica es algo que siempre es primordial al acometer inversiones. Y, sin duda, la ofrece España, en mayor medida que ningún otro país del arco mediterráneo.

Padilla observaba al hombre perfectamente trajeado. Estudió sus gestos, los movimientos contenidos de sus manos, la arquitectura de su cabeza romana, la expresión de sus ojos. Calibraba mentalmente: debe tener alrededor de sesenta años. La edad que tendría mi asesino, pensó. Recordaba la cara de aquel joven huido hacía treinta años de las fotografías unidas al expediente durante la investigación. Pero él no lo conoció personalmente. No obstante, intentaba evocar los rasgos algo desvaídos de aquellas viejas fotografías del dni de los años setenta: el dibujo de la boca, la forma de los pómulos, la nariz, la cuenca de los ojos. Sí, podía ser él. Claro que podía ser él.

- ¿Te has enamorado? – preguntó Basilio.
- Que te den –atajó Padilla.

El otro se rió.

- Queremos hacer algo que perdure. Un proyecto para la historia. Es difícil no entusiasmarse con un proyecto semejante – continuaba Alain Pérez.
- Debe saber –interrumpió el locutor.- que hay gente que se opone. Que afirman que supondrá un desastre ecológico y natural. ¿Qué tiene que decir al respecto?

El invitado sonrió comprensivamente.

- Hemos estudiado estas cuestiones a fondo. No se ha escatimado

en estudios, en inversión medio ambiental. Podemos garantizar que nada de eso ocurrirá. Y esas personas deben comprender que no tiene sentido oponerse al progreso. Baria será conocida en todo el mundo cuando estas obras concluyan. Será un ejemplo y la envidia de toda Europa…

Padilla salió disparado, sin pagar el café. En casa tenía una copia del expediente que se llevó a escondidas antes de jubilarse. Una copia de las fotografías. Era imprescindible verlas ahora mismo, estudiarlas. Luego iría a la televisión a pedir un vídeo de la entrevista. Sus piernas corrieron como hacía años. Se sentía más vivo y excitado que la noche de bodas. Como seas tú, se decía, te cogeré, cabrón.

No lo puedo creer. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? Se esconde a la sombra de los soportales del mercado de abastos situado frente a la comisaría. Pero aún así la temperatura que soporta es superior a los cuarenta grados. Pasado el mediodía, el calor es sofocante, angustioso, aplasta cualquier cosa contra el asfalto ardiente.

Sin embargo, la mujer está ahí: quieta, esperando, mirando fijamente las ventanas de la comisaría. Sin duda, le han dicho cuál es la ventana del despacho del comisario, porque no parece quitar ojo. Siento que me traspasa su mirada, a pesar de que las cristaleras le impiden verme. Pero ella sabe, o espera, que yo esté aquí. Y su presencia allí es la llama que mantiene encendido su odio y la confianza en que haga algo.

Llamo a López. Es natural de Baria y desde que consiguió el traslado a esta comisaría, nunca más ha salido de su ciudad. Le pido que se acerque a la ventana y señalo a la mujer. Al principio no la reconoce, porque la sombra de los soportales oculta su rostro. Pero cuando le cuento la visita que me hizo anoche al hotel, la historia de la niña asesinada, no necesita más. ¡Es la Josefa! exclama.

Y vuelve a contarme la historia, pero esta vez desde el punto de vista de la policía. Había aparecido la niña, tras cinco días desaparecida, en un pozo oculto tras unos matorrales que se encuentran en un cerro al

inicio de Sierra Cabrera. Nadie la buscó allí. Estaba demasiado lejos de su casa, puesto que la niña vivía en una pequeña barriada cercana a Los Lobos llamada Las Retamas, distante del lugar donde fue hallada unos treinta kilómetros.

Al principio, el caso le fue adjudicado a la Guardia Civil, pero a medida que pasaban los días y la niña no aparecía, se involucró por orden del Delegado del Gobierno a todos los cuerpos policiales, incluida la Policía Nacional. Durante los primeros días se pensó que se había perdido, o se había caído en un pozo, o por un terraplén o un balate. Nadie pensaba en un asesinato ni tampoco en una violación.

- Esas cosas no ocurren aquí –se defiende López.

Su corpachón y su cara de bonhomía hubieran conmovido a cualquiera. Cree que el mal, ciertas clases extremas de mal, no suceden en su ciudad. Pienso explicarle unas cuantas cosas, pero lo dejo para otra ocasión.

Me cuenta que cuando descubrió un pastor el cuerpo de la niña, la noticia salió en todo los telediarios de todas las cadenas nacionales. Fue terrible, concluye.

Quedamos un rato en silencio y, finalmente, cayendo en la cuenta, exclama:

- ¿Qué hace ahí?
- ¿Tú qué crees?

Súbitamente animado, comprendiendo que voy a hacer algo, tal vez esperanzado, pregunta:

- ¿Le traigo el expediente?
- ¿Qué hay?
- Lo que pudimos hacer. No es mucho. Pero puedo pedir una copia del de la Guardia Civil. Y otro a la Policía Local.
- No te los darán.
- ¿Qué se apuesta?
- No quiero que nadie se entere. Empezaré por lo que haya aquí. Si antes no descubrieron nada, no creo que yo pueda.
- ¿Por qué no?
- No soy un investigador. Nunca lo he sido.

López se desanima tan súbitamente como se ha esperanzado antes.

- El anterior comisario… -comienza. Pero se detiene antes de decir algún inconveniente.

Lo miro, pero no quiero preguntarle. Ya tengo demasiadas noticias sobre mi predecesor. Y no quiero saber más.

- ¿Quiere que le diga algo? –pregunta López refiriéndose a la mujer.
- Tranquilízala. Dile que lo estudiaremos otra vez. Tal vez consigas que se vaya. Quieta ahí enfrente parece la voz de la conciencia.
- Eso es lo que quiere.
- Lo sé.

Vuelvo a mi mesa de despacho, le pido a López que me pida algo de comer y me traiga el expediente.

Dos horas después, he comido poco y he bebido una cerveza templada. Pero al menos, rodeado de aire en lata, huyo del calor asfixiante de fuera. Intento releer el expediente del asesinato, pero la cabeza se me va, da vueltas, gira, imagina y no se centra en los datos recogidos por los compañeros que lo investigaron. Hay también dos páginas de cotejo del informe con el de la Guardia Civil. El único informe del que no disponemos, y del que no podremos disponer, es el de la Unidad Central de Información de la Guardia Civil, trasladados desde Madrid. Sus informes son herméticos.

Compruebo que la niña desapareció un día de noviembre, por la mañana, en la hora del recreo. Increíble. No consta en el colegio que nadie, ni familia ni amigos, fuera a recogerla. Nadie se dirigió a ningún profesor para solicitar la salida de la niña del parvulario.

Que fuera en pleno noviembre casi descarta la idea, admitida más como excusa para no encontrar al culpable que por convicción, de los informes, alegando que pudo ser un pederasta de paso por la zona. Se comprobaron hoteles, apartamentos de alquiler, y todo lo demás, sin resultado alguno.

Las declaraciones de los amiguitos de la niña son un caos. Fueron

interrogados hasta en siete ocasiones por cuerpos policiales distintos y sus contradicciones e invenciones daban para llenar un libro de cuentos. Sólo uno, más despabilado, dijo que su abuela y su abuelo iban algunas veces en el recreo para llevarle la merienda, pero no sabía si ese día habían ido.

Cotejado con las declaraciones de los abuelos, la abuela Josefa, el Ángel Vengador, estaba en una casa, limpiando por cuenta de los dueños, a esa hora. Y el abuelo, de camino a la lonja de frutas y verduras de Cuevas de Almanzora a vender o a comprar.

Los datos giran en mi cabeza como un tiovivo. Con desaliento, compruebo que no hay nada. Nada. Ningún hilo del que comenzar. Comprendo la impotencia de todos los que investigaron. Dejo el expediente con frustración sobre mi mesa y me levanto para estirar las piernas. Con temor, me acerco a la ventana. Pero la mujer ya no está allí.

Respiro hondo y enciendo un cigarrillo. Las fotografías de la niña destrozada se agolpan en mi retina. Tengo la sensación de que jamás podrán borrarse, de que cada cosa que mire a partir de ahora la veré a través de estas imágenes dolorosas. López, que entra en mi despacho, observa el expediente abierto sobre la mesa y me interroga con la mirada.

Niego con la cabeza.

- Yo también lo he estudiado. No veo nada, jefe –admite.
- Es una misión imposible.

Introduzco todos los folios ordenados en el expediente, abro un cajón de mi mesa, lo guardo y cierro con llave.

- Hemos localizado al Ladislao –dice entonces, pasando a otra cosa.- Va a estar a las cinco en un pub del barrio de San Gabriel.
- ¿Cómo lo sabéis?
- No se esconde.
- Claro. Aún no se esconde –admito.

El Ladislao es el mayor chorizo de Baria. Sabemos que trafica con drogas, que tiene su red de camellos, que compra todo lo que se roba en cincuenta kilómetros a la redonda y que trapichea con todo lo que se le ponga por delante.

Quiero hacerle una primera visita. Que sea sonada. Una presentación en sociedad, como se dice, mucho más importante para mí que el discurso ridículo ante el alcalde en el acto de mi toma de posesión.
Miro el reloj. Queda casi una hora. No conviene adelantarse y que se percaten de nuestra presencia en un coche al otro lado de la calle.

- Saldremos cuando falten cinco minutos.

Cuando cogemos el coche en el garaje, el termómetro del exhausto Toledo que la comisaría ha puesto a mi disposición marca 30 grados. Unos minutos después de salir a las calles del infierno marca cuarenta y cinco.
Me esfuerzo en impulsar un aire acondicionado que ya no da más de sí. Sudamos y maldecimos, pero el aparato, a pesar del ruido, es incapaz de enfriar el aire ardiente. Pronto, la aguja de la temperatura roza el rojo. Y cuando llegamos al barrio de San Gabriel y nos detenemos a cincuenta metros del pub que me señala con el dedo López, es aún peor. Entonces, el aire acondicionado comienza a renquear, como un viejo con artrosis, y el sudor nos cae a chorros.
Miramos la hora y cuando han pasado cinco minutos de las cinco, salgo del coche. López quiere seguirme, pero le hago una indicación y vuelve al coche, contrariado.

- No puede ir solo –se atreve a contradecirme aún.
- Ya lo creo que puedo –digo sin volverme.

El aire me quema la garganta. Tengo la impresión de que también quema los pulmones. El sudor estalla por todos los poros de mi piel y me siento morir. Me vienen a la mente las imágenes terribles de la niña y siento una amargura como nunca había sentido. ¿Qué se puede sentir al ver el atroz cadáver de la niña, la cabeza machacada?
Cruzo la puerta del pub Jennifer, situado en el bajo de un viejo edificio de tres plantas con fachada desconchada y aparatos de aire acondicionado soltando chorros de aire ardiente y lágrimas de agua, entre el rumor de asfixia de sus pulmones de metal. Un aliento frío me da la bienvenida. Mis ojos están cegados en la penumbra. Me quedo

tras una cortina espesa y sucia y, poco a poco, mis pupilas se van dilatando y puedo vislumbrar una barra alargada de acero inoxidable. Anaqueles cargados de botellas y respaldados por espejos. El fondo es una oscuridad impenetrable desde donde estoy. Cuando mis ojos me lo permiten, me adentro y paso sin mirar junto a dos colegas sentados en sendos taburetes y a un camarero que charla con ellos. Siento sus miradas sobre mi cogote. Saben quién soy.
Compruebo que no hay nadie más en el local y vuelvo junto a ellos, me coloco entre los dos colegas y miro de frente al camarero.

- Un gin tonic. ¿Sabes hacerlo?

Desconcertado, el camarero pierde la mirada en la barra.

- Con limón. Agitado, no removido.

El comentario alegra a uno de los colegas, situado a mi izquierda. Se trata de un tío de unos cuarenta años, muy moreno, de cabeza pequeña, frente estrecha, ojos pequeños y nariz aplastada. Lo miro en silencio y recorro su corta anatomía con descaro. Luego miro al otro, mientras el camarero trajina. Éste es grueso, aunque no gordo, aún. Tiene los mofletes rellenos y la piel más blanca, el pelo abundante y negro repeinado hacia atrás. Un primo de Los Chunguitos. La barriga abulta demasiado para sus treinta y tantos y amenaza con explotar bajo la camisa abierta hasta el estómago que deja ver un sudoroso pecho donde reposa un medallón de oro que al peso debe valer una fortuna.
Me apoyo en la barra sin decir ni pío mientras vuelve el camarero con un vaso largo, vierte la ginebra y sobre los cubitos un chorro de limón. Una corteza de limón que añade y luego la tónica. Lo agita todo con una palita y con mucho cuidado y lo alarga, expectante y dubitativo, hacia mí.
Bebo un trago y chasqueo la lengua.

- ¿En esta tierra de mierda hace siempre el mismo calor?

Se quedan mudos como muertos. Se miran entre sí un instante y luego juegan a dejar los ojos en cualquier sitio, pero no aciertan.

- Lo digo porque acabo de llegar y no hay manera de respirar.

Doy otro trago y continúo.

- Vengo de una tierra donde nunca hace este calor. Allí hace más

bien fresco. Lo que sí he comprobado es que en todas partes hay los mismos hijoputas.

Dejo cocer la inquietud en los rostros. Se mueven, cambian de posición sobre los taburetes, dan un sorbo rápido a sus copas.

- Oye, aquí falta alguien, ¿no? –digo como cayendo ahora en la cuenta.

El camarero coge una gamuza y comienza a alejarse.

- ¡Eh, tú!

Vuelve como si se lo hubiera ordenado un sargento chusquero. No me mira, pero ahora tampoco se atreve a alejarse.

- ¿Y el Ladislao?
- No va a venir –dice el de mi izquierda, el moreno.
- ¿Y cómo lo sabes?

Se encoge de hombros.

- ¡Ah, sí! Ahora caigo. Me dijeron que trabajaban para él un par de chuloputas. ¿Sois vosotros?

Se miran entre sí y se remueven otra vez en sus asientos como si les picara el trasero. La tensión se masca y yo me divierto cada vez más.

- ¿Sois vosotros los mismos cabrones que agredieron al anterior comisario? –pregunto muy sorprendido.

Observo una señal de alarma brillar en sus ojos. Se miran, resoplan.

- Yo soy el nuevo. ¿No queréis hacerle al nuevo comisario lo mismo que al viejo?

Acabo mi copa, la dejo sobre la barra mientras el moreno dice:

- Tío. No queremos jaleos. Estamos limpios y…

Antes de que acabe, la culata de mi HK se estrella contra sus dientes y cae hacia atrás como si lo impulsara un huracán. De revés, la estrello también en la nariz del primo de los Chunguitos. Siento el crack de los huesos resonar en mi mano y trasladarse hasta mi corazón, que estalla de felicidad. El chunguito gira sobre sí mismo, golpea con la cabeza los pies del taburete y cae de panza.

- ¿Algún problema?

El camarero, blanco como si lo iluminara un halo, no se estremece. No es capaz de pronunciar ni un ay.

Guardo la pistola y espero pacientemente a que se levanten. Las caras

ensangrentadas no han ganado con las heridas, pero tampoco han perdido mucho.

- Dame una botella de agua. Bien fría.

El camarero agradece la orden como una bendición. Al menos tiene algo que hacer e intuye que él no va a recibir.

Los lamentos se ralentizan, ahogados por una música disco en la que ni siquiera había reparado hasta ahora.

- Quita la música.

Obedece el camarero, a quien le chorrea la cabeza de sudor como si acabara de terminar una maratón. Juraría que le tiemblan las piernas cuando vuelve con un botellín de agua helada en la mano. Lo pone sobre la barra y ya no tengo dudas. Las manos sí tiemblan.

Como tardan mucho, les ayudo a volver a los taburetes. Subo al moreno y les digo, desenfadado:

- Venga, hombre, si no ha sido nada. Sólo un saludo de colegas. Vosotros despedísteis al anterior comisario y yo he querido presentaros mis respetos. Así nos vamos conociendo mejor. Aunque, ya sabéis, al que más ganas tengo de conocer es a vuestro amigo el Ladislao.
- No ef amigo nueftro –dice el moreno, silvándole las eses entre las paletas que ya no están.
- Pues si no está, lo llamáis. Le decís que siento mucho no haberlo conocido esta tarde. Pero que estoy seguro de que nos veremos muy pronto.

El chunguito continúa arrodillado en el suelo, con la mano sobre la nariz. No se atreve a volver al taburete. Seguro que nunca ha bajado de uno tan deprisa. Le echo una mano y, con pesar y temor, vuelve a colocar sus enormes posaderas en el pobre mueble.

- Oye, antes de irme. ¿No me váis a invitar a la copa?

Los miro y se miran. Luego dicen que sí con la cabeza.

- Bueno, pues para despedirme…

Cuando estoy diciendo esto, el chunguito levanta el brazo como si fuera a sacudirle otra vez.

- Para despedirme, quiero que os quede clara una cosa. Esto ha sido un saludo. Sólo eso. Y debéis decirle a vuestro amigo, aquí

presente –digo señalando al camarero- que los suelos de estos sitios hay que fregarlos y secarlos, no vaya a ser que alguien resbale. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

Ambos asienten. Asiente hasta el camarero.

- Y tú.

El hombre se echa tan atrás que choca con las botellas alineadas a su espalda.

- También he oído hablar de ti. Como se siga vendiendo algo más duro que una hojita de maría en este local, vuelvo. ¿Te ha quedado claro?

Tan claro como la luz del día.

Les doy una palmadita y salgo.

La luz de la tarde es tan cegadora y ardiente como un disparo.

Padilla se movía con lentitud de paquidermo, servidumbre no sólo de la artrosis incipiente sino del conocimiento de muchos años de moverse en el calor de los veranos. Sabía que no se puede luchar contra ello y ya ni resoplaba. Buscaba las sombras como quien persigue unas huellas y se contentaba con soltar rápido el aire. La brisa africana removía el aire caliente como un calefactor y se introducía en los pliegues de su camisa como una mano fantasmal que acariciara con saña las carnes.

Cerró el coche con su llave, como toda la vida, y caminó por la acera, cuyo calor traspasaba la suela de cáñamo de sus zapatillas y le plantaba una plancha en los pies, hasta la puerta de la emisora de Tele-Mediterráneo Indalo.

Cruzó una puerta acristalada y no pudo evitar recordar y comparar. La primera vez que entró en los estudios, éstos no eran sino un piso de mala muerte, alquilado por cuatro duros, en un barrio de edificios baratos de los setenta. Puertas de chapa y suelos de loseta gris para disimular la porquería. Paredes y techos encalados y muebles de saldo. Requena había progresado mucho, pensó no sin ironía Padilla. La nueva sede ocupaba todo el bajo de un edificio reciente y céntrico y la

puerta acristalada daba paso a una recepción más amplia que la de un hotel de cinco estrellas. Logotipos de la emisora por todas partes y en todos los formatos: relieves, cuadros, motivos, figuras, esculturas, posters. La recepcionista era una chica vestida como una azafata, que lo acompañó, caminando unos pasos por delante, como señala el protocolo, hasta el despacho de don Juan Requena, como lo llamó con reverencial respeto. A ambos lados de los pasillos se abrían otros despachos donde sus empleados se afanaban colgados del teléfono o pegados a las pantallas, planas como hojas de papel.

Padilla fue depositada con delicadeza de hada madrina por la chica en un sillón de cuero auténtico frente a una mesa de despacho tan amplia como su dormitorio. Patas de madera brillantísimas unidas por travesaños de acero y una tabla de vidrio tan gruesa como un cristal blindado y tan brillante como los sueños de un adolescente. La pantalla del ordenador era el doble de lo habitual y el sillón de Requena más alto que los de los confidentes. Como un interrogador novato, pensó Padilla. Los suelos y las paredes estaban chapados de madera y colgadas había fotografías de Requena en diversos actos sociales o recogiendo algún premio del gremio de la prensa provincial.

- Perdona la espera, Antonio –dijo la voz de Juan Requena a su espalda, entrando en el despacho.- Apenas tengo unos minutos. Estamos preparando el telediario de esta noche.
- ¡Qué importante! Hasta hace un par de años teníais que inventaros las noticias –comentó irónico Padilla.
- Esto ha dado un giro inesperado en este tiempo –dijo Requena, sentándose al otro lado de la mesa, frente a Padilla. Tras él, la ventana matizaba la locura de luz de la calle a través de un cristal tintado y unas persianas inverosímiles, cuyo diseño sólo podía habérsele ocurrido a un loco o a un genio.
- ¿Tú crees?
- Sin duda. Un segundo.- Requena tecleó algo en el ordenador.- ¿Qué te trae por aquí?
- Estoy cobrando viejos favores.

Requena esbozó un gesto de contrariedad que no disimuló.

- Tal vez no hayas acudido al lugar indicado.

- ¿Ya no recuerdas quién te iba contando en primicia el asunto del robo de los restos arqueológicos? ¿Y el fraude de la industria química? Hiciste amigos y un nombre.
- Lo conseguí a base de trabajo.
- No lo dudo. Pero ahora ocurren las mismas cosas o peores y ya no denuncias nada. Te limitas a darle jabón al franchute.
- Es tan importante lo que va a hacer aquí que palidece todo lo demás.
- ¿Ahora las denuncias de los ecologistas no están justificadas? Cuando hacían la urbanización Palmeras de la Playa, de apenas unos cuantos chalés, te parecía que se iba a acabar el mundo. Lo que van a hacer ahora es mucho peor.
- Los informes de los ecologistas no son concluyentes. Se basan en probabilidades. De hecho, he recibido unos informes, que estamos estudiando, que contradicen los que han presentado los ecologistas.
- No pensabas lo mismo cuando tu mesa no era de vidrio y acero.

Se mordió los labios, apenas entrevistos entre la recortada barba canosa. Padilla sabía que se quedaba con las ganas de echarlo.

- Bueno, ¿qué quieres saber?
- Quién es el gabacho.
- Vaya. ¿Qué interés puedes tener en él? ¿Acaso tenías pensado invertir y te hace la competencia? –preguntó con malicia Requena.
- Hubo un tiempo en que por menos de eso le he pateado los huevos a algún capullo.
- Afortunadamente, esos tiempos no volverán.
- Entonces le diré a la competencia, a Alberto Casas, el de Sur Noticias, que formas parte de la sociedad que utiliza mano de obra barata en los invernaderos de La Hoya. Por cierto, ¿a cuántos sin papeles tenéis hacinados en el cortijo? ¿Se ha caído ya el tejado?

Requena abrió los brazos en señal de impotencia.

- Venga ya. No puedes demostrarlo.
- ¿Crees que a Alberto le importa mucho? Le bastará con echar mierda sobre tu reputación. El periodista íntegro que… etc, etc. Va a disfrutar.

El periodista se encogió de hombros, indiferente. Con expresión de hastío en la cara, dijo, echando un vistazo rápido a un Bulgari de acero:

- Tengo poco tiempo. Tampoco necesito más para decirte lo que sé: nada.
- ¿Tú también te has vendido?

Requena se puso rígido. Miró con infinito desdén a Padilla y luego se echó hacia delante, juntando las manos como un predicador y hablando quedamente.

- ¿Qué es venderse? Si me enfrento lo perderé todo. O halago su Venecia II y le doy cobertura o me cierra el negocio. Vino a verme ese tipo inglés que se ha encargado de todo hasta ahora. El que siempre viste de negro, que parece un murciélago. O apostaba por ellos o crearía otra emisora frente a mi puerta. Tirarían los precios de la publicidad y me hundirían. No les importa perder dinero, sólo conseguir sus objetivos. Ese tipo de negro y sus abogados lo han preparado todo.
- ¿Quién ha comprado las fincas que se van a recalificar?

Requena se detuvo. Se echó hacia atrás en el sillón y miró a Padilla en silencio.

- Requena… –advirtió Padilla.
- No te he dicho nada. No puede salir de aquí. Aunque la verdad es que lo sabe más gente.
- ¿Quién?
- Una sociedad, o varias, constituidas por Mateo. No figura como socio, pero es él.
- ¿Y su testaferro?
- Bárcenas.
- ¿El cretino?
- El mismo.

Padilla se quedó pensativo.

- ¿Cómo es que Mateo se fía de él?
- ¿Y quién ha dicho que se fíe?
- Claro. Ha elegido al más tonto –reflexionó Padilla.

El periodista asintió.

- ¿Cómo funcionan?

- Han comprado todo lo que se podía comprar. De momento, sólo adelantando una pequeña parte del pago, hasta el momento de la firma. La gente ha vendido porque no sabía lo que se iba a hacer cuando firmaron los contratos privados ni podían soñar un precio mejor hace meses, aunque es mucho más bajo, por supuesto, de lo que vale tras la recalificación y de lo que valdrá mañana. Han estrangulado cualquier otro negocio, han comprado inmobiliarias con todo su activo en solares y fincas. Es imposible resistir su empuje,

Antonio. Llevan así un año. Cuando todo ha estado preparado, ha venido él a hacerse la foto.
- ¿Cómo han podido hacerlo tan rápido?
- Mateo. Un expediente de interés general y, por arte de magia, aprobado en meses.
- ¿Te pidieron algo concreto?
- Sólo plena disponibilidad.
- ¿Y qué sabes de él? –insistió Padilla.- Me interesa la persona.
- Nada. Lo que sabe todo el mundo. Que era huérfano de españoles exiliados de la guerra civil. Nació en el cuarenta y no sé qué y poco después murieron sus padres. Se crió en un orfanato y ha vivido en Francia. Que tiene un imperio inmobiliario allí y que es obscenamente rico. Un hombre hecho a sí mismo, como se dice.
Padilla se levantó, cabizbajo.

- ¿Por qué te interesa tanto? –preguntó Requena.
- Me recuerda a alguien.
- ¿A quién?
- No lo sabrías. Entonces no vivías aquí.

El instinto profesional de Juan Requena no se había perdido.

- Si te enteras de algo, dímelo.
- Déjame el vídeo de la entrevista.
- No hay problema. Lo tendrás en recepción en unos minutos.

Requena descolgó el teléfono.
Padilla salió del despacho, pero ahora no miraba las magníficas instalaciones. Sólo el suelo de granito donde se reflejaba un hombre ya cansado pero espoleado por la incertidumbre y la duda. Cada vez estaba más seguro de que esta vez había acertado: tenía que ser él..
La chica que lo atendió le entregó un pendrive en el que había grabado la entrevista con el señor Alain Pérez. Padilla lo recogió maquinalmente. Pensando en su asesino, el que se le escapó aún no sabía cómo, su mente había caído por un tobogán de tiempo, hundiéndose en el pozo de treinta años de frustración.

30 AÑOS ANTES- 15 DE JULIO 1974

La tarde transpiraba vahos sordos, como un pulmón abierto. El olor dulce de la paja se metía en la nariz. Ella miraba con desaliento el trabajo aún pendiente: una era de pan trillar, de brillantes losetas de pizarra al sol tangente del atardecer, cubierta de cebada. La mula descansaba más allá, atada a un algarrobo, buscando inútilmente la sombra del pequeño árbol que no la cubría. Las moscas revoloteaban a su alrededor. Las cuchillas del trillo brillaban como cuchillos.
Luisa vio partir al hombre con el que se había casado. Diego había dejado los arreos y la bestia a un lado, pues por la noche había otra ocupación, hasta el amanecer, en el Pozo del Esparto. Lo observó mientras arrancaba la moto, sujetaba con cuidado al manillar la bolsa con la comida para la madrugada. Hizo un gesto de adiós, mirándola un embarazoso segundo de más, como si esperara un beso que ella robaba alejándose distraídamente un instante antes de la despedida.
Se había enamorado de él como se enamoran las muchachas de los lugares muy pobres, a las que se les enseña que necesitan un hombre, cualquiera, que las mantenga y las proteja.
Eso pensaba ella seis años atrás, cuando lo conoció. Y no podía quejarse. Era un buen hombre. Algo brusco de maneras, como le gustan a las viejas, pero muy trabajador. Claro que a Luisa, ahora, cuando lo pensaba… Se oían tantas cosas. Gentes que se iban a ciudades enormes, gigantescas, de España o de Alemania, a Barcelona, a Munich, donde prosperaban, donde trabajaban en otras cosas que no fueran la seca y dura tierra que para que te de algo tienes que abrirla en canal como a un cerdo. Diego ya lo había dicho: Nos tenemos que ir. Pero ella, temerosa, no se atrevía a dar el paso. Y su madre, cuando se lo comentó:
-¿Te vas a llevar a la niña? –lloró.
Y Luisa no se decidía.
Pero luego, también Juan quería irse, emigrar, lo más lejos posible.
Juan… Tan parecido físicamente, con la misma buena planta,

ambicioso, inquieto, que quería largarse de aquí y dejarse el esparto de la miseria, como él decía, para irse a una ciudad y hacerse de nombre, de un patrimonio. Y fulano de tal, que se fue con una mano delante y otra detrás, y mengano, que mira ahora lo que hace en Barcelona o Madrid, o Valencia o Bilbao. Tienen coche. Las manos limpias. Y los sábados y los domingos visten de traje.

Juan… que se le había metido en la cabeza y en la carne como una enfermedad. Juan, que decía: Eres una reina… ¡Caer en brazos de otro hombre! Si Juan no hubiera estado en la mili cuando conoció a Diego, tal vez… Pero cuando Juan volvió ya estaba todo hecho: el compromiso, el noviazgo, la boda… Ya no podía dar marcha atrás. Y luego el embarazo, la niña.

Luisa se quitó el cabello de la cara. Se había quedado mirando el camino ya desierto y sin nubes de polvo tanto rato que sintió que la embadurnaba una penumbra metálica y caliente como una cataplasma. Se limpió las manos en el vestido y abrió unos botones de la blusa. Se hizo aire con las manos y miró su casa, evaluando la tarea que aún quedaba pendiente.

Una casa mínima. Una puerta de madera, un ventanuco a un lado y la tapia del corral al otro. El horno de ladrillo para el pan junto a la esquina. Una planta de cortijo mezquino de cuatro habitaciones. Sin baño. En esas ciudades viven en pisos asequibles con dos dormitorios completos, un baño y un salón. Y las ventanas dan a calles donde el tumulto de las gentes se oye desde que te levantas hasta que cae la noche. En cambio, aquí… Silencio y soledad.

Suspiró hondo, sin querer mirar más allá, evitando una decisión que algún día tendría que tomar, y entró en la casa. Cerró la puerta tras ella y entonces sintió unas manos que la apretaban sin escrúpulos, ciñéndose como cuerdas a su costado, a su vientre, a sus pechos. Una boca mordió su cuello, las orejas. Ella, asustada y excitada, se quejó, murmuró, manoteó. Pero se dejó ir. No podía evitarlo, se derretía en sus brazos, en sus sueños de otros mundos, como nieve al sol.

- ¿Qué haces aquí? ¿Estás loco? –consiguió articular tras morderle los labios y retirarse él instintivamente.

Se abalanzó de nuevo sobre ella, que sollozó, ya violentada. No, aquí

no, en la casa no, protestaba. Finalmente, él, asustado de sus lágrimas, la estrechó contra la pared, se disculpó y la besó suavemente.

- No puedo, no puedo, no puedo –decía besándola por donde podía, como un sediento que busca el agua que se derrama por la pared.
- ¡Vete de aquí! –ordenó ella, sobreponiendo el miedo al deseo.

Lo empujó en un rapto de terror y él, mirándola desde la distancia por primera vez:

- ¡Qué guapa eres!
- ¿Cómo has entrado?
- Por el ventano del dormitorio –señaló, acercándose de nuevo.
- ¡Aquí no! –tajante la mujer, recomponiendo su vestido y abrochándose de nuevo esos botones.
- ¿Por qué no? Se ha ido para toda la noche.

Luisa se separó de la pared y se fue al otro lado de la habitación, junto a la chimenea, alejándose.

- Haz el equipaje –ordenó Juan.

Ella lo miró, atónita.

- En cuanto vuelva la niña, nos vamos.
- ¿Qué?
- Tengo un coche. Me lo han dejado. Iremos a Alicante. Nos vamos en barco, para que no les de tiempo a echarte el guante.
- ¡Estás loco!
- ¡No! –ahora se acercó él a ella, agresivo.- Vas a venir conmigo. Lo quieres. Y no voy a permitir que el miedo te lo impida. Cuando venga la niña, nos vamos.
- ¿Pero qué dices? –Luisa se alejó de él.
- Lo hemos hablado. Nos queremos. Y nadie va a impedir que…

La puerta estalló contra el marco y la figura que se adivinaba enmarcada por la penumbra de la noche era inconfundible. Luisa lanzó un grito de terror. Luego, los tres permanecieron en silencio un instante que se hacía eterno.

- Diego, tenemos que hablar –dijo finalmente, con un aplomo inesperado el amante que había entrado en la casa por la ventana del dormitorio.

Diego dio un paso adelante. Miró a su mujer. Luego a su primo. Por su mente seguramente pasaron los años de infancia y adolescencia. Como hermanos. Eran más hermanos que primos. Juan y él. Él y Juan. Y ahora lo había traicionado. Los observó con odio: a él, a ella.

- ¿Te han ido con el cuento, no? ¡Hijos de puta! –masculló Juan, el primo tan querido, el hermano odiado ahora con un furor frío que Diego no sabía que existiera hasta este momento.- Nos queremos, hay que verlo así. Nos queremos y nos vamos esta noche. Te pongas como te pongas.

Diego se limitaba a mirarlos. Especialmente a su mujer, contra la que crecía un odio tan feroz e inversamente proporcional al amor que le tenía hasta ayer, cuando le insinuaron, cuando unas risas mínimas en el bar despertaron su instinto de hombre casado con una hembra como ésa.

- Siéntate y hablamos, Diego- pidió Juan, buscando una silla y sentándose a la mesa a esperarlo.- Estás rojo. Tienes que hablar y soltarlo. Siento lo que ha pasado, pero no tiene remedio. Tendrás que aceptarlo.

Diego, con la bolsa de la comida en la mano, se movió por fin y entró en el dormitorio. Luisa abrió la boca, su expresión despavorida asustó a Juan, pero éste hizo un gesto con la mano y dijo calladamente:

- Tranquila. Lo conozco.

Diego salió del dormitorio. Había dejado la bolsa con la comida, pero ahora llevaba su escopeta del doce horizontal en las manos. Miraba a su primo, como sin verlo, y elevó la escopeta. Juan se levantó lentamente de la silla, mirando los cañones y los ojos de su primo: el mismo vacío. Pero Diego desvió la escopeta un segundo y disparó. El grito y la sangre de Luisa se confundieron en la misma imagen. Juan dio un paso hacia ella, ya caída, el pecho ensangrentado. Juan sintió que su cara se deshacía en llanto, se giró hacia su primo, que la miraba también, el estupor y el horror esculpidos en su cara, y se abalanzó sobre él. Ya no le importaba otro disparo, sólo quería matarlo y luego morir él. Lucharon, se mordieron, se golpearon, pero las manos no soltaban la escopeta. Aún quedaba un cartucho dentro. Entrelazados, golpearon la pared, cayeron al suelo, se levantaron

sobre rodillas ensangrentadas, se arañaron, se escupieron, mezclaron sus sudores, hasta que un dedo acertó a mover el gatillo, sin quererlo, sólo porque estaba allí, violento y loco, y hubo un estampido y la cara de un hombre saltó de su lugar natural y dejó esquirlas de hueso y restos de sangre en las paredes, en el techo, en el suelo.

- ¿Puedo ir yo sola a tu casa de noche?

El árido paisaje nocturno, calcinado durante el día, azulado por la luna, parecía un paisaje lunar.

- No. Porque hay lobos de noche que se comen a los niños.

La abuela apretaba la manita de la niña, amorosa.

- ¿Cómo a Caperucita?
- Sí, como a Caperucita.
- Pero Caperucita también iba a ver a su abuelita, ¿verdad?
- Y se la comió el lobo –reconvino con cariño la abuela.
- ¿Y a la abuelita, también se la comió el lobo?

La abuela vio la casa, la luz que dibujaba la ventana como un ojo amarillo en la pared. También la puerta estaba entreabierta, con este calor…

- Pero llegó un cazador y mató al lobo y sacó de su barriga a Caperucita y a la abuelita –explicó el cuento la abuela.
- ¿Y si voy contigo no me comerá el lobo?
- No, mi niña. Si vas conmigo, no te comerá el lobo.
- Mira, abuela, ya hemos llegado.

La niña quiso soltarse, pero la abuela apretó su mano y animó sus pasos. Una inquietante duda había surgido en ella a medida que se acercaba a la casa. ¿Por qué olía a quemado? ¿Por qué salía humo del horno? Su hija no le había dicho que fuera a hacer pan hasta el fin de semana. Y ese olor… a carne quemada.

- Espera aquí –ordenó la abuela.

La niña quiso desobedecer, pero la abuela, firme, la mantuvo detrás de su falda. Cuando abrió la puerta, con precaución y miedo, lanzó un grito sordo. Empujó fuera a la niña, a la calle, entrecerró la puerta y

corrió hasta el cuerpo sin vida, ¡¡mi niña!!, ¡¡mi niña!!, ¡¡mi niña!!…Su intuición de mujer vieja la había alertado. Esos rumores… La madre de Luisa lloró sobre el cuerpo de su hija. Volvió la cabeza y vio a la niña tras ella, junto a la puerta, tan pequeña, tan indefensa.

- ¡¡Sal!! -gritó.
- ¿Mamá?
- Está malita…-chilló mientras sacaba a la niña fuera otra vez.

La mujer volvió junto al cuerpo de su hija, a llorar la desgracia que había rumiado desde que se enterara, incrédula, rehuyendo la verdad tras lo que quería sólo calumnia.

La niña, llorosa, sola, musitaba muchos mamás, pero la puerta estaba cerrada. Luego, lentamente, fue hasta el horno y vió cómo ascendía, perezoso, el humo, tan azulado al trasluz de la luna, y miró con interés lo que las sombras, un segundo antes, no le habían permitido observar. Del horno del pan salían las piernas de un hombre.

- ¡Papá! –llamó la niña.

MARTES, 13 DE JULIO DE 2004

Ya era la quinta vez que se entrevistaba con ella. No quiso nunca forzar la situación, intimidar, como había hecho con tantos. No con ella. No sólo presumía que su obstinación era inasequible al temor; es que, sencillamente, desde la primera vez que la vio no pudo pensar en otra cosa. No era la mujer más guapa que había visto nunca. De hecho, había poseído otras más bellas, más accesibles al dinero o al temor o al halo de maldad que lo rodeaba y que actuaba como un imán con determinado tipo de mujeres. Pero tenía algo especial. Algo que Mike iba descubriendo poco a poco, en cada encuentro, algo que se insinuaba en cada comentario que le hacían, en cada sugerencia, cuando preguntaba aquí y allá. El trágico aire de huérfana que la precedía. La posesión del bien más preciado para Alain. La causa, o

una de las causas, de lo que pasó hacía tantos años. Su apego por el terreno miserable de sus padres, que había preservado con celo de perro guardián durante todo este tiempo.

- Se lo he intentado comprar veinte veces –le había dicho Bárcenas.- Le he ofrecido mucho más de lo que puede valer. Lo quisieron los vecinos que tienen tierras en la zona para dedicarlo a cultivos intensivos o invernaderos. Pagaban bien. Nada. Luego doblé el precio para una promotora de la zona, hace dos o tres años. Nada. Inquebrantable. Siempre admitía la posibilidad, pedía conocer al comprador y antes de cruzar tres palabras, ya estaba la negativa. Hablé con su abuela: convénzala mujer, para qué quiere eso una mujer joven. ¡Imposible!

Bárcenas se llevaba las manos a la frente para secarse el sudor del enorme esfuerzo que le producía semejante discurso y manifestar la incomprensible postura de la mujer.

Pero Mike intuía por qué no vendía. Y acertar en su certidumbre era lo que más temía.

Ahora la veía venir caminando por la calle peatonal, sortear mesas y sombrillas dispuestas para la noche, cuando la gente buscara una clase de frescor, que según las noticias, tampoco hoy iba a llegar. Él se había convertido en una figura reconocible. Todo de negro, paseaba por la ciudad con el aire autoritario de un gobernador. Pero con ella no era suficiente. No la había impresionado. Es más, lo trataba con un desdén considerado que lo irritaba y enervaba.

Luisa entró en la cafetería. Vestía unos pantalones blancos de lino hasta los tobillos, sandalias y una blusa azul. Se quitó las gafas de sol y miró en dirección a Mike. Éste se levantó de la mesa situada junto a la fachada acristalada de la cafetería. La invitó a sentarse en una silla frente a él. Ella pidió un té rojo. Mike hizo un gesto y el camarero asintió. Se sentó y con la mano acarició la copa que entretenía mientras la esperaba.

- Espero que no te haya molestado venir.

Luisa se encogió de hombros, displicente. Era cierto que nunca se negaba a entrevistarse con él, lo que alimentaba sus fantasías. Pero también temía que fuera por otras razones. De hecho, había

desestimado dos invitaciones de Mike a cenar.

- Me estás poniendo en una situación muy difícil –comenzó Mike, serio, la cara endurecida al comprobar la actitud de la mujer de la que se había enamorado.

Luisa lo miró con ojos serenos. A Mike el leve tono azulado de los ojos verdes le recordaban los cambios de luz en el mar, las aguas verdes y cristalinas de una cala recóndita y solitaria, encastillada entre rocas negras y prehistóricas, en Cala Panizo durante la primavera o el otoño.

- ¿Por qué? –preguntó finalmente Luisa, mientras sonreía al camarero que dejaba sobre la mesa una tetera de porcelana y se retiraba, no sin antes pedir con los ojos la aprobación de Mike.

Éste ofreció un cigarrillo que ella aceptó y ambos fumaron.

- Sabes que he venido a hacer un trabajo, no a pasar unas vacaciones. La gente para la que trabajo no suele aceptar negativas. Necesito ese maldito cortijito tuyo. No vale nada y te pagaré una fortuna.
- ¿Quién es el comprador? Sabes que te lo he preguntado docenas de veces.
- ¿Para qué quieres saberlo?

Luisa se sirvió el té y lo dejó humear en la taza.

- Está reservado. Lo siento.
- ¿Para quién?
- Eso no es asunto tuyo.
- Sí lo es. Más de lo que tú crees.

Sonrió Luisa. Mike observó con placer los labios distendidos, antes apretados, los músculos de las mejillas ensancharse y llenarse de vida, los pómulos delicados subir, las cejas abrirse como una promesa, dilatarse las aletas de la coqueta nariz.

- Todo el mundo sabe para quién trabajas. Si él quiere el cortijo, tendrá que venir a buscarlo.
- Puedo hacerlo yo. Tengo todos los poderes necesarios.
- No.

Su negativa era definitiva, como él suponía. Mike recordó la ira de Alain cuando le comentó que tendría que comprar personalmente. ¡No

quiero verla! ¡No es nadie para mí!, había gritado. Enfurecido, le había dado un ultimátum: o compraba o estaba despedido.
Ni siquiera se molestó en responder. No le importaba ser despedido. Mucho menos desde que la había conocido. Lo que sabía es que estaría allí, cerca de ella, en todo momento.

- No has probado el té –comentó Mike.
- Con este calor –se quejó ella.
- ¿Quieres hielo?

Ella negó con la cabeza. Mike sonrió. Ella lo interrogó con los ojos.
- ¿Sabes que me van a despedir por tu culpa?

Sobrecogido, es la tercera vez que lo leo. Cada vez se me hace más difícil pasar los ojos por las páginas del expediente; el interés forzado por la insistencia de la mujer. Esta tarde no ha venido, pero sé que está ahí, y no puedo recordarla como la vi anoche, en el hotel, sino como me ha sorprendido esta mañana, una figura a los pies de los soportales, aguantando el calor como si fuera de piedra, clamando justicia o venganza. Esa imagen no se separa de mi mente, como un maldito remordimiento.
Miré y no estudié los informes la primera vez. Pasé los ojos por los textos la segunda. Y ahora no pueden caminar sobre las letras sino como pies en el barro, levantándose difícilmente de los vericuetos de una investigación insuficiente y mediocre.
Alienta en mí la esperanza de conseguir algo y la certeza de no saber cómo hacerlo. Ni siquiera si es posible. Donde han errado los demás, no seré yo quien lo consiga. No soy más listo, no sé investigar, sólo he sido un matón, como esta mañana rememoraba: Lo metimos en el maletero del coche.

- Te vamos a dejar libre –dijo Jorge.

El otro, amordazado, la capucha en la cabeza, dejó blandos como gelatina los miembros. El terror lo convertía en carne dócil. Se introdujo sin protestar y se acomodó ciego lo mejor que pudo.

- Hay un agujero para que entre aire –dije al comprobar que

comenzaba a respirar agitadamente. Dejé el maletero abierto un instante más, hasta comprobar que se serenaba un poco. Luego cerré y me puse al volante.

- Anímate, hombre. Vas a ser libre en un rato –insistió Jorge.

Circulamos por carreteras secundarias, entre bosques cubiertos de bruma que parecían ámbitos de hadas y hechizos. La tarde gris, el cielo bajo, la niebla, que parecía moverse al unísono con el coche, envolvernos en burbujas de silencio y soledad. Jorge golpeaba el suelo del coche como si llevara el ritmo de la música. Conecté la radio y dejé sonar una música pop ordinaria, la que más de moda estaba en tu cadena del dial. Había sido idea de Jorge. Aunque pensarlo ahora puede parecer una excusa. No, había sido idea de los dos. Ambos lo odiábamos. No podíamos odiarlo más. Ni siquiera odiábamos tanto a los pistoleros como a éstos que les ofrecían cobertura moral. Un pistolero es un pistolero. Se nutren de pistoleros surgidos de la misma basura social que en otras ciudades o regiones se convierten en ultras o en radicales violentos. Pero son controlables. No lo son los que les dan legitimidad moral o cobertura política. Éste era de los que mecen el árbol, discípulo del padrino de pelo blanco. Cincuenta años engordando con sangre, como malditos vampiros.

Éste al menos se iba a llevar la decepción de su vida.

Tras conducir media hora, detuve el coche. Bajamos, abrimos el maletero.

- Venga, amigo, que vas a ser libre.

Lo condujimos cada uno de un brazo hasta el interior del edificio. Antes de quitarle la capucha, nos pusimos las nuestras.

Miró con ojos desconcertados por la oscuridad del maletero. Miró todo lo que le rodeaba incrédulo y aterrado. Luego se derrumbó, cayó de rodillas, lloró como un niño. Balbució, su boca soltaba saliva, su nariz mocos, las lágrimas arrasaban con ellos. Lo esposamos de nuevo a la cañería y apagamos la luz.

Salimos sin decir ni media palabra. El silencio es peor que cualquier amenaza.

Me estremezco al recordar. No estoy seguro de que sea arrepentimiento. Es más bien la sensación de que ha sido inútil, que es

peor.

Recordar me ha servido para abstraerme del expediente. Los textos y, especialmente, las fotografías, ante cuya visión me saltan lágrimas de los ojos, me atraen fatalmente. Sé que no debo introducirme en las imágenes del cuerpo de una niña con la cabeza machacada con una piedra, pero no puedo evitarlo. Sé que no me traerá más que complicaciones, pero no puedo evitarlo. Sé que me convertiré en un fracasado, pero no puedo evitarlo.

Llamo a López y le ordeno que llame a los familiares de la niña, para interrogarlos.

- ¿Hoy?
- Sí.
- Pero jefe, dentro de un rato será de noche.
- Yo no tengo nada mejor que hacer.

Cuando López se dispone a salir de mi despacho, vuelvo a oír las campanas de la iglesia.

- Lopez, ¿qué pasa?

López pone las antenas.

- Otro muerto, comisario.
- ¿Y?
- El calor. Mata a los viejos como chinches. Y a veces no tan viejos.
- ¿Esto es siempre así?
- Claro que no. Es una ola de calor.
- Cuando acabe, en lugar de estar a cuarenta y cinco grados estaremos sólo a treinta y seis, ¿no?
- Más o menos.
- Vaya consuelo.

Vuelvo a jugar con los folios del expediente, intentando memorizar las declaraciones de los abuelos, del tío de la niña, de algunos de los niños. Cuando levanto la cabeza, López está aún en la puerta del despacho.

- Se va el frío, López, decídete.
- No sabía si decírselo jefe, pero tengo dos noticias, una buena y otra mala.

- La buena primero, seguro que la importante es la otra.
- La buena es que lo están poniendo por las nubes por la detención del atracador.
- Fue un golpe de suerte. Por eso no dije nada. No creí que fuera tan estúpido. Él pensaba que no lo habían identificado.
- El anterior comisario le hubiera pedido por favor que viniera a comisaría.
- Vale. ¿Y la otra?
- Que hay rumores de brutalidad policial.

Me quedo mirándolo.

- Por lo de esta tarde en el pub.
- ¡Cómo corren las noticias por aquí!
- Se ha pasado jefe.

No le respondo y espero. Se le ve en la cara que quiere decir algo más.

- Al moreno le ha dejado sin paletas y al otro le ha partido la nariz.
- Lo sé.

López insiste en quedarse con la puerta abierta, indeciso.

- ¿Y si lo denuncian, jefe?
- No lo harán.
- ¿Cómo lo sabe?
- Porque entonces les partiría huesos más grandes. Creo que les quedó claro.
- Se está arriesgando mucho.
- Sólo estoy meando, López. Si no meas el territorio te pasa como a mi antecesor, que dos chorizos de mierda te chulean. Antes muerto que chuleao, como decís aquí. ¿Estás escandalizado?

Se lo piensa, se muerde los labios y luego dice:

- No debería hacerlo usted.
- Lo de esta tarde era una cuestión personal. Pero tienes razón.

Nos miramos sabiendo lo que queremos. Pero, ¿cómo fiarme de él si lo conozco desde hace una semana?

- ¿Conoces a alguien?

Asiente con la cabeza, varias veces.

- Me gustan cierto tipo de reuniones sociales, López. Podrías

presentarme a algunos amigos tuyos.

Se le ilumina la cara como a un niño al que se le promete un regalo. Entusiasmado con el secreto como un adolescente con la primera pornografía, pregunta:

- ¿Cómo lo llamaremos?
- ¿A estas reuniones? Hummmm

Me vuelvo para mirar cómo avanza el atardecer. Pero la imagen que recibo es de una luz inconcebible a una hora que debería ser nocturna. Ahora los gorriones comienzan a piar y los vencejos se lanzan entre la comisaría y el mercado de abastos como kamikazes, alocados del calor como humanos enlatados.

- CSI. Lo llamaremos CSI, López.
- ¿Qué significa? -pregunta entusiasmado.
- Cabrones Sin Identificar.
- Tengo dos de confianza.
- Hacen falta cuatro para jugar al póker, López.

Ríe.

- Llamaré a esa gente, jefe. ¿Le importa que le llame jefe?
- En absoluto.
- Seguramente vendrán ya de noche.
- No importa la hora.

Eran viejos conocidos. No eran amigos, pero se habían relacionado en muchas ocasiones, especialmente cuando Padilla aún era sargento de la guardia civil.

- Olvida tus fantasmas, Padilla. Hace ya treinta años de aquello. ¿Quién lo recuerda? No le importa a nadie.
- Lo recuerdo yo. Me importa a mí.

Elevaban ligeramente la voz sobre el estridente ruido del aire acondicionado. A ambos se le iba la mirada al viejo aparato situado junto a la ventana. Padilla se preguntó cómo aún funcionaba un modelo tan antiguo. Lo mismo que aún funciona, esté quien esté al mando, este viejo zorro de Mateo, pensó. Y era cierto. Seis

corporaciones distintas desde el lejano 1.978 y Mateo siempre en el mismo sitio, con unos y con otros, con alcaldes rojos, verdes, azules y marrones, el incombustible Mateo al frente de los planes de urbanismo, de la gestión de cobros, de las contratas municipales. Asesor municipal. ¿Por qué nadie prescindía de él? ¿Por qué algunos que en campaña electoral insinuaron su excesivo poder luego se plegaron y lo consideraron imprescindible? No había que ser un experimentado guardia civil para que el tufo apestara la nariz. Lo que le había dicho el periodista no hacía más que confirmar la idea que uno podía hacerse de cómo estaba funcionando el megaproyecto Venecia II. Sin Mateo no hubiera habido proyecto. Con Mateo llegaría a su conclusión. Lo que quedaba en medio, sólo Mateo lo sabría.

- ¿Sabes cuántos crímenes han quedado sin resolver durante estos treinta años? –preguntaba retóricamente Mateo.- No comprendo tu obsesión.
- Aquél fue mi crimen. El que yo investigué. Me interesa este crimen, no otros.
- El asesino habrá muerto de viejo –apuntilló Mateo.

Padilla observó con detenimiento el rostro imperecedero de Mateo. Porque lo recordaba con esta misma máscara ausente de expresión desde que eran jóvenes. La piel más arrugada, sí. El color oscurecido, no un moreno saludable de quien toma el sol y el aire, sino el turbio marrón de quien permanece escondido. Los ojos velados de quien es capaz de decir blanco o negro en la misma conversación, sobre el mismo asunto, con total ausencia de emociones. La piel de los carrillos ya cuelga un poco, como la de un perro pachón. Los labios secos de quien ni siquiera los humedece al hablar y la frente alargada en la calvicie ya apuntada de joven. El cabello gris peinado hacia atrás sobre las orejas. Mateo, tras su mesa de despacho, en el despacho más umbrío del edificio del ayuntamiento, en el último rincón para controlar lo que ocurre en todos los despachos que le preceden, tenía el aire autoritario o suficiente de un juez ajeno a la maldad que juzga.

- Sabes que eso no es cierto. Ahora tendría unos sesenta años, menos que nosotros. Era muy joven entonces –replicó Padilla.
- ¿Cuántas veces te has equivocado en estos treinta años? ¿A

cuántos has creído reconocer y luego no eran nadie?

Impasible, Mateo atacaba las certidumbres de Padilla.

- Esta vez estoy seguro. Le parece tanto.
- No puede parecerle a nadie –espetó Mateo.

La impaciencia de Mateo alertó a Padilla.

- Nadie sabe cómo será un hombre treinta años después. Pueden haberle pasado mil cosas –continuó Mateo, más sosegado.
- No lo creo –respondió Padilla.- Estoy seguro. Era un asesino. A los asesinos no les ocurren las desgracias que les ocurren a las personas normales. Parece que Dios quiere que sufran los que menos lo merecen.
- Eso es una blasfemia –repuso Mateo.
- Puede. Pero estoy seguro de que no le ha pasado nada. Es igual, sólo que más viejo. Como este franchute.

Mateo ya no disimuló su malestar.

- ¿Y tú qué coño sabes? Ni siquiera sabes a quién tienes que buscar.
- ¿Qué quieres decir?

Mateo estaba claramente irritado.

- Ni siquiera sabes cuál de los dos era.

Padilla abrió la boca, mezcla de estupor y comprensión súbita del propio fracaso. El reconocimiento brutal de un error de treinta años. Mateo, recordando cómo durante su visita a Marsella, le había asaltado a él la duda tras su primera entrevista, continuó:

- Por favor, Antonio, no entiendas mal lo que voy a decirte, pero es necesario que lo sepas. Guárdate de ofender a ese hombre. Hay mucha gente que tendría mucho que perder.
- ¿Cómo tú?
- Eso es una impertinencia. Eres policía, si tienes algo que decir, ya sabes dónde.

Mateo recordó que se había entrevistado con el hombre y, aunque no conocía a los primos cuando aquéllo ocurrió, había oído hablar del asunto, y el otro no permitió un reconocimiento expreso, sólo la ambigüedad de su planteamiento al mostrarle el proyecto Venecia II como una vuelta a su tierra. Evidentemente, aquel hombre se había

informado sobre la situación de Baria y quién era el hombre fuerte, el que tenía el poder para llevar a cabo su proyecto.

Padilla se levantó. Estupefacto ante la duda que surgía ahora envuelta en el rencor de Mateo, tuvo un acceso de lucidez y preguntó:

- ¿Ha comprado también el Cortijo de La Vieja Dama?

Un destello en la mirada que Mateo disimuló levantándose, pero no pasó inadvertido para Padilla. Claro: si mostraba interés en aquel miserable pedazo de tierra no habría duda: era él.

- ¿Para qué va a querer ese asqueroso trozo de tierra? –repuso Mateo, encogiéndose torpemente de hombros.

Mateo González no era un buen actor. Él no necesitaba nunca excusarse ni mentir.

- ¿Quién lleva sus gestiones inmobiliarias? – preguntó Padilla, quien quería conocer su reacción aunque ya sabía la respuesta.
- Aquí todo el mundo trabaja para él. Directa o indirectamente, todos trabajan para él.

Padilla se quedó de pie, mirándolo. No. No lo volvería a ofender, preguntándole si él era el primero que trabajaba para el franchute. No era necesario. Conocía la respuesta.

Tras despedirse, Padilla bajó la amplia escalinata que conducía a la entrada del Ayuntamiento. Peldaños de regio mármol blanco de Macael desgastados por el tiempo, pero insustituibles como gemas. Mientras lo hacía mascaba la velada amenaza y la necesidad de interrogar a Bárcenas, seguramente más vulnerable que Mateo. Pero también le hería la memoria de sus errores: Recordó, mientras cruzaba la acristalada puerta del ayuntamiento y salía a un atardecer de luz ya gris y aire encendido, al médico de Cuevas, don Aldamiro, inclinado sobre el cuerpo de la mujer:

- No hace falta hacerles autopsia. Está claro de qué han muerto.
- ¿Quiénes son?
- La mujer de la casa y el del horno el amante. Supongo que el marido los descubrió y se lió.

Don Aldamiro se enderezó, sacó un farias del bolsillo de la chaqueta y se lo puso en la boca. Lo encendió con un encendedor de mecha que extrajo del bolsillo.

- Hay que hacer la identificación correcta –apuntó el joven cabo Padilla.
- ¿Identificación? La de la mujer está clara, y el hombre no es más que un trozo de carbón.
- Pero se le podrá identificar de alguna manera –dijo el cabo.
- Por las ropas, por los documentos. La cara está calcinada y las manos también, así que de huellas nada.

El joven cabo Padilla salió a la calle. No había amanecido, y creyó ver aún las piernas del hombre grotescamente sobresaliendo del horno de pan. El cadáver, sin embargo, estaba tendido en el suelo y cubierto con una manta. Hizo arrestos para levantarla y comprobó a la luz de la luna y con ayuda de una linterna que el médico tenía razón. Ni cara ni manos. En la documentación del bolsillo posterior del pantalón, la cartera con el documento nacional de identidad de Juan Haro Villalón.

- ¿Por qué lo ha metido en el horno? –preguntó Padilla, sin dirigirse en especial a los números que custodiaban el cadáver, discretamente alejados para respirar algo que no fuera el terrible olor de la carne humada quemada.
- Para humillarlo –apuntó don Aldamiro, tras él.- Porque se estaba tirando a su mujer. Cualquiera hubiera hecho lo mismo –concluyó.

El viejo sargento jubilado Padilla llegó resoplando a su coche, aparcado al otro extremo de la plaza. Ni siquiera el sonido del agua en la fuente conseguía templar la anochecida. Se metió en el coche, arrancó y conectó el aire acondicionado al máximo.

- ¡Imbécil! –se gritó a sí mismo.

Ahora comprendía, tan tarde, tan torpemente, que ni siquiera sabía a quién tenía que esperar. Aunque se plasmó oficialmente que el marido había sorprendido a la esposa y al amante en fragrante adulterio y los había matado a los dos, y aunque así lo había asumido durante treinta años, ¿cómo estar realmente seguro? ¿Y si el otro cambió las ropas y metió el cuerpo en el horno no para torturarlo o por la rabia del cornudo, sino para ocultar una identidad? Ahora ni siquiera sabía si había esperado durante treinta años al hombre equivocado. Ahora no

sabía cuál de los hombres era la víctima y cuál el asesino.
El viejo sargento jubilado Padilla fue duro consigo mismo.

- ¡Imbécil!

Ramiro Pinilla estaba satisfecho por la convicción con que había defendido junto a Greta sus argumentos en la televisión local. Desde el inicio, su máxima preocupación, y la de sus compañeros de plataforma, había sido llevar la verdad a todos los estamentos de la ciudad y de la comarca. Sabían que no iba a ser fácil. Es más fácil rendirse al poder arrollador del dinero que resistir sólidamente anclado en los pilares de la ecología. Pero habían resistido bien. Apenas unos pocos habían abandonado. Los que no eran verdaderos ecologistas, los que sólo lo eran por moda. Él se sentía, en cambio, enardecido en la lucha, aunque a ello contribuía, no podía negarlo, la cercanía y la fuerza mental de Greta, siempre a su lado.
Ramiro pensaba en todo esto cuando salía de su cuarta ducha del día. El calor era insoportable. Pero sería aún peor cuando convirtieran los cientos de hectáreas desde el mar hasta la ciudad en rías de acero y hormigón. No. Realmente, era un disparate. Lo que la naturaleza no ha hecho, no debe hacerlo el hombre. Y aunque algunos reponen que, de ser así, estaríamos aún en la Edad de Piedra, hay que apostar sólo por desarrollos sostenibles, por mantener lo auténtico, lo pintoresco. El cabrón del periodista, Requena, un vendido, había insinuado que era un cínico, porque él ya disponía de su chalé cerca del mar y lo único que pretendía era impedir que otros disfrutaran lo que él. Que hubieran venido antes, cuando las playas de Baria no eran sino un rincón más, uno de los pobres, del litoral de la península.
Ramiro conectó el aire acondicionado del salón y se quedó desnudo un rato, mientras se refrescaba la humedad que no había querido secar al salir de la ducha. Podía verse en los espejos del salón. Lamentaba no ser más alto, y ser calvo, pero sus convicciones lo alejaban de la tentación de la frivolidad. Era un luchador, tenía una causa, y eso era lo importante. Ahora, debía centrarse en la manifestación convocada

para el viernes dieciséis, que transcurriría por las calles de Baria, comenzando en la iglesia y finalizando ante el Ayuntamiento para hacer oír sus reivindicaciones. Habían tenido que agilizar la movilización. Les había sido denegado en tiempo récord el permiso por la Delegación del Gobierno, para desactivar su oposición. Ahora había que luchar con más vehemencia.

Pensando en ello, cuando se sintió algo más fresco, respiró hondo varias veces y se puso unas bermudas. Salió al jardín y conectó la manguera al grifo para regar sus plantas. Cerró la puerta acristalada del salón para que no se perdiera el aire fresco. En el jardín se oía con demasiada violencia el ruido del aparato de aire, pero era una servidumbre inevitable, especialmente en estos días, con la maldita ola de calor que no se va.

Con la manguera en la mano, giró la esquina de la casa para comenzar a regar por el último rincón que había aplastado el sol. Allí, Ramiro disponía de un bonito cenador de piedra rodeado de una celosía con yedras y una techumbre de madera. Pasó junto al cenador y, de pronto, se quedó a medio dar el siguiente paso. Había visto algo con el rabillo del ojo, pero no estaba seguro. Ramiro no era un hombre especialmente valiente. Se quedó petrificado, como los asientos y la mesa del cenador. La luz que brotaba de las ventanas de la casa no acertaban a despejar las sombras y éstas habían adquirido de pronto una presencia amenazante.

- Ramiro.

Que supieran su nombre podía serenarlo. Que no reconociera la voz con fuerte acento extranjero le producía pavor. Quien fuera que estuviera allí, oculto en la penumbra, había ido a buscarlo deliberadamente y había entrado en su propiedad sin dificultad.

La manguera cayó al suelo. Ramiro sintió una súbita debilidad. Se encontraba casi desnudo frente a una amenaza que provenía de la oscuridad. Sintió deseos de gritar.

- Ven. Te estoy esperando.

Dubitativo, aterrado, Ramiro dio un paso hacia el cenador. Intentaba dilatar las pupilas aún más, pero el terror las había dilatado al máximo. Aún así, no conseguía vislumbrar el cuerpo del que procedía

la voz.

- Siéntate.

Ramiro quiso ver el gesto de una mano. Dio unos pasos temerosos y se sentó en el borde de piedra del cenador con más cuidado que una señorita de alcurnia en un estercolero. Un segundo después pudo ya adivinar la figura del hombre que lo esperaba. Estaba sentado frente a él, en una posición completamente relajada, con la espalda apoyada en la arquitectura de madera de la techumbre. Al vislumbrar su figura, incongruentemente vestido de negro, Ramiro comprendió por qué le había sido tan difícil ver al hombre.

- ¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa? –se atrevió a decir en un ataque de dignidad.
- Nos estás causando muchas molestias, Ramiro.
- ¿Quién es usted?
- ¿No me reconoces?

Mike dejó que Ramiro lo observara con detenimiento mientras se ponía un cigarrillo en la boca y encendía, y mantenía encendido mucho más tiempo del necesario, el zippo ante su cara.

- No se puede fumar aquí –objetó Ramiro.
- Tienes muchos frentes de lucha abiertos, Ramiro – admitió Mike con aire de amigable comprensión.

Ramiro observó cómo Mike fumaba lentamente. Cómo el humo que tanto odiaba brotaba de la boca y la nariz del hombre de negro y ascendía, embadurnando de odiada pestilencia sus yedras y sus maderas recién barnizadas.

- ¿Qué significa esto?
- Por fin –suspiró Mike.- Por fin comprendes que mi presencia aquí significa algo.
- ¿Qué…? –comenzó otra vez Ramiro, pero el gesto de Mike, quien se echó hacia delante, plantó los codos en sus rodillas y acercó su cara a la de Ramiro, lo detuvo en seco.
- Ramiro. Hay dos maneras de hacer esto. Una…

Mike se calló, sacó de su cintura una pistola, la sostuvo en la mano, observándola, cambiándola de mano, mirándola con desprecio.

- No, no, no. Ésta no es la manera.

La volvió a guardar en la cintura.

- ¿Ves, hombre? No tengas miedo. Si hubiera querido hacerte algo, ya estarías en el suelo y yo me largaría. Y adiós, Ramiro, adiós. Pero no. Hay otra manera.

Mike introdujo la mano en su chaqueta y extrajo un sobre blanco. Lo dejó sobre la mesa de mármol.

- Hay otra manera.

Ramiro miró el sobre blanco casi con tanto miedo como había mirado la pistola.

- No… No…
- Sí… Sí… -repuso Mike.- Mira, nosotros no necesitamos contratos. Sólo una pequeña ayuda. Como arrojar sombras sobre los informes técnicos en que se basan vuestras denuncias y aceptar que los informes que vamos a presentar a la prensa mañana son básicamente correctos.
- Pero… Yo no puedo.
- Sí puedes. ¿No recuerdas que esta casa está construida sobre una laguna?
- La compré cuando ya estaba…
- Lo sé. A mí no tienes que convencerme, pero a tus compañeros sí. Parece un poco contradictorio, ¿no?

Ramiro se quedó con la boca abierta. Se había construido la casa hacía tantos años. ¿Cómo demonios se había enterado?

- Coge el sobre –ordenó Mike.

Ramiro lo miró con prevención, como si fuera un animal repugnante.

- Cógelo.

Ramiro lo recogió de encima de la mesa.

- Ábrelo.

Ramiro abrió el sobre lentamente.

- Cuéntalo.

Obedeció una vez más y contó una cantidad indecente de bin laden. Sentía la boca seca, no podía tragar, casi no podía producir saliva. Estaba en un aprieto, pero…

En ese momento, lanzó un aullido sincrónico al fogonazo de un flash. Alguien se había acercado sigilosamente y lo había fotografiado

contando billetes. Sintió ganas de llorar.

Mike se puso en pie.

- Amigo, espero no tener que volver a cobrarme ese dinero.

Y se dio la vuelta y se perdió tras la esquina de la casa seguido del hombre que lo había fotografiado.

El sobre en la mano, la flojera de las piernas que no le permitía aún levantarse. El ruido de las chicharras, del que ahora era súbitamente consciente, parecía querer herirle el cerebro. Y el calor, sumado a la tensión nerviosa. Ramiro pensó que se derretiría sobre la piedra, que quedaría sólo un charco de sangre y humores negros.

- ¿Por qué vivía la niña con ustedes?

Josefa se lame los labios resecos. Tengo la impresión de que será imposible que alguna vez pueda volver a haber algo húmedo y agradable en este pedazo de carne agónico en que se ha convertido la mujer. Tiene los labios agrietados de surcos blancos y en costra, como heridas. Se recoge la blusa con la mano sobre el pecho. Se ha sentado en todo momento tensa, hundida ante la mesa de interrogatorios.

López los ha llamado, a los pocos que ha podido localizar esta noche, y luego los he pasado, para su sorpresa, a una sala de interrogatorios. Pero Josefa no está asustada. Se muestra igual que cuando me asaltó en el hotel, la otra noche. Dura y decidida a hacer lo que sea. Siempre conservaré en la memoria la imagen de su contorno, de su volumen, todo sombra: la estatua de sal bajo los soportales del mercado de abastos, clamando su justicia.

- Mi hijo... Se juntó con esa desgraciada… Y las drogas. Por más que hicimos…

Brotan lágrimas a sus ojos, pero las aguanta. Aquélla era una batalla perdida de antemano. No dejo que me cuente el rosario de penas cuando se tiene un hijo adicto a la heroína.

- ¿Vivía su hijo aquí, en Baria?

Asiente.

- ¿Y la madre de la niña?

Se encoge de hombros.
- Se fue cuando murió mi hijo. Nadie la ha vuelto a ver. Seguro que le pasó lo mismo que a él, en cualquier sitio.
Los ojos se han secado como charcos al sol. Había asumido el estado del hijo, la pérdida irremediable, hacía mucho. Se hizo cargo de la niña en cuanto nació. Ya era su nueva hija, pues el anterior era un cadáver andante mucho antes de que una sobredosis le estallase en el corazón.

- ¿Qué hizo exactamente el día que desapareció su nieta?

La mujer se anima, deseando contar, deseando que alguien la escuche. Cree que servirá de algo. Me desaliento aún más al pensar, mientras ella habla, que todo será inútil; una cruel e innecesaria repetición de todo el ritual.
Cuenta que la levantó y la vistió para llevarla al colegio, tan alentada por mi interés, en el que seguramente no creía, que temo haber despertado esperanzas fútiles. He intentando explicarle que no estoy investigando, sólo repasando algunos detalles, quitarle importancia a lo que hago, que es sólo por ella, que donde no llegaron los demás no podré llegar yo. Pero aún así, la mujer colabora, hace esfuerzos de memoria para relatarme detalles intrascendentes, banales.
Cuando la niña estuvo vestida, ella misma la llevó al colegio en el coche.

- La niña desapareció en el recreo, ¿cómo fue posible sin que nadie la viera? –pregunto.

Acierto al imaginar que Josefa se ha hecho la misma pregunta miles de veces. Aflora una ligera humedad en los ojos y luego, arrebatada, dice:

- Lo mismo pregunté yo. Pero el colegio estaba en obras. Habían puesto vallas para separar los muros en obras del patio. Pero en el recreo, los críos, algunas veces, por travesura, las saltaban. Los maestros que había en el patio vigilaban, pero no vieron nada raro. Cuando se quisieron dar cuenta, ya estaban dentro y hasta un poco después la maestra no se dio cuenta de que faltaba la niña. Salieron y ya no estaba.

Se le estruja la cara en un arrebato de llanto.

- Entonces me llamaron a la casa… Vine corriendo… Mi niña…

Ya no puede contenerse, de modo que se lleva un pañuelo que saca del bolsillo a la boca y la nariz y llora.

- ¿Iba alguien a recogerla ese día en el recreo? ¿Su marido? ¿Un pariente?

Ella niega con la cabeza, gimiendo contra el pañuelo, intentando contenerse.

- ¿No tenían que llevarle la merienda, o algo que se le olvidara?

Vuelve a negar.

- ¿Qué hizo cuando la dejó en el colegio?

Josefa respira hondo. Su cuerpo menudo parece no tener capacidad para albergar ni oxígeno, pero consigue detener los sollozos. No le es fácil recordar lo que sucedió después. Para ella, el después no existe. Mientras se seca las lágrimas de los ojos y la cara, responde:

- Me fui a trabajar.
- ¿No está jubilada?
- Sí. Pero limpio algunas casas. La pensión es pequeña.
- ¿Sabe usted de quién es el terreno donde apareció su nieta?

Josefa me mira sin comprender. Lentamente, acepta la pregunta y piensa.

- Mi marido ha trabajado por todas partes –comenta.- A lo mejor, él lo sabe.
- ¿Alguien más que usted conozca puede conocer bien la zona?

Niega con la cabeza mientras intenta hacer memoria.

- ¿Ha pensado en familiares, amigos, conocidos o vecinos que pudieran…?

Josefa, escandalizada, me mira con la boca abierta.

- Si se le ocurre algo, me llama.

Josefa asiente con la cabeza y se levanta obediente. Le digo que haga pasar a su marido, que está esperando en el pasillo.

Mientras ella sale y antes de que entre el hombre, compruebo con desaliento que no he tomado una sola nota y las hojas que tengo delante continúan vacías, como mi ánimo.

Se trata de un hombre bajo y grueso. Viste unos pantalones anchos y una camisa de mangas arremangadas hasta los codos que dejan ver

unos brazos velludos y fuertes. Las manos son casi negras y gordas, endurecidas del trabajo en el campo. Conserva el pelo aunque la frente arrugada y morena del sol es ancha, al igual que las cejas. Bajo ellas, sus ojos oscuros me miran con severidad.
Le pido que se siente y mira con desaprobación la silla tras la mesa metálica anclada al suelo. Señala y dice:

- ¿Aquí, como un delincuente?
- Siento no haber encontrado un lugar más cómodo.

El hombre, que se llama Francisco, se sienta con expresión ceñuda y me mira reprobadoramente.

- ¿No le parece bien lo que estoy haciendo?
- No –responde con tanta violencia que me sorprende. Un hilo de saliva escapa de sus labios, que han estallado.

Lo miro, pero no digo nada. Espero.

- Está cada vez peor –me culpa.- Desde que habló con usted. Que si es muy bueno, que si ha detenido a uno el primer día que llegó. Paparruchas, le dije. Pero ni caso. No vive, no come, no duerme. Y faltaba que alguien le diera ánimos.
- ¿No cree que esto sirva para algo?
- ¿Para algo? –hace un gesto con el brazo que pretende abarcarlos.- ¿Interrogando a las víctimas? Si no han podido los guardias civiles de Madrid, que esos sí son listos, va a…

Deja de mirarme por si me ofende. No lo consigue.

- Estoy de acuerdo totalmente con usted.

Se sorprende de mi salida. Me mira un segundo, calibrando si le estoy tomando el pelo.

- No creo que sirva para nada.
- ¿Se lo ha dicho a ella?

Asiento.

- Entonces, ¿por qué lo hace?
- Porque su mujer me lo pidió. No he sabido decir que no.
- Un hombre tiene que saber decir que no.
- No es mi mujer. Y la comprendo.

Francisco se encoge de hombros, me da por perdido.

- ¿Qué hizo usted ese día?

- Lo mismo que todos –espeta.- Irme al amanecer a trabajar.
- ¿Vio a la niña esa mañana?
- No.
- ¿Dónde estuvo?
- Me pasé la mañana en el coche. De un lado a otro, buscando unas cosas para el campo. De un almacén a otro. De Cuevas a Baria. Les di las facturas de compra a los guardias civiles, que esos sí que…
- ¿Tienen ustedes enemigos?
- ¿Enemigos? No he hecho más que trabajar como un burro toda la vida.
- ¿Y su hijo? ¿Y la madre de la niña? En el ambiente en que se movían…
- Ésos no eran más que un par de infelices. Ciegos de la mierda esa todo el día… Pero incapaces de hacer daño a un mosca.
- ¿Sabe de alguien cercano a la familia, amigo, conocido, vecino, que conociera bien el lugar donde apareció la niña?

Francisco se queda pensativo un rato, mirándome con expresión hostil.

- Aquí todo el mundo conoce bien ese sitio.
- No me refiero a alguien que pase por allí y lo conozca de lejos. Alguien que haya trabajado allí, o cerca. ¿Sabe de quién es la finca?

Se encoge de hombros. Frunce los labios.

- Eso perteneció a una familia, pero… No me acuerdo cómo se llamaban. Estoy hablando de hace veinte o treinta años… Ahora, ni idea.
- Piénselo bien. Familiar, amigo, conocido o vecino. Alguien que conociera a la niña.
- ¿Qué está diciendo? –grita.
- Que en estos casos casi siempre es alguien del círculo de la niña, que la conoce bien.
- ¿Cómo puede pensar eso? ¿Está loco? –levanta la voz otra vez.
- ¿Y quién si no podía llevársela sin que ella gritara o…?

Francisco se pone en pie.

- Igual que ellos –comenta con ira.
- Los guardias civiles que sí que valen le dijeron lo mismo, ¿verdad?

Francisco se muerde los labios.

- Es una ofensa a mi familia.
- No le he dicho sólo familia. Amigos, vecinos o conocidos. Por ese orden. Piense.

El hombre se derrumba. Apoya sus fuertes manos a ambos lados de la mesa. Le brotan lágrimas de los ojos. Cuando se sienta, se lleva una mano harta de trabajar el campo a la cara y solloza. Lo dejo desahogarse.

- Lo siento –digo finalmente, cuando se repone.

Se seca las lágrimas.

- No quiero que me vea. Con uno ya es bastante.
- ¿Quiere decirle a Amador que pase?

Se levanta y aún tarda unos segundos en secarse las lágrimas, en respirar hondo, coger aire y suspirar, regular la respiración y disimular el llanto. No obstante, se resiste a salir. Me mira desde la puerta y dice:

- Aunque parezca otra cosa, Amador es un bendito. Le gusta beber, la maría y todo eso. Pero no piense que él…
- No pienso nada. Es usted el que debe pensar: familia, amigos, vecinos, conocidos.

Francisco asiente con la cabeza en silencio.

- Sí. Ellos dijeron lo mismo.

Luego, se vuelve a mirarme.

- ¿Sabe cuántas veces he pensado en ellos? He pensado, y repensado, cientos de veces. Y no hay cara. Tuvo que ser un desconocido. Tuvo que serlo.

Sin esperar mi comentario, Francisco sale.

Tampoco ahora tengo notas. Vacío. Página en blanco. La ignorancia no es oscura. Es tan luminosa como el sol y te ciega.

Quien entra es un cuarentón medio arrugado por el trabajo, medio agrietado por el vicio. Puedes leer en su cara, en los movimientos torpes del cuerpo magro, en las manos huesudas y sucias que no sabe

dónde poner, los estragos del alcohol.

- ¿Cómo lo llevas?

Se encoge de hombros.

Por mi parte, se han acabado las consideraciones. Éste no es padre ni abuelo.

- Eres hermano de la madre de la niña, ¿no?

Asiente.

- La verías con frecuencia.

Asiente.

- ¿Te la llevabas algunas veces?

Asiente, esta vez con menos vehemencia, casi con temor. Pero el movimiento de la cabeza introduciéndose entre los escuálidos hombros es el mismo.

- ¿Por qué te la llevabas? ¿Cuánto tiempo? ¿Quién la veía cuanto te la llevabas?

Casi hace un puchero.

- Amador, contesta de una vez.

Cada vez más nervioso, sufre un tic que casi le hace levantarse de la silla.

- No es la primera vez que estás aquí, ¿verdad?

Asiente.

- Me estoy cansando, Amador. Toma aire y contesta. ¡Pero ya!

Amador se acomoda en el asiento, respira hondo y asume que tiene que hablar.

- Yo quería mucho a la niña –comienza.

Hago un gesto con la mano que quiere decir que eso no me interesa. Se pone peor, más verde aún. Sufre el color amarillento de los que han trabajado el hígado a base de bien. Con la luz de la sala de interrogatorio, a medida que se congestiona con el subidón de miedo y le sube la sangre, la piel fina y quebradiza se torna verdosa. Viste las ropas de faena y no se ha duchado para venir.

- Cuando has acabado el trabajo has ido al bar en lugar de a casa, aunque ya sabías que tenías que venir aquí, ¿no?

Se le abren los ojos como platos, como si mi capacidad deductiva fuera una cosa extraordinaria. Basta olerlo para saberlo.

- ¿Por qué tenías que beber para venir? ¿Tienes algo que ocultar?

Mueve la cabeza de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, con tanta violencia y tan súbitamente que parece que se ha accionado un resorte escondido. Temo que se descoyunte.

Estoy cansado y frustrado.

- ¿Te acercaste ese día al colegio?
- ¡No! ¡No!

Sé que no lo hizo. Lo interrogaron y comprobaron su coartada. Ese día estaba trabajando a varios kilómetros de allí, en las faenas del campo.

- ¿Conoces el lugar donde encontraron a la niña?
- ¿En la sierra?
- La sierra es muy grande. El lugar donde la encontraron. O las cercanías.
- No mucho.
- ¿Qué significa eso?
- Que he ido por allí, pero de paso.
- ¿Conoces a alguien, familiar, amigo, vecino o conocido de vosotros, o de los abuelos de la niña, que conozca muy bien ese lugar, que haya trabajado por allí?

Amador abre la boca.

- ¿Tiene que ser familia…?
- O amigo, vecino o conocido.

Se queda pensativo.

- No. Pero de eso sí me puedo enterar –dice entusiasmado con la idea.
- Pues hazlo. Otra cosa. No me has dicho para qué te llevabas a la niña.
- Para que la viera mi madre.
- ¿Se quedaba con ella?
- Con ella y conmigo. En mi casa.
- ¿Querías a la niña?

Amador rompe toda la tensión en un llanto abrupto que contenía a duras penas. Solloza intentando aguantar, pero le doy una palmada y es suficiente. Como si quitaras el tapón de un recipiente, llora a lágrima viva. Me siento cruel y despreciable. No ha servido para nada,

porque lo que han dicho ya estaba recogido en los informes. Sólo he avivado el fuego que late dentro, el dolor acerado que, antes contenido, ha vuelto a erosionar la herida, abierta de nuevo la carne.

Amador sale con el brazo tapándose la cara, llorando aún, incontenible. La niña era la hija de su hermana, de la que nunca más ha sabido. Se refugia en el alcohol y algún porro. López lo conoce bien. Un infeliz.

Los despido en el pasillo del sótano. Amador ni siquiera vuelve la cabeza, Francisco me mira ofuscado, como cuando entró. Josefa me mira un larguísimo segundo, preguntando a mi rostro si aún puede mantener la esperanza de que haga algo, de que lo intente. Mi cabeza, sin poder evitarlo, hace un gesto de asentimiento. Uno solo. Suficiente error.

Entro en la sala de interrogatorios. Aún puedo oír el eco de sus palabras, la sombra de su dolor. Miro la hoja en blanco. No he querido traer el expediente, que vieran el terror escondido en los folios de la autopsia, en las fotografías de niña destrozada. Pero yo sí las recuerdo. Claramente.

Escribo: cotejar propietarios de finca donde apareció la niña y colindantes con vecinos y conocidos de la familia; allegados que hayan trabajado en la misma zona; llamar niños (ahora tendrán ocho o nueve años); investigar si los padres tenían deudas de drogas. Lo pienso un instante y añado: Y Amador también.

Mañana López tendrá mucho trabajo.

MIÉRCOLES, 14 DE JULIO DE 2004

Abro los ojos en la oscuridad. Estoy empapado de sudor, aunque he cerrado la habitación a cal y canto y he puesto el aire acondicionado a tope. No ha funcionado. La oscuridad es contraproducente. Si hay un

hilo de luz, la mirada lo sigue y puedes pensar en él. De lo contrario, la oscuridad cierra las posibles huidas y te sumerges en los recuerdos. No estoy seguro de si me ha despertado la pesadilla o si me ha venido a la mente tras despertar. Lo cierto es que una vez recobrada la conciencia, lo primero que encuentro en ella es la imagen del hombre esposado a las tuberías. Una y otra vez. Un hombre sin cara, encapuchado. Le serví agua. La puse junto a sus manos. Después podría levantar las manos a un tiempo, las esposas se deslizarían por la tubería y él podría llevar la botella a su boca. Podría levantar la capucha, incluso quitársela hasta que volviéramos y, antes de descender los escalones, le advirtiéramos. Entonces se la pondría, sumiso.

Le dije que no podía beber hasta que oyera cerrar la puerta. Le pregunté si necesitaba algo más. Hacía un rato que Jorge lo había llevado al baño, un retrete en un rincón del sótano. Lo había tenido que hacer con la cara tapada. Jorge se había reído mucho.

- Te huele la mierda como a los demás. ¿Por qué te crees de una raza especial? – le decía.

Cuando bajé, alertado por el tiempo que transcurría sin que Jorge subiera, lo sorprendí hablándole. Algo que teníamos prohibido.

- ¿Te crees mejor que nosotros?

El hombre se limpiaba el trasero a tientas y callaba.

- ¿Por qué nos odiáis tanto?
- ¡Jorge! –exclamé.
- No. Espera. Quiero saber por qué.

Yo ya no preguntaba. Había dejado de hacerlo. Había conocido a personas que podían haber sido las mejores del mundo, generosas, desprendidas, amables, y que cuando sabían quién eras te daban la espalda, te señalaban con el dedo. No lo podía comprender. Había desistido hacía mucho. Pero Jorge era nuevo, apenas unos pocos años en que se es incapaz de comprender hasta dónde llega el resentimiento.

- ¿Ves? Yo no te odio –continuaba Jorge.- Hago lo que hago porque tengo que hacerlo. Pero yo no te odio.

El hombre se subía los pantalones y volvía, dócil, a su rincón, llevado

de un brazo.

- ¿Por qué me habéis engañado? –preguntó mientras se agachaba y Jorge le volvía a colocar las esposas contra la tubería.

Jorge me miró, desconcertado. Luego hizo una mueca.

- No te hemos engañado –afirmó conciliador.- Era cierto que teníamos órdenes de soltarte. Pero luego no sabíamos dónde llevarte. No nos han llamado. Mañana…
- ¿Mañana otra vez?

La voz que preguntó era la misma que hubiera podido llamar a su madre. Aniñada, asustada. Había vigilado al hombre antes de cogerlo. El hijo que una madre beata sueña. El fruto de una educación antigua y un odio reciente. Educado en sus escuelas, con sus libros, por sus profesores. Alimentado de un idioma arcaico que debía ser objeto de estudio y no de veneración. Un brote del árbol del que luego caerán los frutos. Escondía a los ejecutores y los alimentaba. Luego les despejaba el camino para la huida. Se nos escaparon por poco.

- Si predicas el amor, ¿por qué practicas el odio? –rugió de pronto Jorge, ahora Mister Hide otra vez. Tal vez verlo hacer sus necesidades lejos de encarnizarlo lo había humanizado a sus ojos. Pero sólo un momento. Ahora volvía a ver al enemigo.
- Déjalo en paz. No va a cambiar –le dije.- Vamos arriba.
- Espera –dijo levantando una mano.- Tú tienes obligación de poner la otra mejilla, ¿verdad? Una obligación, digamos, laboral, ¿no?

El hombre había bajado la cabeza encapuchada y se había encogido contra la pared.

- ¿Sabes que la decisión de matar nació en una sacristía? –continuaba Jorge.

Nos había sorprendido la orden de cogerlo. No detenerlo. Cogerlo, literalmente. ¿Y qué coño íbamos a hacer con él?

Pero todo estaba preparado: el caserío donde lo retendríamos, los coches para trasladarlo. No lo podía creer. Creía que esos tiempos quedaban muy lejos.

- Sube. Es una orden.
- Sois los peores –concluyó Jorge. – Los que teníais que…

- ¡Sube!

Jorge tomó aire. Miró aún largos segundos al hombre y luego subió las escaleras lanzando maldiciones.

Cerré la puerta y el sótano quedó en una espesa penumbra. No dejábamos más luz que un piloto rojo en un rincón. Habíamos tapiado los tragaluces.

Abro el minibar y busco una botella de agua fría. La bebo en dos tragos. Me echo agua en el cuello y en la cabeza. Abro la persiana y salgo a la terraza de mi habitación. Los recuerdos me han desvelado. El calor me abofetea aún más y calienta el agua que he rociado por mi cuerpo como si le pusiera una plancha.

El paisaje que descubro es una alucinación azul. Una tierra que huele a polvo reseco se extiende bajo mis pies. Sólo mucho más allá, una arboleda de altos eucaliptos y algunos pinos rompe el paisaje de llanuras solitarias, pequeñas lomas y terrazas descuidadas, coronadas del halo de luz que estrellan en el cielo las urbanizaciones de la costa. Más allá, oscuras y macizas, las montañas de Sierra Cabrera. La mancha blanca de Mojácar. Y, de pronto, la huella imprecisa de las llamas. La tierra recalentada arde en algún lugar de la sierra, a media altura, un poco más arriba de donde en los mapas he visto que algún depravado tiró a un pozo el cuerpo de una niña de cuatro años. La estampa de las llamas, cada vez más altas, alimentadas de su propia voracidad de tierra ardiente, es la viva impresión de una noche en el Infierno.

- Tendrás que ir. No hay más remedio.

Alain lo miró duramente. Esa mirada azul, de un azul desvaído y grisáceo que uno no espera encontrar en un hombre adulto y duro. Un azul más propio de una adolescente. Y, sin embargo, Mike había comprobado cómo esa mirada retraía hombres hechos y derechos como la admonición de un padre severo.

- Te pago para que soluciones problemas. No para solucionarlos yo solo.

- Creo que he solucionado muchos problemas sin ti.
- Mi dinero me ha costado.
- Es tu idea. Es tu plan. Yo me he limitado a cumplirlo.
- Sabías que esta compra era esencial. La culminación del plan.
- Sólo te lo venderá a tí.
- ¿Por qué?

Mike se debatía entre la devoción a Luisa y su sentido del deber. Tenía que decirle la verdad a Alain. Aunque sería lo último que haría. Si no lo despedía, se despediría él. Ya no compartía sus propósitos. Mike no se dejaba impresionar. Había ganado mucho dinero junto a Alain. Pero sabía cuándo debía retirarse. Aún podía mirarse a los ojos y hablar. Ahora era el momento.

- Creo que te espera.
- No digas idioteces –bramó Alain.
- Seguramente será la última verdad que te diga.
- Aún no te he despedido.
- Me he despedido yo.
- No puedes.

Mike lo miró a los ojos.

- Tienes que acabar el trabajo. Ya queda poco –admitió Alain.- Después, harás lo que quieras.
- ¿Cuándo será después?
- Mientras yo esté aquí. Tal vez unos días. Tal vez unas semanas. Mañana pondremos la primera piedra. Después… Ya veremos.

Alain dejó el zumo de naranja sobre la mesa. Miró pensativamente hacia el mar. El Mediterráneo amaneció en calma chicha, tan quieto como en fotografía, inmóvil como un lago. Se limpió las manos en la servilleta, que luego dejó a un lado.

- No quiero verla –dijo sin mirar a ninguna cosa en particular.

Estaban en la terraza de la casa que Mike había alquilado un tiempo antes, cuando vino a despejar el camino para Alain. Subida a una montaña de Mojácar, las vistas sobre el mar eran impagables. Se vestía del blanco de las casas y de las urbanizaciones. Una carretera serpenteaba entre ellas para acercar el mar y el paseo marítimo. Mike conocía cada uno de los recodos. Se quedó mirándolos, pensando en

las palabras de Alain. Sospechaba su verdad, la que Alain había ido desgranando en comentarios aquí y allá, hasta componer un rompecabezas que Mike rellenó sin mucha dificultad, aunque sólo disponía del esqueleto, no de toda la carne.

- No hay otro remedio.
- ¿Has solucionado lo del ecologista?

Mike asintió.

- ¿Por qué no solucionas igual lo de esta chica?

Mike negó con la cabeza.

- Mandaré a otro.

Mike lo miró instintiva y agresivamente.

- Entonces me tendrás enfrente.

Alain lo miró inquisitivamente.

- ¿Qué te ocurre con esa chica?
- No es una chica.

Alain cerró los ojos y luego dijo:

- Debe tener treinta y cinco años, más o menos.
- Treinta y cuatro. Tenía cuatro cuando…

La mirada de Alain lo detuvo.

- ¿Por qué quieres que la vea? No creo que seas incapaz de convencerla de una manera u otra… - Alain calló bruscamente. Luego continuó: ¿Quieres que la vea, es eso? Quieres ver mi reacción.

Mike no respondió.

- Tengo el corazón de piedra, Mike. Creí que te habías dado cuenta.

Mike lo dejó convencerse de sus propias palabras. Él no podía obligarla. A Luisa no. Conocerla sería un mal trago para Alain. Pero ella le vendería, estaba convencido. Las conversaciones anteriores que Bárcenas le había contado, a lo largo de los años, en que siempre exigía conocer al comprador y luego, indefectiblemente, se negaba cuando todo parecía a punto, así lo hacían deducir. Ella buscaba algo. Lo esperaba. Pero Mike no se lo iba a decir.

- Esa niña… Esa mujer no significa nada para mí. ¿Entiendes, Mike? Nada.

Ni siquiera los aparatos de aire acondicionado que zumbaban en el ambiente podían impedir que José Bárcenas sudara como un cerdo. Padilla no quiso pensar que era debido a su presencia al otro lado de la pretenciosa mesa de despacho. No presumía tanto poder de intimidación. Le había hecho esperar en la antesala un buen rato, que entretuvo mirando las piernas de la secretaria, tan inmóvil como la planta que había junto a ella. Observó con detenimiento la oficina: nada tenía que ver con aquella primera oficina de Bárcenas situada en un bajo de un edificio cuadrado y feo en los barrios de nueva construcción de Baria. Ahora se había trasladado al centro. Apenas a dos manzanas del Ayuntamiento, de donde a Bárcenas le venía el maná que pagaba los suelos de mármol que brillaban como un espejo, unas cristaleras tintadas como las de un transatlántico de lujo, plantas que parecían diseñadas por una reencarnación de Dalí y una secretaria extraída de un manual de meretrices de lujo, a tres mil euros la hora.

- No sé qué quieres que te diga –se defendió Bárcenas antes siquiera de que Padilla dijera media palabra.

Media hora de espera que no lo irritó lo suficiente gracias a la secretaria. Padilla quería a su mujer, pero no iba a dejar de disfrutar del espectáculo.

La sala de espera conectaba con el despacho de Bárcenas a través de una cristalera, y Padilla pudo observarlo también durante ese tiempo. Creyó advertir cierta alarma en Bárcenas y éste se mantuvo un buen rato pendiente de una llamada muy importante, según palabras de la secretaria, que Padilla sospechó era a Mateo. Si lo que contaba Requena era cierto, Bárcenas no daría medio paso sin consultar antes. Y seguro que Mateo lo había alertado sobre su visita.

- Quiero que me digas lo que sabes. Ni más ni menos.
- No sé nada.

Padilla lo miró callado, un buen rato. En la mente estrecha de Bárcenas eso equivalía a una sospecha en toda regla de no se sabía muy bien qué. Surtió efecto, porque el nerviosismo de Bárcenas y sus

gruesos sudores, a pesar del aire acondicionado a 16 grados, ya no ofrecía duda: se debía a la presencia de Padilla frente a él, acusando con la mirada. Éste lo supo con su intuición de viejo guardia que ha oído más mentiras de las que se oirán en el infierno.

- No sé nada.

Padilla continuó callado, mirándolo.

- No sé qué quieres. Di algo, hombre –afirmó dubitativo Bárcenas.
- ¿Sabes que aún podría llevarte detenido al cuartelillo?

Los ojos saltones se abrieron de par en par.

- Estás jubilado –se defendió.
- En la reserva –apuntó Padilla.

Bárcenas carraspeó.

- Quiero saber cuánta tierra habéis comprado. Quiénes están detrás de las sociedades que las adquieren y quién paga.
- Para eso no hacía falta venir aquí.
- Pues empieza.
- Se ha comprado lo que se ha podido. Pero otros de la competencia también lo han hecho.
- Muy poco, por lo que sé.
- Bueno. Lo que han podido, como todo el mundo –respondió, sin poder evitar una sardónica sonrisa de satisfacción.

Bárcenas hizo un silencio, como si tuviera que recopilar hasta dónde podía contar.

- Luego, lo que no se compra, se expropiará por procedimientos de urgencia. A menos precio, claro. Así que casi todo el mundo vende.
- Las sociedades.
- Son tres, y todas extranjeras. No conozco a los miembros de los Consejos de Administración. Ni idea.

Padilla pensó que era de esperar algo así. Claro, no le iba a decir que Mateo estaba detrás de la que había comprado la mayor parte de los terrenos.

- ¿Quién los representa?
- Un bufete de abogados de Madrid que ha abierto despacho aquí

para ocuparse directamente de todo. Están en…

- ¡No me jodas con abogados! Quiero al francés.
- ¿El francés? Ni siquiera lo conozco.
- ¿Entonces, quién?

Bárcenas, seguro de que Mike era hueso demasiado duro para el viejo, le mencionó al hombre de negro.

- El hombre de confianza del francés es ése que va vestido de negro, como drácula –ironizó Bárcenas.

Padilla retuvo la información. No era nada nuevo respecto a lo que le había contado Requena.

- En definitiva, el que manda y ordena es el francés –adelantó Padilla.

Bárcenas miró al fondo de la pared, como si no hubiera oído.

- ¿Ha comprado el cortijo de La Vieja Dama?

El gesto de Mateo al oír esta pregunta había sido más contenido. El de Bárcenas fue casi explícito, abrió sus ojos de pescado congelado aún más y lo miró. Pero Mateo lo había advertido bien y mintió fríamente.

- No –repuso Bárcenas.
- Pero, ¿quiere comprarlo?
- Ni idea.

Satisfecho de su inmediata respuesta, Bárcenas se arrellanó en su sillón, echando el busto hacia atrás y la barriga hacia delante, hasta cortarla con el filo de su mesa, que dejó una impresión blanda en mitad del buche.

- ¿Qué sabes del francés? –volvió a la carga Padilla.
- Que es hijo de españoles, que…
- No me vengas con historias. Eso lo han dicho en la tele. La verdad.
- No sé ninguna verdad.

Padilla observó la expresión de brótola fuera del agua de Bárcenas, sus ojos redondos y saltones, parpadeando mucho. Se preguntó si sería tan estúpido como parecía.

Se levantó del sillón de confidente y echó una mirada a su alrededor. Un plano de la comarca, la pared acristalada a un lado tras la cual la secretaria hablaba con una pareja, la ventana a la calle, con estores

cerrados para amortiguar la luz sin piedad. Había chapado las paredes en madera y había colgado fotografías enmarcadas del castillo de Cuevas, del puerto de Garrucha, de algunos parajes de Mojácar.

- Si alguna vez me entero de que me ocultas algo, te vas a arrepentir –amenazó.
- ¿Qué puedo saber yo? –Bárcenas abrió los brazos, el más inocente de los hombres.

De todas formas, Padilla imaginaba que si Mateo supiera algo comprometedor sobre el francés jamás se lo hubiera confiado a Bárcenas. No confiaría en él más de lo estrictamente necesario.

Salió Padilla de la oficina y se entretuvo observando los anuncios del escaparate. Toda clase de apartamentos, pisos, dúplex, chalés, cortijos o mansiones a precios astronómicos para su magra pensión después de treinta y cinco años de trabajo.

Me equivoqué de siglo, pensó. El siglo XXI viene con más pan debajo del brazo del que dejó jamás el XX. Ojalá no tengamos que arrepentirnos de ser tan ricos, temió con católicos y previsores escepticismo y sentimiento de culpa.

Había sido un error. Arrancar del olvido el asunto y llamar a los niños que estaban en el colegio, con tan solo cuatro años entonces. López había comprobado en el anuario del colegio los nombres y teléfonos de los niños y había llamado a sus padres. Unos habían resultado ilocalizables y otros se habían negado.

Las conversaciones con los niños habían sido surrealistas. Sólo los más avisados se acordaban de aquella niña. Y algunos que creían acordarse de ella habían inventado más que recordado multitud de historias contradictorias y erróneas.

Había mandado a López a investigar posibles deudas de droga de los padres de la niña o de Amador y a pedir las pruebas de convicción encontradas en el lugar de los hechos y que estaban depositadas en un juzgado y me había quedado solo con los niños. Sudé la gota gorda. Me apiadé de los profesores que han de soportarlos cinco o seis horas

diarias. Casi sentí afecto por mi trabajo tras concluir agotado. Prefiero al moreno y al chunguito antes que una patulea de chiquillos.

Reviso los interrogatorios llevados a cabo entonces. Algunos dijeron haber visto a la abuela en el recreo, que le llevaba un phoskito, otros que había sido el abuelo, otros, que un hombre con ropa negra se la había llevado a la fuerza, ella gritando. Nada. Las conclusiones de los investigadores es que esos testimonios no tenían verosimilitud alguna. Los niños que dijeron haber visto a los abuelos sin duda se habían confundido con otros días en que sí habían acudido a ver a la nieta a la hora del recreo.

Reviso los testimonios de los maestros. Ninguno recordaba haber visto a ninguna persona ajena o extraña, más allá de los padres, sobre todo madres, que habitualmente acudían a la hora del recreo a ver a los niños jugar en el patio o a darles a través de la verja una medicina o algo de merienda. Ninguno recordaba si ese día concreto habían visto a algún familiar de la niña.

Dejo a un lado el expediente, agotado ya a esta hora del día. Imposible avanzar. No hay nada nuevo que yo pueda descubrir.

Al poco, llega López. Trae un par de bolsas en las manos, alejadas de su cuerpo como si pudieran contagiar alguna enfermedad, y las deja con cuidado a un lado de mi mesa. Luego, haciéndose el interesante, se sienta frente a mí.

- ¿Y bien?
- He traído lo que hay. Estaba muy mal conservado. Hemos cambiado las bolsas. Algunas cosas vinieron meses después de los laboratorios donde habían sido analizadas.
- ¿Y los informes de esos laboratorios? Tal vez no estén en nuestro expediente, que contiene las primeras diligencias. Luego, se hizo cargo del caso la unidad especial de los picoletos.

López sonríe con satisfacción.

- Están sobre mi mesa.
- Bien, Sherlock.
- No se ría de mí. Tengo mucho interés y como usted estaba ocupado con los niños.
- Los mandé con sus padres hace un rato.

- ¿Han dicho algo?
- Sí. Cuentos. Eran demasiado pequeños. Me preocupa haber causado mucho revuelo entre los padres para nada.
- Para nada no.

Me quedó mirándolo, ahora se le escapa una media sonrisa.

- La coartada de Amador…

López pone suspense y casi le muerdo.

- No es cierta –suelta.

Se repantiga en el sillón y continúa:

- Al parecer, trabajaba con un amigo. Hacían juntos tareas del campo. Realmente, esa mañana llegó a trabajar casi a mediodía.
- Mintió –afirmo, realmente sorprendido.

López asiente.

- Dice que porque entonces eran amigos. Que ahora no lo son, que Amador le debe dinero y no se lo paga.
- Pues tráetelo de los huevos.
- ¿A Amador?
- No. Al otro.
- No he querido asustarlo. Me lo ha dicho. Lo sabemos.
- ¿Qué más te ha dicho?
- Que como tenía mala fama, le pidió que mintiera para que no lo acusaran. Dice que sabe que Amador no lo hizo, que estaba en su casa durmiendo la mona, porque entonces se emborrachaba como una cuba cada dos días. Trabajaba un día y al siguiente, borracho, y así. Ese día tocó dormirla.
- ¿Lo crees?
- Vamos a ver qué nos dice Amador.
- Lo veremos. Ahora quiero que continúes con el asunto de los propietarios del lugar donde apareció la niña. Y las fincas de los alrededores.
- ¡Qué obsesión tiene con eso! ¿Se puede saber por qué? ¿Piensa que alguien de allí lo pudo hacer?
- Porque el que la tiró al pozo tenía que conocer muy bien el lugar.

López se queda pensativo. Al final, asiente, conforme.

- ¿Vamos a ir allí?
- Claro.

Le pido que me traiga los informes de los laboratorios y que se ocupe de los propietarios. Antes de salir lo llamo.

- Buen trabajo, Sherlock.

Cuando me dice por qué ha venido a verme, me pregunto si me van a caer encima todos los crímenes no resueltos de esta comarca, si provoco una atracción fatal en todos los viejos con cadáveres y frustraciones en el arcón del sótano.

Imagino que viene rebotado de la Guardia Civil y de la Policía Judicial, que no le han hecho ni caso.

- Además, aunque fuera él, tal vez el delito habría prescrito –le digo.

El viejo guardia se encoge de hombros. No había pensado en eso. Hace una mueca de contrariedad.

- ¿Y cómo puede estar seguro de que es él? –insisto.
- No lo estoy. Por eso hay que investigarlo.

El sargento retirado de la Guardia Civil se ha presentado en la comisaría como tal y ha pedido verme. No podía negarme. En realidad, no me niego a ver a nadie. Pero si lo hubiera sabido, habría salido por la puerta de atrás.

- Exactamente, ¿qué quiere que haga?
- Pedir informes.
- Acaba de entrar en España, si no estoy mal informado.
- A la Interpol.
- ¿Con qué excusa?
- Estoy seguro de que es un asesino. Quiero saber su identidad.
- ¿Ha puesto una denuncia en forma? De lo contrario…

Estamos en mi despacho. De vez en cuando desvío la cabeza y miro bajo los soportales de la plaza de abastos. Me ha parecido ver a Josefa allí, una vez más, hace un rato. Inquiriéndome con su sola presencia, recordándome. Que no olvide. Que no lo deje. Un grito mudo que se

oye mucho más.
No está. Vuelvo la cabeza y miro otra vez a Padilla, jubilado pero animoso como una novicia. Le brilla la calva del sudor de la calle. Le brillan los ojos de codicia policial.

- No creo que necesite una denuncia en forma para pedir un informe. Se trata sólo de corroborar los datos de su identidad.
- Si es quien dice usted que puede ser… ¿Es así, verdad? Hace años que goza en Francia de una identidad inequívoca. No adelantaremos nada por ahí.

Padilla recula en el sillón y cambia la actitud, reconcentrado en búsqueda de otros argumentos con que convencerme o rebatir lo que acabo de decirle. Se había acodado sobre mi mesa, ansioso. Ahora se ha venido abajo otra vez.

- ¿Por qué tiene esa certidumbre? –le pregunto, intentando ser amable después de haberle chafado sus ilusiones.
- La tengo aquí –se señala el corazón.
- Pero no lo conocía entonces. Hace treinta años. No tiene más que una mala foto en la ficha policial de entonces.
- Aquí está –extrae una ficha de 1974 de la Guardia Civil de una carpeta azul que había dejado detrás de su trasero, sobre el asiento.

La examino. Una foto en blanco y negro de un hombre cuyo color de ojos azul figura en la descripción anexa. Un perfil de hombre de pelo oscuro y corto, frente amplia y cejas definidas. Una nariz recta y una boca amplia, serio ante la cámara. Más nítida de lo que podría esperar de una fotocopia de la ficha original de hace tanto tiempo. Uno setenta y cinco centímetros de altura, complexión atlética. Bracero de profesión. La ficha figura a nombre de Diego Haro Liria.
Tecleo el nombre de Alain Pérez en el ordenador y enseguida surgen las noticias de los periódicos comarcales y regionales sobre el proyecto Venecia II. En la web de Tele-Mediterráneo Indalo se puede ver al personaje durante la entrevista de ayer en sus estudios. Comparo la fotografía de la ficha y la fotografía que amplío del financiero francés.
Padilla no puede contenerse y se levanta, da la vuelta a la mesa y se coloca a mi espalda, mirando la pantalla desde mi hombro.
Observo y comparo ambas fotografías. Efectivamente, un perfil

parecido, aunque lógicamente ahora el cabello es más blanco que negro. Una frente de similares características, algo más amplia por las entradas de la madurez; el arco de las cuencas de los ojos es parecido, así como el dibujo de los pómulos, aunque el hombre de la pantalla tiene el rostro más ancho, lo que también podría ser una consecuencia de la edad; la nariz es parecida y la forma de la boca también. Pero sólo eso, parecido.

- Tiene cierto parecido. Pero es muy aventurado.

Padilla vuelve a su asiento y me explica, excitado porque yo no haya despreciado de inmediato sus sospechas.

- Es que no sé si es él.
- ¿Cómo? Ahora no entiendo nada.

Padilla juega con las manos y me cuenta:

- En la casa murió la mujer. Hubo otro cadáver. En el horno de pan. El que lo mató lo introdujo allí. Seguro que fue para quemar su cara y sus manos, para que no pudiéramos identificarlo de ninguna manera.
- Pero la ficha es del asesino, ¿no?

Padilla se muerde los labios, se pasa la mano por la boca. Cruje su barba de puntos blancos de ayer.

- Identificamos el cadáver como el del amante. Siempre hemos creído que el asesino era el marido. Los sorprendió poniéndole los cuernos y se los cargó.
- ¿Cómo lo identificaron? ¿No le hicieron autopsia?
- ¿Autopsia? Excepto las piernas, lo demás estaba carbonizado. Aquí no había forense. El médico del pueblo, y gracias. Además, tenía las ropas y los documentos del amante, y su madre lo reconoció. Aquí no había otros medios entonces. Estamos hablando de los primeros años setenta. España era un país atrasado y esta región mucho más –se defiende Padilla.
- ¿Vive la madre?
- No. Lo he comprobado. Murió hace quince años, más o menos.

Nos quedamos mirándonos.

- La madre pudo identificarlo porque realmente era su hijo o… -comento.

Padilla parpadea. Ahora piensa lo mismo que yo.

- O lo identificó para que nadie persiguiera a su hijo, haciendo creer que estaba muerto –concluye el razonamiento.
- Pues se llevó el secreto a la tumba –digo.

Miro otra vez, con más curiosidad, la ficha policial y la pantalla del ordenador.

- ¿Entonces puede ser el marido, pero también puede ser el amante?
- Claro. Debo ser estúpido. Siempre creyendo que era uno y puede ser el otro. Eran primos. Y se parecían como hermanos. No gemelos, pero la misma apariencia. Aproximadamente la misma altura, la misma complexión, morenos, de pelo corto, bueno, entonces nadie lo llevaba largo más que cuatro hippies. Incluso los rasgos de familia los compartían. Pudo engañarnos perfectamente.
- De modo que el hombre de la ficha, el marido de la mujer asesinada, podría no ser éste –señalo la pantalla del ordenador-, sino que éste podría ser el primo, el amante.
- Ajá –admite Padilla, satisfecho de su deducción aunque un momento antes haya admitido un posible error de treinta años.

Miro a Padilla. Abro un cajón de la mesa, saco un paquete de marlboro. Le ofrezco. Padilla mira el cigarrillo con un brillo de malicia infantil.

- ¿No tendrá detenida a mi mujer en la comisaría, verdad? –astuto, travieso.
- No, pero si lo necesita no tiene más que decirlo, ¿de qué la acusamos?

Padilla coge el cigarrillo. Saco un cenicero del mismo cajón y lo pongo sobre la mesa.

- De acosarme sexualmente, desde luego que no.
- ¿De malos tratos?
- Si un juez prueba sus comidas, desde luego. De todo modos, prefiero dejarlo como está, así sólo yo sé que soy un calzonazos.
- Bueno, dejemos entonces a su santa esposa, Padilla.

El hombre asiente y fuma con delectación. Lo dejo hacer. Se retrepa en el sillón, como si fumara el mejor habano del mundo.

- ¡Qué dulce veneno!
- Hay otros aún más dulces.

Padilla me mira con sorna.

- He oído que detuvo el lunes a un atracador. Le sacudió más que a una estera.
- Fue tan fácil que me dio hasta rabia. Estaba enfadado con él por ser tan imbécil.
- Lo comprendo. Yo he pegado más bofetadas a imbéciles que a tíos peligrosos.
- Un imbécil es lo peor.
- Un imbécil es lo peor –ratifica, dando una calada que debe hacer que el humo le llegue a los talones.

Suspira de placer y continúa:

- Me han dicho que le ha dejado una tarjeta de visita al Ladislao.
- Unos pocos dientes y una nariz. Por desgracia, no eran suyos.
- Es una anguila, el cabrón. Escurridizo. Cuando crees que lo tienes, se escapa. Tiene la piel de una maldita culebra.
- ¿Es peligroso?
- Trafica con maría, hachís y compra todo lo que roban los quinquis de la zona. Poco más.
- Creía que era más peligroso.
- Hubo en tiempo en que le dio a la heroína. Pero eso ya no es negocio.

No le digo que ahora le da a la farlopa y al pastillaje.

- He estado a punto varias veces de engancharlo –dice.- Pero siempre lo pillé con tan poca cosa que entraba por una puerta y salía por la otra.
- Dicen que no es tonto.
- Más listo que el hambre.

Padilla se incorpora, se adelanta sobre la mesa y apaga la colilla, de la que no queda más que el filtro. Me mira lentamente a los ojos.

- Tiene razón. No tengo derecho a pedirle que haga lo que no puede justificar.

Recoge la ficha y la guarda en la carpetilla azul. Con ella en la mano parece un cobrador de facturas.

- De todas formas, si se entera de algo más. Si descubre alguna prueba –abro los brazos, ofreciéndole una pequeña esperanza.
- Encantado de conocerle –dice, levantándose y extendiendo la mano.

Se la estrecho y lo acompaño hasta la puerta. Lo veo subir a un utilitario decrépito y se despide otra vez con la mano.

Miro bajo los soportales de la plaza de abastos. La sombra de Josefa me mira como una acusación.

- ¡Ha sido genial! –balbuceaba Bárcenas, nervioso porque el Boss en

persona había acudido a su oficina.
Esperaba sólo a Mike y la presencia de Alain lo intimidaba. Era el mecenas, el jefe, el alma mater de toda la operación. Intentaba darle jabón a un Alain de gesto contrariado.

- La irrupción del ideólogo de este gran proyecto, a última hora, cuando todo estaba preparado, ¡ha sido genial! –repitió Bárcenas, pesado.

Alain lo miró vagamente, con expresión aburrida. Desvió luego la mirada, a un Mike que se había sentado en un rincón del despacho, a su espalda, observando la escena sin pronunciar ni media palabra.

- Si no vende esa mujer, no tengo nada que hacer aquí –comentó Alain severamente.

Bárcenas mudó la expresión, de servil euforia a reconcentrada preocupación. No alcanzaba a entender el empecinamiento del francés en una finca que se salía de los márgenes del proyecto Venecia II, que no era necesaria para llevar adelante las obras de la promoción.
Sólo se oía el rumor del aparato de aire acondicionado. Un embarazoso silencio entre los tres hombres.
Preocupado, Bárcenas intensificó sus miradas inquisitivas a uno y otro, pero ninguno le hizo caso. Sintiendo que debía hacer algo, dijo:

- Es una buena finca, aunque no encaja en el proyecto Venecia II… - No se atrevió a continuar, aunque luego, intuyendo algo sordamente, añadió:
- Es un poco rara, la chica quiero decir. Nunca ha sido normal. Le he pasado cien ofertas por su maldito cortijo y parecía que sí, que las aceptaba, pero cuando conocía a los compradores, al final siempre se echaba atrás.
- ¿No le interesa el dinero? –preguntó Alain, de quien por fin había captado algún interés.

Bárcenas se encogió de hombros.

- No sé. Es como si quisiera quitárselo de encima y luego se arrepintiera en el último momento.

Alain giró la cabeza y miró a Mike. Pero éste continuaba en actitud displicente, sin hacer el menor gesto.
Oyeron la puerta. Un haz cruel de luz entró en el vestíbulo y vieron

cómo la secretaria de Bárcenas se levantaba para recibir a una mujer protegida tras unas gafas de sol. Alain observó la escena a través del cristal que comunicaba el despacho de Bárcenas con la entrada, pero las persianas le impedían ver con claridad. Se movió en la silla, inquieto. Volvió a mirar a Mike, intentando descifrar la expresión de su cara, pero ésta parecía esculpida en yeso. Suspiró. Bárcenas se levantó movido por un resorte, como si el suspiro de Alain hubiera sido una orden, y salió.

Lo oyeron hablar con la mujer y un instante después la dejó entrar, precediéndolo, en el despacho.

Lo que vio Alain era la resurrección del cuerpo que treinta años atrás había caído destrozado por el disparo de escopeta. Lo que vio Alain era la mujer que adoraba treinta años atrás. Lo que vio Alain, o Juan, o Diego, o quien demonios fuera el francés, era la misma Luisa por la que había perdido la cabeza y había matado. Era la imagen de la mujer que había amado durante treinta años hasta el punto de haberle sido imposible después amar a otra. Hasta el punto de haberle sido imposible siquiera estimar a otra lo suficiente para apreciar su compañía. Habían pasado por sus brazos cientos de mujeres. Ninguna era lo suficientemente buena para hacerle olvidar a Luisa.

Y la mujer que daba dos pasos en el despacho de Bárcenas, la mujer que se plantaba ante él, rígida, con las gafas en las manos y los ojos fijos en sus ojos azules, era el vivo retrato, la idéntica imagen de la mujer de su vida. Más que hija, parecía la hermana gemela, pensó Alain, delirante. Tenía la misma melena que él recordaba en la madre, de cabello rubio sombreado, la misma frente finamente dibujada, los mismos rasgos de porcelana, tallados con delicadeza. Llevaba un vestido verde a juego con sus ojos, de una pieza, que le caía hasta las rodillas, ajustado y ceñido como la mano de un amante. Las piernas desnudas eran una réplica de las que él había adorado entonces.

Acertó a desviar la cabeza, la boca abierta, una expresión de estupor e ingenuidad que jamás había vuelto a tener el criminal de treinta años atrás, para interrogar a Mike, para maldecir a Mike, para bendecir a Mike.

Bárcenas, ignorante e inoportuno, incapaz de comprender los matices,

sólo desagradablemente sorprendido por una reacción inesperada, intentó hacer las presentaciones de rigor, tan formal.

Finalmente, logró que ella se sentara junto a Alain. Éste, que se había levantado, tomó asiento, sin dejar de mirarla.

Bárcenas rodeó la mesa, ufano de poder realizar su trabajo ante el mismo Boss, adoptando instantáneamente sus ademanes de vendedor experimentado e infalible.

- Luisa, lo tengo todo preparado –dijo engolando la voz y poniendo todo su asqueroso poder de convicción en los ojos húmedos y saltones, al tiempo que abría una carpeta con el logotipo de su inmobiliaria.- Puedes estudiar el contrato que he preparado…
- Aún no he vendido –cortó ella, inopinadamente.

Bárcenas, con la boca abierta, desvió los ojos a Alain, pero éste no le prestaba la menor atención. Suplicó con los ojos a Mike, pero éste ni le devolvió la mirada. Se concentraba en la mujer y el hombre a los que veía de perfil, desarrollándose ante sus ojos la escena que tanto había temido.

- Pero te dije las condiciones y me dijiste que te parecían bien –afirmó desmayadamente Bárcenas, quien intuía una derrota ante los mismísimos ojos de Alain.
- Venderé a quien yo quiera –cortó otra vez Luisa.

Desvió lentamente la mirada. Alain se sintió helado. Ni siquiera había querido imaginar la escena. Aquella niña no era nada para él, no era nadie. Ofuscado contra Mike por no haber conseguido comprar, se presentó en la oficina con la intención de cumplir un trámite desagradable: conocer a la maldita niña. ¡Cuántos remordimientos durante treinta años, hasta encallecerse tanto que ya sólo pensaba en ella como en los otros seis mil millones de personas que le eran completamente ajenos! La imaginaba distinta, blanquita y gordita, como era cuando la vio por última vez. La causa de que la mujer que tanto amaba no hubiera querido jamás abandonar su casa, ni con el marido ni con el amante. Luisa no quería alejar a su hija de la abuela que tanto la adoraba. Aquella niña era lo que la retenía en aquella tierra como una cadena. ¡Cuánta sangre se había derramado por su

culpa! Y ahora la que tenía enfrente no era la hija de Luisa, era Luisa misma. Se le había acelerado el corazón como si fuera a darle un infarto. Abrió los labios, pero no dijo nada. Esperó, la mirada clavada en la mujer.

- Quiero saber por qué quiere el cortijo – preguntó rotunda Luisa.

Alain no era capaz de inventar una excusa que no sonara ridícula. Tenía clavados los ojos de Luisa en el rostro y creía firmemente que eran los ojos de la madre, que lo acusaban y lo llamaban en impensable, fantasmal y maravillosa resurrección.

Alarmado, recordó lo que había dicho Bárcenas un rato antes: dice que sí, pero cuando conoce al comprador siempre se echa atrás. ¿Lo estaba esperando? ¿Lo había reconocido?

- Lo necesito –acertó a decir Alain.

Se miraron a los ojos. Se estudiaron sin pudor ante los ojos de Bárcenas y Mike. Finalmente, Luisa desvió los ojos y miró a Mike. Las miradas se cruzaron. Mike hizo un imperceptible gesto de asentimiento.

Luisa se levantó bruscamente y cogió su bolso.

- Prepárelo todo. Lo firmaré mañana. Quiero el cheque a nombre de mi abuela –dijo a Bárcenas.

Salió del despacho tan bruscamente como lo había dicho todo. Alain se había levantado tras ella y la observó salir a la luz inclemente de la calle, su cuerpo perfilado por la luz como el de un angel.

- Ya se lo dije, es muy rara –aventuró Bárcenas, inoportuno, secándose el sudor de la frente con un pañuelo.
- Quiero saberlo todo de esa mujer –ordenó Alain.

Es siniestro examinar las pertenencias de un muerto. Si ese muerto es una niña indefensa, mucho más. Observo las bolsas sobre la mesa y temo tocarlas. Sé que es inútil, así que tardo en hacerlo. Las voy colocando una junto a la otra, al tiempo que voy leyendo las notas que sobre cada una ha elaborado la científica. ¿Qué puedo encontrar que

no hayan encontrado otros antes, mejores que yo, más listos que yo? ¿Por qué me mortifico? ¿Para creer que aún soy un policía y que mi guerra actual ya no es tan sucia?

Aparto de un manotazo los fantasmas, bastante tengo con no defenderme en la soledad de mi habitación.

Ropas ensangrentadas. Una camiseta de interior que había sido blanca y que ahora era un guiñapo desgarrado y sucio de sangre y lodo y el terror del fondo de un pozo. Un jersey azul arrugado, el hombro izquierdo manchado de sangre antigua. Unos leotardos celestes aplastados en la bolsa, rotos en las rodillas, sucios de barro reseco. Sólo un zapato, el izquierdo. El derecho nunca apareció. Y un impermeable barato, de plástico, que la niña hubo de ponerse obligatoriamente para poder salir al recreo.

Leo las notas sobre cada una de las prendas y los análisis del barro, de la sangre, de los cabellos. Ni un indicio biológico que no fuera de ella o de otro niño con el que hubiera compartido juegos esa mañana.

En otras bolsas más pequeñas habían depositado una goma de borrar que la niña llevaba en un bolsillo, un pañuelo de papel donde se había limpiado los mocos, y un plástico envoltorio de caramelo. Todas estas cosas habían sido analizadas y no habían arrojado luz alguna sobre el caso. La goma de borrar era la que faltaba en sus estuches y su cartera, que quedaron en el colegio. Los clínex se los había dado la abuela y el envoltorio de caramelo, cuya existencia se había ocultado, según las notas, a la familia y la prensa, pensando que tal vez el asesino lo había utilizado para atraerla, fue analizado y no se pudo descubrir en él más indicio que unas epiteliales y restos de saliva de la propia niña, como si para comerlo lo hubiera rasgado y luego lo hubiera llevado a los labios para chuparlo e introducirlo en la boca.

El informe de la autopsia me produce escalofríos. La muerte se había producido la mañana en que había desaparecido. Apenas una hora o dos después. Aunque el cuerpo había sido arrojado a un pozo, éste estaba seco, por lo que el agua no modificó la descomposición normal del cadáver. Había sufrido excoriaciones en la vagina y el ano, pero la violación no había llegado a consumarse, lo que también incidió en la ausencia de restos orgánicos del asesino. Finalmente, había sido

golpeada con un objeto contundente en el occipital izquierdo, lo que le había provocado la muerte instantánea.

Sumergiéndome en el horror en la última y más recóndita sala del sótano de la comisaría, comienzo a sentir miedo. Miedo de que alguien sea capaz de hacer eso a una niña de cuatro años. Recuerdo entonces que he visto cosas atroces, que no debería sorprenderme. Y me niego a rendirme. Pero a medida que avanzo, el miedo al fracaso también se agudiza, como un dolor no recordado que, de pronto, provoca un acceso.

Por eso, es un alivio oír la voz de López, que me llama, buscándome de sala en sala. Cuando aparece junto a la puerta y ve las cosas esparcidas por la mesa, y a mí de pie ante ellas, se queda callado un instante, tan impresionado como yo.

Nos miramos en silencio.

- Hola, mi niña. Ven. Te he preparado un helado, como a ti te gustan.
- Gracias, abuela.

Luisa dejó caer el bolso sobre la mesa de la cocina de su abuela, cubierta de un hule a cuadros. Luisa vivía en un apartamento de Puerto Rey, en la costa de Baria, desde cuya ventana veía el mar cada noche y cada mañana, pero no era su casa; se trataba de una impostura, para estar sola, para rumiar los recuerdos sola, para alejarse de la casa de la abuela, donde había vivido y crecido desde hacía treinta años hasta que, alentada por la abuela, que no veía bien que una mujer hecha y derecha no tuviera una casa donde mandar y tener un hombre, se vio forzada a irse. Su abuela, que había sido su madre desde entonces, sola desde que el abuelo murió, hacía tantos años, avergonzado porque su hija fuera una adúltera, porque hubiera tenido un amante en los años en que tener un amante era igual que ganarse la vida en la calle. La abuela, en cambio, había sido fuerte. Había recordado cada uno de los días a su hija como la mujer más hermosa de la comarca, la que despertaba las pasiones más

encendidas, la que no podían ver los hombres sin desearla. Y tú, niña, eres igual que ella, por eso no puedes estar tan sola, le decía, una y otra vez. Luisa no podía soportarlo: el parecido con la madre, el mismo nombre, que a veces no sabía a cuál llamaba la abuela, si a la nieta querida o a la hija amada con una pasión que sólo una madre puede soportar.

También había alentado la vieja el orgullo de ser hija de quien era. Jamás agaches la cabeza. Tu madre sólo tuvo una desgracia: ser tan hermosa.

Y Luisa sintió que todo el amor que le sobró a su madre no lo tendría ella. Tal vez lo intuyó aquella vez, tras las piernas de la abuela, asomando su cabecita, mirando a la madre tendida en el suelo, la incomprensible mancha oscura en el pecho, hasta que la abuela la echó y luego, un rato después, en la calle, junto a la esquina de la casa, el olor a carne quemada, las piernas de hombre asomando grotescamente de la boca del horno.

- ¿Has visto qué calor hace, niña? No he salido de aquí en todo el día.

Luisa prestó atención al rumor del aparato de aire acondicionado que le había instalado a la abuela con su primer sueldo, a pesar de las reticencias de quien había pasado toda la vida con penalidades y el aire acondicionado le parecía un lujo innecesario.

La abuela se dirigió al frigorífico y sacó un bote de limón granizado, hecho por ella, mientras Luisa se ponía ante la boca del aparato de aire acondicionado y abría la blusa para que el chorro de aire frío le asaltara el pecho y el cuello.

- No tenías que haberte molestado, abuela. Lo podríamos haber comprado.
- ¡Qué molestia!

La abuela vertió limón helado en dos vasos, puso una pajita que sacó de un cajón, y le tendió uno a Luisa. Ésta lo removió con la pajita y comenzó a sorber.

- ¿Por qué no vas a la playa un rato, niña? Llama a algún amigo…
- Abuela, no empieces –atajó Luisa.
- Pues a una amiga. Así vais juntas y… nunca se sabe…

Luisa miró a su abuela con severidad.

- ¿Es que no vas a celebrar tu cumpleaños? – arremetió la abuela.
- Sabes que nunca lo he celebrado –respondió violentamente Luisa.
- Si yo lo decía… -se defendió la buena anciana.

Luisa dejó de sorber limón helado y miró a su abuela.

- Voy a hacer lo que tú querías que hiciera hace tanto tiempo.

Inquieta, la abuela dejó el vaso de limón sobre la mesa y miró a su nieta con temor.

- Me voy a ir de aquí.

En la abuela se encontraban el miedo a perderla y el deseo ferviente desde hacía tantos años de que su nieta se alejara del lugar de los terrores y las pesadillas. La abuela sabía por qué la nieta nunca había querido abandonar aquella tierra que tan malos recuerdos le traía, por qué nunca había querido vender el cortijo y olvidar.

Abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada.

- He vendido el cortijo –dijo Luisa, volviendo a sorber de su limón granizado.

La abuela se llevó las manos a la boca. Luisa obvió el gesto. Temía que la abuela comprendiera. Y, efectivamente, comprendía:

- ¿A quién? ¿A quién le has vendido el cortijo? –preguntó despavorida, levantándose con una brusquedad incontrolable hasta para sus torpes piernas.
- ¿No querías que lo vendiera?
- Pero si lo has vendido y quieres irte es que es… es que…
- Lo he vendido y ya está. Es mío, ¿no?

La abuela volvió a sentarse lentamente.

- ¿Ha venido el lobo? –preguntó, el viejo rostro descompuesto.

Luisa hizo un gesto de desaprobación.

- No me hables como a una niña. Ya no lo soy.
- ¿A quién se lo has vendido? –preguntó la abuela otra vez, angustiada.
- A Bárcenas, el de la inmobiliaria que hay cerca del ayuntamiento. Ya lo has visto aquí muchas veces.
- Ese media, pero no compra.

- No sé para quién lo ha comprado –volvió a mentir Luisa.

La miró sostenidamente. Luisa disimulaba chupando limón granizado con la pajita, los ojos perdidos en el hule de la mesa.

- ¡Qué rico! –dijo, relamiéndose y dejando el vaso sobre la mesa, intentando hacer olvidar la conversación.
- ¿Seguro que no sabes a quién se lo has vendido? –insistía la abuela, la mosca en la oreja.
- Cualquier cliente suyo. Tiene muchos clientes.

La abuela ya no tenía ganas de limón granizado. Dudaba que su nieta le dijera la verdad. Por eso se asustó tanto cuando Luisa preguntó:

- Abuela, ¿dónde están las cosas de mi madre?

Mike se consideraba un profesional, un buen profesional. Y siempre lo había sido. Por eso, si bien no había estado dispuesto a coaccionar a Luisa, sí podría concluir su trabajo respecto a Venecia II antes de despedirse definitivamente. Despido que no haría efectivo hasta asegurarse del bienestar de Luisa.

Abrió de un tirón la verja de la casa de Ramiro Pinilla y caminó entre los jardines por un pasillo de loseta calcinada por el sol de todo el día. Aún se superaban los treinta y seis grados y en apenas un rato sería de noche.

Llamó al timbre como cualquier inocente visita, Ramiro abrió la puerta y esbozó un gesto cómico de terror. Mike, que no tenía intención de sonreír, entró en la casa sin abrir la boca. El ambiente del salón, enfriado por un aparato de aire acondicionado que chirriaba como un loco, era acogedor. Dos espacios separados por tres escalones, el de entrada, donde se alojaba pegado a la pared un mueble lacado con espejo, y el inferior, donde un sofá ultramoderno hacía que tuvieras que pensar la postura antes de sentarte; una hamaca colgada del techo, una pantalla casi de cine y un aparato de música donde sonaba Bruce Springsteen.

- ¿Qué haces aquí? –resonó la voz sorda de Ramiro, como si temiera que alguien lo oyera, a sus espaldas.

Mike se volvió y lo miró, displicente.

- Somos socios, ¿no? ¿No puedo venir a discutir contigo algunos extremos de nuestro común negocio?

Ramiro observó por primera vez que Mike llevaba un portafolios en la mano izquierda.

- Te puede ver cualquiera, ¿qué es eso? –preguntó ansioso Ramiro.

Mike levantó los brazos.

- ¿No me ofreces una cerveza?
- No.

Mike sopesó darle un sopapo, pero luego se encogió de hombros y tiró el portafolios sobre el sofá indescriptible.

- Te he traído el informe técnico que tendrás que defender mañana ante tus colegas.
- Yo no he…

Mike dio un paso. Tan de cerca, Ramiro parecía mucho más pequeño. Incluso encogido.

- No he visto que hayas venido corriendo a devolverme el dinero –dijo.

Ramiro reculó y se acercó al mueble lacado. Hizo ademán de abrir un cajón, pero lo dejó estar y se volvió hacia Mike.

- No es tan fácil, requiere tiempo –dijo.
- Eres demasiado estúpido. Si quisiéramos que lo defendiera alguien que no esté dentro, podríamos pagar a mejores expertos, como hemos hecho y comprobarás mañana. Sólo tienes que aceptar algunos puntos de nuestro informe y dejar que la duda se cebe en el de tus colegas. No es mucho pedir para tanto dinero, ¿o es que es poco?

Ramiro se lamió los labios. Luego se los mordió.

- Lo que me pedís es muy duro… -comenzó.

Mike sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta negra y lo dejó sobre el mueble lacado.

- A medida que tus servicios lo merezcan, habrá más. Puede haber mucho más –dijo ya desde la puerta.

Conocía la naturaleza humana y sabía desde el primer momento,

cuando había investigado a Ramiro Pinilla y Greta van Hart, dos de los líderes de los movimientos opositores a Venecia II, que la chica era insobornable. Su pasión, su estilo de vida, la hacían invulnerable al dinero. Había tenido dinero de niña, lo tenía ahora y tenía mucho más esperándola pacientemente en su Holanda natal. En cambio, Ramiro Pinilla era carne de soborno: tacaño, como había observado al seguirlo, cuando intentaba escaquearse al pagar en un bar; empleado de banca de ventanilla, viendo pasar el dinero ante sus manos y sin posibilidades de echarle el guante ni de ascender, como había comprobado al hablar, como de pasada, con su director, quien le abría las puertas, los brazos y lo que hiciera falta al representante en Baria de Venecia II S.A.; con una hipoteca que consumía el sesenta por ciento de su sueldo y, finalmente, con una pasión inventada para quien había mostrado el mismo interés, en años sucesivos, en el equipo de fútbol de Baria, luego en la política de un partido indefinido y de ámbito local que no cuajó y, finalmente, en los círculos ecologistas, buscando, según las malas lenguas, algún ligue que, de otro modo, se le resistía enormemente. La idea que se había hecho de él era la que ahora se había convertido en una certeza, confirmada punto por punto.

- ¿Cómo demonios se sienta uno en ese sofá? –preguntó Mike, y luego cerró la puerta ante la expresión atónita de Ramiro.

El Mediterráneo parecía un lago gigantesco de aguas calientes y quietas mientras Mike paseaba la mirada pensativa por su superficie oscuramente azulada. Una luna lo suficientemente llena para reflejarse en las aguas y ocultar las estrellas iluminaba los perfiles del paisaje, rodeada de una aureola lechosa, como la de un santo aburrido.

No temía la mirada de Alain, como le sucedía a todo el mundo, esa mirada afilada y penetrante, azul. Simplemente, le aburría. Sabía lo que estaba pasando por su mente de hombre enfermo de pasión y sangre durante treinta años. Mike era un buen investigador y había visto una fotografía de Luisa madre. Ésa que tan bien ocultaba Alain y

que Mike sorprendió. Alain ignoraba lo que Mike sabía. Por eso no comprendía cómo su hombre de confianza, su guardaespaldas, su brazo derecho, ahora lo traicionaba.

- ¿Has hecho llegar mi biografía a los periódicos?
- Mañana estará en todos los periódicos, las emisoras de radio y las televisiones de toda la ciudad. Nadie dudará de tu pasado.
- ¿Has preparado el debate de mañana?
- Por supuesto. Nuestro hombre llegará a tiempo para preparar su intervención.
- ¿Y el otro?
- Sin problemas.
- ¿Ha aceptado?
- ¿Le quedaba otra alternativa?

Se miraron.

- Muy eficaz, como siempre –comentó irónico Alain.

Mike le sostuvo la mirada. Alain bebió de su coñac. Mike desvió la mirada otra vez al vacío del horizonte donde se confundían el mar y la atmósfera en penumbra.

- ¿Por qué no has sido tan eficaz con esa chica? –preguntó mordaz Alain.

No quería que Alain pensara que lo temía, así que lo miró a los ojos, fría y calladamente.

- Me ha estado esperando. Y los dos lo sabemos. La Vieja Dama era el anzuelo y la señal. Ella sabía que volvería –asumió Alain.
- Aléjate de ella –advirtió Mike.

Alain saboreó su coñac. Lo paladeó lentamente.

- Si no te conociera, pensaría que te has enamorado.

Mike ya no apartaba los ojos de Alain. Pero su mirada no decía nada. Su pensamiento concentrado lo decía todo: lo que más temía iba tomando forma, se iba concretando, paso a paso, inexorablemente.

- Si pudieras vivir tu vida una segunda vez, ¿qué harías? –preguntó Alain.
- Me negaría a vivirla, especialmente si he asesinado a la mujer que amo –respondió Mike.

Alain se enderezó en su sillón como si le hubiera cortado con un

cuchillo. Su mano se engarfió sobre la copa, rebosando ira. Por un instante, ni siquiera sus respiraciones pudieron oírse en el interior de esa urna de cristal que habían mandado instalar en la terraza para aislarse del calor. Sólo el aire acondicionado saliendo a chorros rechinaba tenaz. Lejano, el siseo loco de las chicharras colmaba la noche.

- ¿Qué te hace pensar que yo la maté?

Mike no desvió la mirada.

- En otro caso, habrías sido la causa de que la mataran. Deberías cambiar algo de tu vida anterior, ¿no crees? –advirtió cínicamente Mike.
- He concertado una cita con ella. Mañana comeremos juntos. Y tú vendrás conmigo, te sentarás aparte y harás tu trabajo –ordenó fríamente Alain.
- Por supuesto –admitió irónicamente Mike.
- ¿La has visto? Tú no lo sabes, pero es idéntica a la madre. Como si la vida se repitiese.

Alain se retrepó en su sillón, olvidando la afrenta. Quedaba poco trabajo por hacer. Luego, se iría con ella y Mike sería despedido. En pocos días, todo su trabajo culminaría, más una sorpresa que jamás imaginó: Luisa. Otra vez Luisa. Otra vez.

- Estás jugando con fuego –advirtió Mike.

Alain no lo miró, la mirada flotando en la penumbra azul de la noche.

- Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. Como ocurrió entonces. Como ocurre siempre –sentenció.

Son las once de la noche y la temperatura que señala el termómetro del coche aún supera los treinta y dos grados. El aire caliente se cuela por las rendijas de ventilación y el viejo Toledo no acierta a desterrarlo y sustituirlo por aire frío, a pesar de que el condensador suena como un molinillo.

Me ha llamado López. Han detenido a un traficante, como él los llama con grandilocuencia aunque sean simples camellos, en el polígono

industrial. Le digo que voy para allá rápidamente, aunque no sea más que para alejarme de mi mesa de trabajo y del expediente de la niña asesinada, del que no consigo extraer más que preguntas y desamparo.
El lugar donde esperan, con el coche detenido y la sirena coloreando los solares vacíos y las naves industriales cerradas, es un cruce de calles. Salgo del coche y me asalta una bofetada de aire caliente. Doy tres pasos, me acerco a la fachada lateral de una nave industrial y el calor que desprenden sus paredes me empuja hacia atrás como un empellón. Doy la vuelta al coche y me acerco a López y otros dos agentes que custodian a un chaval de apenas veinte años, esposado y apoyado en un golf GTI de un precioso color rojo.

- Lo seguíamos desde hace tiempo, comisario –explica López, dejando el grupo y acercándose a mí.
- ¿Quién es?
- Se llama Rafael Sánchez. Un chorizo que se ha puesto chulo. Compra en todas partes y vende en las discotecas de la zona, sobre todo en verano. Estábamos esperando que llevara un buen cargamento y le hemos echado el guante.

El chaval viste unos tejanos con roturas en las rodillas, unos mocasines y una camisa de cuadros abierta hasta el ombligo. Es menudo, delgado, con el pelo negro dibujando una cresta. Levanto su cabeza y veo unos ojos llorosos, una nariz en la que se aprietan algunos coágulos de sangre reseca y unos labios ligeramente hinchados. Lleva un pendiente en la oreja izquierda.

- ¿Cuánto?
- Trece gramos –responde Martín, un agente que ha llegado la semana pasada, como yo. El otro, que fuma algo alejado del coche, es Ávila, antiguo en la comisaría.- Farlopa. Y una bolsa de pastillas –señala el coche patrulla, donde han dejado el cargamento.
- ¿Quién te ha hecho esto? –pregunto al chaval.

El chico me mira con aprensión y afloran nuevas lágrimas, pero las contiene. Sorbe sangre y mocos y baja de nuevo la cabeza, aunque un ligero movimiento de sus pupilas señala a Martín. Lo miro.

- Se ha resistido –dice éste, encogiéndose de hombros.

El chaval bufa, negando sin atreverse a negar.

- A mí siempre se me resisten, comisario, no sé qué me pasa, si es que me ven cara de gilipollas o qué –comenta chulesco Martín.- De todos modos, son las dos bofetadas que le tendría que haber dado su padre hace tiempo. Si lo hubiera hecho, no estaríamos ahora aquí –explica, con paternal y cínica fatalidad.

El chaval se endereza, ofendido.

- No deberíamos pasarnos en un tiempo, comisario –comenta prudente López a mi espalda.

Me vuelvo a mirarlo.

- Lo digo por lo que pasó en el pub Jennifer. Dicen que...
- ¿Quién dice qué? –pregunto irritado.
- Que si brutalidad policial, que si esto, que si lo otro. Ya sabe, jefe.
- ¿Y quién lo dice?
- Hoy incluso me ha preguntado un funcionario del juzgado. Y ayer un periodista.
- ¿Les pareció mal lo de los lugartenientes del Ladislao?
- No. En el fondo les gusta. Pero si la noticia salta, luego la aprovechan. Ya sabe.

Ya sé. Me vuelvo y miro al muchacho. No es grave. Nada que no se pueda arreglar con un poco de jabón.

- Aparta un momento.

Martín retira al chaval del coche y abro la puerta. Nuevecito. Entro en el golf y arranco, aún tiene las llaves puestas. Conecto el aire acondicionado y en un segundo tengo la bendita sensación de encontrarme en el Polo Norte. Respiro hondo. Tomo aire. Siento entrar el oxígeno y la sangre correr por las venas como niños alegres por los pasillos de un colegio el día de vacaciones. Pongo primera. Todos se apartan. Acelero. Primero lentamente. Luego un poco más. Me pierdo por las calles vacías del polígono. Doy unas cuentas vueltas. El sudor, el maldito sudor se enfría y siento como si mi piel fuera acariciada por paños frescos. Me asalta una euforia irracional. Ciento veinte en un instante. Un cruce de calles, las gomas gimen en el asfalto calcinado del día. Tomo una calle más larga y piso a fondo. Ciento ochenta sin darme cuenta. Joder. Aprieto el freno y el coche

decelera dócil, ajustado a mis manos como un guante. Decido volver y acelero hasta donde están. Veo iluminadas por los faros las caras despavoridas de todos ellos. Tiro bruscamente del freno de mano y doy un volantazo, el coche hace un trompo y se queda a su lado, dócil como un potro recién amaestrado.
Salgo del coche. Me miran como a un loco. ¡Lo que les queda por ver! En cambio, Martín se ríe.

- Chico, te has quedado sin coche.

El chaval me mira sin comprender. Luego, hace un puchero y comienza a llorar como una magdalena. Martín lo introduce en la parte trasera del coche patrulla y le digo a López que se lleve el Toledo a comisaría.
- Está decomisado –les ordeno, para que lo pongan bien claro y con letras mayúsculas en el informe de la detención.
Vuelvo al Golf y conecto el aire acondicionado al máximo. Tardo un buen rato en volver a mi despacho.

JUEVES, 15 DE JULIO DE 2004.

Coche nuevo. Un par de días de margen hasta que lo tengan controlado. Volver entonces a rodear el coche, a pasar la mano por los pasos de rueda, a mirar los bajos.
Se mezcla en mi ensoñación de mal despertar y peor dormir el Golf que he aparcado bajo mi ventana del hotel y las precauciones grabadas a fuego en mi conciencia durante años.
Por fin nos llamaron. El encierro en el caserío era un infierno frío y húmedo. Apenas nos hablábamos ya. Jorge miraba al suelo, a las paredes, a los electrodomésticos, como si fueran seres vivientes. En cambio, no cruzaba ni por asomo su mirada con la mía. Había surgido una hostilidad que no tenía nada que ver con la discusión que habíamos tenido en el sótano, ni con la orden que le había dado. Sólo

era la consecuencia natural de estar encerrados en un ámbito solitario y sórdido, carceleros sin objetivo ni razón, esperando una llamada que podría ser liberatoria o terrible. Yo sabía que no lo sería, pero siempre queda el temor de que haya un cambio de planes. De que el secuestro se haya ido de las manos, de que la negociación no fructifique. Será sólo un escarmiento, una muestra de fuerza, me dijeron. ¡Y una mierda! Una chapuza, en todo caso. Mostrar a su jerarquía a través de la desaparición temporal de uno de sus miembros más comprometidos que lo sabíamos, que no lo perdonábamos, que podíamos hacer daño y convertir a los verdugos en víctimas. ¡O yo qué sé!

Un error. Un terrible error, en cualquier caso.

Yo tampoco miraba a Jorge. Era una sombra hostil, como la de un fantasma amargado y cruel pero inofensivo en una vieja casa. Me dolían las mandíbulas de tenerlas apretadas. Me hubiera costado un mundo mover los músculos de la cara para hablar, mucho menos para sonreír. Apenas probaba otra cosa que líquidos y casi había creído, tres días después, que no sería capaz de probar cosa sólida otra vez.

Hasta que sonó el teléfono. El día menos esperado. El día en que la lluvia no permitía dar dos pasos sin empaparte hasta la rabadilla. Ha llegado la hora, dije a Jorge, sin mirarlo. Por fin, añadí, queriendo apuntar una esperanza y que recogiera el guante y la hostilidad desapareciera. Pero no. Recogió sus cosas en dos minutos, probó el arma, la puso en la cintura y bajó a por el elemento. Éste era un guiñapo de ropas sucias y arrugadas. Tan arrugadas que parecía que el propio hombre se había arrugado dentro de ellas.

- ¿Qué vais a hacer? –preguntó tembloroso.

Evidentemente, su fe no era suficiente para eliminar su miedo de hombre.

Esta vez no respondimos a sus súplicas. Jorge ya no tenía ganas de preguntar por qué. Yo había dejado de preguntármelo hacía mucho.

El silencio le significó una respuesta temida. Asumió dócilmente el papel de víctima y, sollozando, entró en el maletero del coche. Dispuse el documento de identificación junto a la mano para mostrarlo si era necesario y dando un portazo al caserío maldito y solitario, partimos.

Rememorando ahora aquellos hechos, tan cercanos en el tiempo y tan lejanos en mi memoria como si hubieran pasado hacía años, me pregunto qué sentía exactamente en esos momentos. Y lo más cruel es que no lo sé. Hacía lo que me ordenaban. ¿Estaba convencido de lo que hacía? Probablemente. Pero lo que no debería haber pasado de una escaramuza se había convertido, o había corrido el riesgo de convertirse, en una tragedia. ¿Hubiera sido capaz? Prefiero no saberlo.
Recuerdo que a medida que me alejaba del caserío, de la soledad brumosa de la montaña, en la que en todo momento había temido un asalto, un descubrimiento, un error que hubiéramos pagado sólo Jorge y yo, crecían en mí la rabia y la indignación.
Tras una hora de conducción bajo la intensa lluvia del atardecer, nos detuvimos a la entrada de un pueblo, ocultos bajo una espesa arboleda. Bajé del coche, me alejé unos metros y marqué el número de teléfono del que había recibido la orden apenas hora y media antes. Un roble enorme me protegía algo de la lluvia circundante, al tiempo que me la enviaba en gotas gordas y constantes, como una tortura china.

- ¿Qué ocurre? –preguntó el interlocutor, el mismo del que había recibido la orden.
- Voy a pegarle un tiro.
- ¿Cómo?
- Nos ha visto la cara. No tenemos elección.
- ¿Está loco?

Sentí el terror de un político cuando ve el abismo de su carrera, la amenaza de la cárcel.

- Tranquilo. Lo hemos preparado todo en el mismo caserío. Hemos excavado en el sótano una tumba. Tenemos cal viva y cemento…
- ¿Está loco? ¡Le ordeno que…!
- ¿Cómo? –pregunté serenamente.
- ¡No lo haga, por Dios!
- ¿Por qué no iba a hacerlo? Nos ha visto la cara.
- No dirá nada. No dirá nada –repitió angustiado el político de la delegación del gobierno que mandaba con la misma lógica y

autoridad que un mono en un batallón.

- ¿Y cómo sabe que no dirá nada?
- Lo hemos negociado –explicó ansiosamente.- Lo hemos negociado.
- Será con otros, no con él.
- Él se debe a una jerarquía, como usted. Sus superiores han tomado nota del aviso. Se quedará así la cosa. No pasará nada.
- ¿Seguro? Se lo digo porque mi compañero ya lo ha puesto de rodillas y…
- ¡¡¡No!!!

Corté la llamada. Iba a pasar un mal rato el colega.

Volví al coche. Se había hecho de noche. Jorge pasó de mí, hasta que oyó mi risa soterrada. Le expliqué. Se animó. Rió a carcajadas.

- Se va a cagar –dijo, tosiendo de la risa.
- Ya lo creo.

Al momento, comenzaron a llegar mensajes al móvil, llamadas que rechazaba divertido como un niño haciendo travesuras. Cuando habíamos acabado el tabaco, reanudamos la marcha y entramos en el pueblo. Circulamos por calles húmedas y desoladas, vacías, huérfanas de vida.

- Un pueblo tan pequeño y con tanto odio –comenté.
- Ya sabes, en los frascos más pequeños se guardan las esencias… y los venenos –añadió Jorge.

Aparcamos junto a la fachada lateral de una iglesia. Un muro de piedra húmedo y frío. Nos pusimos los pasamontañas y abrimos el maletero. El hombre había dejado de llorar hacía rato. Abrió los ojos a la escasa luz de una farola lejana. Lo sacamos a la fuerza. Tardó un minuto en poder sostenerse sobre sus piernas, temiendo lo peor. Poco a poco, a medida que reconocía el entorno, sus ojos cobraron vida. Jorge le quitó las esposas, se las guardó en la cintura, lo apoyó en la pared y le soltó un rodillazo en los cojones. Se dobló sin emitir una queja.

Subimos al coche y nos alejamos. Quedó tendido sobre la calle de piedra, bajo la lluvia.

Padilla no podía resistir la tentación. Había hecho esfuerzos, pero era inútil: Tenía que verlo personalmente, mirarlo a los ojos. Entonces lo sabría, estaba seguro.
Aparcó un poco más allá de la verja de entrada a la casa del francés, un chalé encaramado a la montaña, con una buena parcela. No es pretencioso, habían dicho unos, alabándolo. No está a su altura, habían dicho otros, en las tertulias radiofónicas locales, halagándolo aún más.
La carretera continuaba, estrecha y empinada, por lo que apartó lo que pudo el pequeño utilitario, hasta rozarlo con un pino que le daba una miserable sombra, dejó el motor ronroneando y apretó tres veces inútilmente la tecla del máximo del aire acondicionado. Cuarenta y dos grados y aún no es medio día, se quejó. Suspiró y echó de menos un farias. Pero cualquiera fumaba en el interior del pequeño coche con las ventanillas cerradas. Con lo que olía, luego la parienta le echaba la bronca. Se dispuso a esperar.
Lo imaginó varias veces, el francés salía en un coche de lujo, él lo seguía cuesta abajo y cuando llegase a su destino, Mojácar, Garrucha o Baria con toda probabilidad, se apearía, llamaría su atención y se acercaría a él. Simplemente. Un vistazo. Una mirada fija a los ojos. Pero, ¿y si llevaba gafas de sol, como era probable, como el mismo Padilla usaba? No, sería mejor esperar a ver dónde se dirige tras apearse del coche, seguirlo a pie, entrar tras él y entonces llamarlo. ¿Diego? ¿Diego Haro?, o: ¿Juan? ¿Juan Haro? ¿Cómo reaccionaría? Lo que daría por mirar sus ojos en ese instante. Por lo menos, tres pagas extras. Con lo miserables que son, ironizó, no perdería mucho.
¿O sería mejor asaltarlo y decirle, sencillamente, te he reconocido, eres un asesino? No, mejor: Te he reconocido, Diego… O Juan...
No saber quién era lo atormentaba tanto como haberlo perdido entonces. Porque el error primero se había multiplicado por dos súbitamente tras treinta años de convicción sin fisuras. Maldito cabrón, seas quien seas.
Pero Padilla tuvo que esperar menos de lo que temía. Media hora

después oyó el quejido del hierro de la verja. Pero lo que salió no fue un coche, sino dos doberman negros que corrieron agitando sus mandíbulas y sus lenguas contra él. Llegaron y se elevaron sobre el coche con tal violencia que Padilla sintió miedo, un pánico que no había sentido jamás en toda su vida en activo, ante ningún ser humano. Ni siquiera sentirse pertrechado por el coche le salvó de un ataque de pavor. Los perros ladraban como depredadores alrededor de la pieza, seguros de su caza. Danzaban en torno al coche, que se movía al compás de sus embestidas cuando se levantaban sobre las musculosas patas traseras y dejaban caer sus zarpas en los cristales o la puerta y abrían las fauces chocando los morros contra el cristal. Tan asustado estaba que no reparó en el hombre que había seguido a los animales.

- ¡Stop! ¡Ici! ¡Ici! –ordenó el hombre.

El mismo hombre que Padilla esperaba, el mismo al que quería mirar a los ojos.

- Perdone moi, monsieur –se disculpó Alain, amable e inocente como un niño con un caniche ladrador.

Padilla soltó aire por primera vez desde que los perros aparecieran como una pesadilla terrorífica. Alain, vestido con pantalón de deporte y camiseta, comenzó a correr y los perros lo siguieron dócilmente.

Padilla los vio perderse, carretera arriba, por el retrovisor. Respiró hondo, tardó unos minutos en controlar su pulso. Acertó a poner la primera y aceleró tan torpemente que a punto estuvo de calar el coche. Cuando pasó junto a la verja negra, que ya estaba cerrada otra vez, observó una cámara de seguridad discretamente colocada en una esquina interior. Detuvo la marcha y comprobó que había otra al otro lado de la verja.

A medida que bajaba la carretera hasta el Paseo del Mediterráneo que bordea la costa de Mojácar y que recobraba el ánimo, sospechó que la salida de los perros y de su hombre no había sido casual. Nadie en su sano juicio sale a hacer footing con esta temperatura, pensó.

La próxima vez no iría desnudo, masculló Padilla, al tiempo que recordaba golosamente la pistola tan aceitada y negra que tenía guardada en una esquina del armario ropero.

Como somos los únicos que lo sabemos, López viaja a mi lado. En el Golf, la sensación interior de frescor es reconfortante. Miro con pavor el termómetro exterior, que supera ya los cuarenta y tres grados. Retrasaba la visita al lugar por un temor reverencial; por la inutilidad del esfuerzo también.

Cruzamos Turre y atravesamos campos de cultivos intensivos, unos pocos invernaderos a los que ya han destrozado los plásticos que los cubren. Excavadoras remueven las tierras levantando nubes de polvo dorado y reseco al sol. Nos adentramos por una carretera que anuncia los accesos a Sierra Cabrera, pero a pesar del ascenso, la temperatura no desciende, empecinada en martirizarnos. Huele a quemado. El incendio de dos noches antes ha dejado unos montes negruzcos no lejos de aquí y ceniza mecida en el aire.

- Estamos cerca –comenta, mirando al frente.

López observa los planos del lugar y los coteja con los que ya existían en el expediente. Descubrimos casas de campo medio ocultas tras tapias blancas o setos de arbustos. Antiguas casas de aparceros medio abandonadas. Coches al sol en espera de que sus dueños abandonen su abrasador trabajo en el campo para cocerlos en el camino de vuelta a sus casas.

Pronto llegamos a una llanura. A la derecha de la carretera un grupo de eucaliptos de tronco grueso y espesas cabelleras otorga un oasis de sombra, a cuya falda descansa una edificación vieja y de mal gusto que alberga un bar. Pasamos de largo y nos introducimos por un camino de tierra situado a la izquierda. El coche ronronea en marchas cortas sorteando hileras de hierbas y caballones resaltados por las máquinas que transitan a diario. Protesta conectando el ventilador al tiempo que la aguja de la temperatura del motor se acerca al rojo.

López me hace una indicación. Aparto el coche en una explanada de tierra y, tomando aire como si fuéramos a sumergirnos, salimos del coche. El calor nos asfixia en una décima de segundo. Sumergidos en la atmósfera irrespirable, López señala al frente.

Estamos en la estribaciones de un cerro bajo y grueso, de loma vieja y gastada, que anuncia las alturas más escarpadas que continúan tras él elevando la mole de la sierra, gigantesca, borrosa en la calina ardiente, azulada a la luz de plomo del sol de mediodía.

Nuestros pies destrozan terrones de tierra reseca. Abandonamos el camino y continuamos campo a través hasta los restos de una edificación que debió ser una miserable casa cortijo hacía muchos años. Sólo quedan en pie dos montones de piedras apilados en perpendicular. Las hierbas se han comido lo que fue el interior de la casa y han borrado las huellas de otras paredes. López gira el mapa y señala una vereda que parte de la casa hasta una hondonada. La seguimos y descubrimos al final un montón de piedras, que debieron ser la alberca del pozo.

¿Qué esperaba encontrar? Nada. Lo sabía y lo sé. Pero no ir al lugar era despreciar de antemano una posibilidad, por remota que fuera, y mi conciencia, o lo que quedaba de ella, no lo permitía.

Siento la camisa pegada al cuerpo. El sudor brota de mi cabeza como de un surtidor. López no tiene mucho mejor aspecto.

Movemos las piedras con cuidado y descubrimos bajo ellas una tabla que oculta un agujero en el suelo. Tiene la anchura suficiente para una niña de cuatro años. No la tiene para un hombre del tamaño de López. Pero el cabrón no deseaba hombres como López, sino Ángeles como una niña de cuatro años.

Descubrimos el antiguo pozo y no vemos otra cosa que negrura. Tiramos una piedra y tarda lo suficiente en golpear el fondo para hacernos una idea del terrorífico final de la niña. Ya estaba muerta, pero no es suficiente para evitar el horror.

Había sido descubierta gracias a un cabrero que trabajaba por la zona y tenía la costumbre en invierno, cuando sube el nivel freático, de sacar agua con un cubo. Tiró el cubo y no recogió agua. Luego se dio cuenta de que tampoco chapoteaba. Tiró una piedra y sonó algo blando. Alumbró el fondo con una linterna y vio algo raro. Insistió y descubrió el cuerpo. Su declaración, por supuesto, constaba en el expediente.

- Hay que ser hijo de puta –comenta con rabia López.

Un rato después, cuando entendemos que nada hacemos allí y que ya hemos expiado con fuego suficiente el no avanzar nada en la investigación, volvemos al coche. Al regresar nos detenemos en el bar que hay bajo los eucaliptos a tomar algo fresco.

La primera cerveza entra de un trago y el cuerpo pide otra con la angustia de un heroinómano. López le da conversación a la mujer del bar mientras observo el paisaje por la ventana y compruebo con sorpresa la existencia de un hangar abandonado y la pista, comida de hierbas, levantado el asfalto, de un aeródromo.

Le comento mi descubrimiento a López, pero éste no hace caso.

- ¿Y si le preguntamos por la lista de gente que elaboramos ayer? –sugiere.- Lleva aquí muchos años. Dice que conoce a la familia propietaria del lugar. Y quien haya trabajado ahí, ha tenido que pasar por este bar.

López admite mi teoría de que quien la tiró al pozo tenía que estar familiarizado con el lugar. Sale al coche y trae un listado que elaboramos de familiares, vecinos y conocidos de los abuelos. Gentes que conocieran bien a la niña. Hemos descartado mujeres y niños, así que la lista no es demasiado larga. Los abuelos viven en una barriada pequeña, aislada del casco del pueblo, por lo que nos hemos centrado en ellos. Apenas veinte nombres.

López vuelve a la barra mientras miro la escena con escepticismo. No creo en la suerte y seguramente esta tarea ya la realizaron otros antes.

La mujer escucha con atención los nombres que López recita. Se coloca unas gafas y le quita la lista a López y la lee. Tiene unos cincuenta y tantos años, gruesa, morena, con el pelo revuelto. Usa un vestido sin mangas y a pesar del aire acondicionado hace gestos de sofoco. Algunos nombres no le dicen nada. Otros, llama a su marido, que está en la cocina. El hombre, vacilante, grueso, acalorado entre fogones, la camisa abierta y algunas manchas de sudor, sale con un trapo entre las manos, mira con displicencia a López, escucha los nombres que le menciona su mujer y niega con la cabeza. Su mujer le pregunta, ¿éste no es fulano de tal? No, el fulano que tú dices se llama de otra manera, su segundo apellido es…

Enciendo un cigarrillo. Apuro la cerveza comprobando que nuestra

genial idea no lleva a ninguna parte y me acerco a la barra para invitar a López cuando el marido coge la lista, mira un nombre y salta:

- Éste. Sí. Ésta ha trabajado mucho por aquí.

Señala con una uña gorda el penúltimo nombre de la lista. Comprueba el último y niega con la cabeza.

Dice que es maquinista, trabaja con una pala. Que la dejaba junto al bar por las noches, se iba en su coche y volvía al día siguiente. Explica que sabe su nombre porque le dejó una nota con su nombre completo y un teléfono, por si pasaba algo con la máquina mientras él estaba fuera. Había trabajado en la zona por lo menos cinco o seis veranos, de forma intermitente. Pero hacía tiempo. Por lo menos cinco años que no volvía por aquí.

- Es uno de los vecinos –dice López.

La buena mujer esperó más de una hora. Sentía sobre sí las miradas conmiserativas de la guapa secretaria. Pero no se iba a ir de allí sin hablar con él. Había venido al centro con todo el calor sólo para ello. Tenía tanto miedo que no podía esperar en casa a que su nieta le dijera las mentiras que contaba y callara las verdades que temía.

Rogaba a Dios que fuera cierto, pero su instinto le decía que no. Rogaba porque de verdad se hubiera cansado, hubiera decidido vender el maldito cortijo de sus desgracias y alejarse de allí para nunca más volver, aunque eso le partiera su viejo corazón.

Sentía sobre sí la mirada molesta de Bárcenas, aquel hombre tan pesado que había estado en su casa al menos tres veces, intentando convencerla de que ella, a su vez, convenciera a la nieta para vender La Vieja Dama. Incluso había llegado, el muy sinvergüenza, a ofrecerle una comisión si lo conseguía. ¿Pensaría que una abuela iba a engañar a su propia nieta?

Por fin, la secretaria le dijo que podía pasar y la acompañó y le abrió la puerta del despacho de Bárcenas.

El aire acondicionado rugía como un vendaval y sintió un escalofrío de la bajísima temperatura. Aún así, el cuerpo grueso de Bárcenas y su

piel ligeramente sebosa brillaban de sudor.

- ¿Qué le trae por aquí, Francisca? –preguntó Bárcenas sin levantarse de su sillón de hombre que lo sabe todo.

La abuela se sentó frente a él y lo miró fijamente. No la iba a achantar un sinvergüenza que se creía listo.

- Al final, has convencido a mi nieta para que venda.
- Ella lo ha hecho voluntariamente –se defendió él, abriendo sus gruesas manos.
- ¿Por qué esta vez ha dicho que sí?

A Bárcenas no le gustaba la expresión de la vieja, su cara surcada de arrugas y el pelo recogido en un moño en la nuca. Llevaba un vestido estampado y agarraba su bolso pegado al vientre como si temiera que la fueran a desvalijar.

- El precio es bueno, Francisca. No iba a encontrar quien pagara más.
- Sabes que el precio no es la razón para que venda. Ya le pagaban bien otras veces. ¿Quién es el comprador?
- Es una empresa, Francisca.
- ¿De quién es la empresa?
- No lo sé. Yo trabajo con empresas.
- ¿Y quién manda?

Los ojos amarillentos, bajo los párpados arrugados, bajo las cejas más grises que negras, afilaban la mirada de Francisca.

- ¿Cómo voy a saber quién manda en una empresa? Las empresas tienen consejos de administración, gestores, yo qué sé.
- El que ha venido a encargarte la compra. Ése es el que yo quiero.
- Es sólo un abogado –esquivó Bárcenas.
- Pues quiero su nombre.
- Pero, ¿por qué te preocupas, mujer? ¿Sabes que tu nieta ha exigido que el cheque vaya a tu nombre? Todo para ti. Vas a ser una mujer rica.
- Puedes meterte el dinero donde quieras. Quiero hablar con ese hombre.

La obcecación de Francisca lo irritó. No le gustaba el cariz que estaba tomando la cuestión y, desde luego, no diría nada a la mujer.

- Tendrás que hablar con tu nieta. Ella es que la vende.
- ¿No me lo dices?

Francisca se levantó, los labios apretados.

- Ya me enteraré –retó.

Salió sin cerrar la puerta. Adiós, niña, se despidió de la secretaria, y salió al duro sol del mediodía.

Esperaba la llamada, así que aceptó inmediatamente, aunque se mostró distante y fría, una obligación que se espera con fatalidad. Prometió que estaría a las dos de la tarde en El Almejero, un restaurante junto al puerto de Garrucha, y llegó puntual, caminando embadurnada de luz bajo los gritos de las gaviotas, esquivando coches y redes de pesca tendidas, atrayendo miradas su vestido blanco.

Alain la observó a través de la cristalera del restaurante, sin perder uno solo de sus movimientos. El mismo andar felino. Podía recordar con dolorosa precisión los músculos de la mujer, de la otra mujer, a pesar del tiempo transcurrido. Aquel lugar de músculos grandes y de precisas ensoñaciones donde el roce de piel contra piel era tocar el cielo. Los vestidos mínimos de la madre, de telas desgastadas por el uso y los lavados, insinuaban los relieves. Veía de frente a la hija, pero revelaba el mismo espesor de la carne, la misma cadencia de los movimientos, la misma sinfonía del cuerpo animalmente armonioso. Alain volvió a sentir sus veintipocos años en las venas con una euforia que no había sentido jamás en estos malditos treinta años.

A su lado, Mike también la observaba, pero su mirada era oscura, como su presencia, como ese ámbito repentinamente distante y ajeno que por primera vez había observado desde que trabajaba para él. Pero no tenía tiempo para perder con Mike. Había muchos como él. Pero sólo una como Luisa.

Salió a recibirla y la adentró en el restaurante de una mano, como en una ceremonia antigua. La llevó hasta la mesa reservada, un rincón alejado de los demás comensales, como había solicitado.

- ¿Qué problema hay con la venta del cortijo? –preguntó Luisa,

displicente, sentándose mientras él retiraba y luego empujaba su silla, continuando el juego de la simulación que Alain había iniciado al llamarla por teléfono para invitarla a comer con la excusa de concretar algunos extremos de la venta.

Alain se sentó frente a ella. Ambos se quitaron las gafas de sol y quedaron desnudos los ojos. Ambos sintieron miedo. Un estremecimiento de dolor él. La misma mirada de entonces. Un estremecimiento de angustia ella. La mirada que había imaginado desde que era una niña.

Luisa ni siquiera miró a Mike. Éste se sentó a una mesa, solo, varios metros más allá. A pesar de las gafas oscuras que no se había quitado, Alain sentía sobre él la mirada fría de su empleado.

- Has dado tu palabra, pero no hay documentos firmados. Sólo pretendo convencerte definitivamente de que soy el hombre adecuado para comprar –excusó Alain.

Un camarero se acercó a la mesa y les tomó nota de las bebidas.

- ¿Por qué eres ese hombre?
- ¿Tiene que haber alguna razón?
- Sí.

Luisa lo miró fijamente mientras el camarero abría una botella de vino blanco muy frío y les servía.

- Me basta con que sea tuyo –dijo Alain, cuando se retiró el camarero.
- Es un halago barato –despreció Luisa, llevándose la copa a los labios.- Hay miles de sitios como La Vieja Dama, ¿por qué pagas tanto dinero por una propiedad que no lo vale?
- Hay lugares que tienen algo especial.

Sin querer, el tono con que dijo las palabras sonó trágico, helado.

- Tal vez te guste tener una fotografía mía –dijo Luisa buscando en su bolso.

Le entregó una fotografía.

- Mírala bien. Muy bien –advirtió Luisa.

Alain miró la fotografía y la copa de vino se quedó a medio vuelo hasta su boca de labios entreabiertos y mudos. La dejó sobre la mesa. Llevó también esa mano a la fotografía, como si necesitara asirla con

mucha fuerza. Continuó mirándola, mucho tiempo, demasiado tiempo. Todo era tan reconocible. Hacía tanto tiempo.

- ¿Quién es? –intentó disimular, pero continuó mirando la foto.
- ¿Quién eres? –retó Luisa.

Alain dejó la fotografía sobre la mesa, pero no se la devolvió. La mujer que tenía enfrente le había dado un golpe bajo. Ya no tenía dudas. Ella intuía quién era, por qué estaba allí, por qué había comprado un cortijo de mala muerte por tanto dinero.

- Debe ser de hace mucho tiempo – comentó Alain, sorbiendo vino y recobrándose. Tenía la sensación de que le había faltado el aire, aunque no era cierto. Respiró hondo, volvió a mirar por fin los bellos ojos verdes de Luisa.
- Tal vez sea de ayer. O de hace unos meses. Basta con ponerse un vestido y arreglarse el pelo, peinarse como entonces.
- ¿Por qué haces esto? –preguntó Alain.
- ¿Por qué has vuelto?
- No te entiendo –se defendió Alain, sonriendo con esfuerzo.

Le devolvió la fotografía, sin dejar de mirarla hasta que Luisa la guardó en su bolso.

- En todo caso, no hablemos de cosas trascendentes –dijo, mientras servía más vino en las copas, intentando animarla.
- Yo también te he esperado. He sabido siempre que volverías –continuó, sería, fría, decidida, ella.

La botella suspendida en el aire, en su mano, Alain la esquivó:

- No comprendo qué quieres decir. No he estado nunca antes aquí.
- La he estado observando desde la barra, sin atreverme a acercarme porque no me acordaba del nombre de su madre –irrumpió Padilla, de súbito de pie junto a su mesa, entre ambos.- Pero, ¡qué parecido!, ¡como dos gotas de agua! Yo conocí a su madre.

Alguien violentó a Padilla, asido con fuerza de su hombro.

- Por favor, caballero –ordenaba Mike.
- ¡Eh! ¿Qué hace? ¿No ve que estoy saludando a la señorita?

El hombre de negro que Padilla había sorteado como un niño travieso,

seguramente debido a que no hacía otra cosa que mirar a la pareja, como él había hecho desde la barra, a la que se pegó un rato antes, cuando desde su coche había observado que el francés salía a recibir a la chica y ya no le había quedado ninguna duda. ¿Acaso creía el gabacho que por echarle unos animalitos se iba a asustar? Bastaba con volver a casa, escaquearse de la Encarna y coger la pistola. Y vuelta a empezar, pero esta vez no en la misma calle, como un novato, sino más abajo, por donde seguro que tendría que pasar al salir en coche. Y el coche, ese enorme coche de lujo, no admitía confusión.
Mike aflojó su mano al comprobar que el hombre hablaba a Luisa. Luego, Padilla se volvió hacia Alain.

- Nos conocemos, ¿verdad?
- ¡Ah, sí! –reconoció Alain.- Esta mañana se ha asustado mucho. Lo siento.

Retando, burlando, confrontándose con otros hombres, Alain se encontraba cómodo. Qué diferencia un instante antes, enfrentado a esos ojos verdes que lo desnudaban tras treinta años de ocultamiento.

- Creo que nos conocemos de otra cosa. De hace mucho tiempo. Me suena mucho su cara –apostilló Padilla, irónico.

Alain hizo un gesto a Mike y éste tiró de Padilla. Alain miró a su alrededor, pero el ajetreo del comedor impedía que los demás se fijasen en una escena de encuentros aparentemente banal.

- Por favor, caballero –repitió Mike, tirando de Padilla con autoridad.
- ¿Quién eres tú, un matón?

Padilla se retiró empujado por Mike.

- Qué gente más impertinente, ¿no te parece? –comentó Mike.
- También te conoce.
- Seguramente me ha confundido –sonrió Alain.- Tengo una cara muy común.

Luisa recogió su bolso.

- ¿Te vas? –se levantó Alain, alarmado.
- Este lugar está demasiado concurrido. Invítame a cenar esta noche. Solos.
- Lo haré. Cenaremos solos y luego iremos a navegar en mi

barco. Nadie sabe que lo tengo, pero llegó hace tres días. Está aquí mismo.

- Llámame.

Luisa salió del restaurante. Alain sintió que se alejaba una parte de sí. No, no dejaría que la vida pasase de largo otra vez. No tenía otros malditos treinta años.

Mike volvió junto a él.

- ¿Quién era ese viejo?
- Lo averiguaré –respondió Mike.

Alain buscó su móvil. Mordiendo las palabras, que querían ser gritadas, explicó a Matías lo ocurrido.

- Que lo solucione Mike –le dijo éste.
- Hazlo tú.

Alain colgó y resopló.

- Corrías este riesgo. No puedes quejarte, te lo advertí –dijo Mike.
- ¿Tú también, Bruto?
- Es tu decisión.
- En apenas tres días estará todo terminado. Luego nos iremos.
- ¿Solos?

Alain advirtió la sutil amenaza que brotaba de la voz de Mike.

- Tú sí –sentenció.

- Amador, no nos has dicho la verdad.

Amador se encoge como un caracol en su concha al oír mis palabras. Seguramente lleva mucho tiempo esperando que alguien lo descubra y él mismo se sorprende de que nadie lo haya averiguado antes. Se escurre asiento abajo en la sala de interrogatorios.

- Sabes que no es bueno pelearse con amigos que conocen nuestros secretos.

No hace falta más. Amador sabe de qué estoy hablando.

- Venga, cuéntame qué paso.

Le ofrezco un cigarrillo que acepta tras mirarlo un rato. Luego se lo

pone en la boca con dedos temblorosos y chupa como un adolescente la primera vez. Tose. Se encoge aún más.

- Hoy no te hemos dado tiempo a tomar tu copa. Si nos lo cuentas pronto, te vas y podrás tomar las que necesites.
- Ha sido ese cabrón –dice, mordiéndose los labios.
- Claro. Le debes dinero y ya no es tan fiel amigo.
- ¿Que le debo? ¿Que le debo? –grita.- Él me debe a mí –me mira indignado.- Claro, claro –y asiente con la cabeza.- Quiere que me trinquen para no pagarme lo que me debe.
- Pero ha dicho la verdad –afirmo.

Puedo observar su rostro seco, los huesos marcados, los labios brillantes de una saliva que no controla del todo, alcohólico irredento y atormentado. Baja la mirada y fuma compulsivamente, tres caladas en tres segundos. Acaba el cigarrillo tan rápido como la mecha de un explosivo.

- Estoy esperando.

Sorbe los mocos, se enjuaga la boca con torpes y evidentes movimientos de su lengua y comienza su habla espesa.

- Si… No dije la verdad. Porque mi hermana era, ya sabe cómo era. Y yo, bueno… No se fían de mí. Creen que yo soy capaz… -Se arruga su rostro y ha de contener un sollozo.

Asiento con la cabeza, dándole a entender que lo comprendo. Sorbe mocos y continúa.

- Si decía que nadie me había visto, seguro que era sospechoso. Y yo no quería… No podía… Yo soy incapaz… Quería mucho a la niña.

Se derrumba. Lo dejo llorar unos minutos. Le tiendo luego unos pañuelos de papel. Se limpia lágrimas y saliva.

- ¿Dónde estabas mientras desaparecía la niña?

Se encoge de hombros.

- Supongo que en mi casa.

Se suena fuerte la nariz y recobra un poco de ánimo.

- La verdad… Borracho como una cuba. Dicen que me acosté a las siete de la mañana. Ni me acuerdo. Empiezo a recordar a la una de la tarde. Creo que dormí en mi casa. Alguien me llevaría.

- ¿Por qué mentiste?

Amador abre la boca. Creía que lo había entendido y ahora salgo con éstas.

- Un drogata. Un jumeras. ¿Quién me hubiera creído? Me hubiera comido el marrón.
- ¿Con quién estuviste esa noche?

Se encoge de hombros.

- Más vale que recuerdes, Amador –le amenazo.
- No sé, no sé… Si me acordara…
- Pues te quedas aquí hasta que recuerdes –le digo, levantándome.

Salgo de la pecera y hablo con López, que observaba la escena desde el otro lado, a través del cristal.

- ¿Qué opina, jefe?
- Ni idea. No creo, pero ni idea. ¿Está el otro?
- Lo he dejado arriba. No creía que traerlo directamente a la sala fuera buena idea. Se pondría a la defensiva.
- Bien. Quédate con Amador, a ver si recuerda quién estaba con él esa noche.

Subo las escaleras de dos en dos y busco un despacho al final del pasillo, que da a la parte trasera de la comisaría. Un archivador vacío, una mesa, unas sillas.

Encuentro sentado a un tipo de unos treinta y cinco años. Viste unos vaqueros y una camisa abierta hasta el centro de un pecho depilado. Es grueso, fuerte, y tiene la cara redonda, con barba de tres días sin afeitar. El cabello corto y negro y un pendiente en la oreja izquierda. Según ha sabido López, es soltero, vive con sus padres en la barriada de Las Retamas, donde vivía la niña, apenas veinte casas a tres kilómetros del pueblo más cercano. Huele a sudor reciente y le brilla la frente. Sus ojos pequeños son perspicaces y miran con suspicacia.

- Abel, ¿verdad? –digo sentándome frente a él.

Asiente.

- ¿Te ha dicho el agente por qué te hemos llamado?
- No.
- A ver si nos puedes ayudar. Alguien ha comentado que conoces

los parajes de subida a Sierra Cabrera, en Turre, cerca del viejo aeródromo.

Asiente lentamente, con cierta prevención.

- Nos han dicho que trabajabas allí con frecuencia, durante varios veranos.
- ¿Y qué?

Me quedo mirándolo un rato en silencio. Mantiene la mirada, hierático, sin mover un músculo.

- De eso hace varios años, ¿cierto?
- No me acuerdo.

Resoplo, pero mantengo la calma.

- Nos han dicho que conoces bien el lugar.
- ¿Y qué?

Sonrío. Estoy a punto de saltarle a la yugular, pero respiro hondo.

- Encontraron allí a una niña. Una vecinita tuya. ¿Lo recuerdas?
- Sí.

Lo observo con detenimiento. Pero no encuentro el menor movimiento, el menor gesto involuntario. Ni un músculo de la cara se ha movido. El tío parece de cera, hasta el sudor le pone ese color cerúleo y asqueroso.

- ¿No te dice nada la situación?
- ¿Qué me va a decir?
- Como me respondas con otra pregunta te doy una hostia –me arrepiento enseguida y levanto la mano en señal de disculpa. Ahora, por lo menos, ha mirado mi mano.
- ¿Quieres fumar?
- Sí –encoge los hombros.- Bueno.
- Pues no puedes.

Enciendo un cigarrillo y me callo unos minutos, sin mirarlo, dejando vagar la mirada y calmando el ansia de novato que crece en mí, que quiere creer que he encontrado algo, que soy un genio y que debería agarrarlo del cuello y sacarle una confesión a porrazo limpio. Cuando por fin apago el cigarrillo, compruebo que su expresión ha cambiado. Ahora su frente chorrea sudor. Gruesas gotas le caen desde la cabeza. Hace un gesto y las limpia con el brazo.

- ¿No tienes nada que decirme?

Se encoge de hombros.

Compruebo que López está junto a la puerta del despacho, haciéndose el despistado por allí, sigiloso como una culebra.

- ¿Conocías a la niña?
- Claro.
- ¿Qué sentiste cuando desapareció?

Se encoge de hombros.

- No sé. Pena –dice finalmente.
- ¿Cuándo supiste que la habían matado y tirado a un pozo?
- Al mismo tiempo que todo el mundo.
- El que lo hizo conocía bien aquel lugar.

Se encoge nuevamente de hombros y se los miro con golosa voluntad de martillearlos, a ver si deja de hacer ese maldito gesto.

- Tú conocías bien el lugar.
- ¿Y qué?
- ¿Dónde estabas ese día?

Vuelve a encogerse de hombros y por un instante mi imaginación me ve saltando la mesa y golpeándolo como un loco.

- No me acuerdo.

Otra vez ese gesto.

- Bien. Bien. Bien. Pues te vas a acordar, Abel.

No rechista. Esta vez no hace ningún gesto.

- Te vas a acordar, porque yo voy a ser tu Caín, ¿vale?

Su mirada quieta me pone de los nervios.

- Vas a hacer lo siguiente –continúo.- Vas a ir a tu casa. Vas a mirar tus papeles de entonces, contratos, facturas, etc. Y luego vas a venir aquí. Mañana, sin falta. Y me vas a decir dónde estabas ese día y qué hacías.
- Si no me acuerdo.
- Pues o te acuerdas o te traigo aquí. Te encierro tres días con tres de mis hombres y ya verás cómo te acuerdas.

Se pone en pie.

- No te he dicho que te levantes.

Se queda quieto como si lo hubiera detenido un interruptor. Al menos,

ha obedecido una vez.

- Mañana. Recuérdalo. Mañana te quiero aquí.

Abel sale del despacho y casi choca con López. Es mucho más bajo, pero robusto. Lo vemos alejarse por el pasillo, a paso rápido.

- ¿Por qué deja que se vaya? Puede preparar una coartada.
- Ojalá prepare una coartada falsa. Ojalá huya. Eso demostraría que es él.
- ¡Tiene que ser él! –dice López.- ¡Tiene que ser él!
- No digas disparates. Qué sabemos nosotros. Mañana vendrá con un contrato de trabajo o una factura y nos dará con ella en las narices. Hace un momento creías que podría ser Amador.
- No tiene coartada, pero es un infeliz.
- A veces los infelices cometen los actos más atroces, López.

- ¿Qué haces aquí? ¿Te ha mandado tu jefe?
- Es mi jefe, no mi dueño –repuso Mike.
- ¿Cómo sabías dónde vivo?
- Es mi trabajo.
- ¿Qué quieres?
- Creí que éramos amigos.
- Nos hemos visto tres veces. Querías comprar mi cortijo. Nada más.
- Cinco veces.
- No las he contado.
- Yo sí.

Luisa finalmente lo dejó pasar. No llevaba más que una camiseta. Mike miró sus piernas desnudas mientras entraba tras ella en el apartamento de una urbanización cercana a las playas de Baria. Una vez en el comedor, Luisa se perdió tras una puerta y enseguida volvió vestida con unas bermudas.

- ¿No tienes calor con esa chaqueta?

Se sentó en el sofá. Había una taza de café vacía frente a ella sobre una mesa de tresillo y un cenicero con tres colillas.

- Es lo que hacen los tuareg y los bereberes en el desierto. Cuanto más calor hace, menos piel dejan a la intemperie.
- No eres un tuareg y no estás en el desierto. Es para tapar la pistola, ¿verdad?
- No. Hay muchos sitios donde llevar un arma. Y no llevo pistola.
- ¿La has dejado para entrar en mi casa?
- Contigo no me hace falta.
- ¡Quién sabe!
- ¿No me invitas a sentarme?

Luisa hizo un gesto y Mike se sentó frente a ella. La miró serio, frío.

- No es el hombre que piensas.

Luisa lo miró con displicencia.

- ¿Te ha enviado para hacerme cambiar de opinión?

A Mike su despreció le dolió como un balazo. Y sabía lo que dolía un balazo.

- No me ha enviado. Ni siquiera sabe que estoy aquí.
- Vaya. El perro ha perdido al amo. ¿O ha mordido al amo?
- Puedes hacerme todo el daño que quieras.
- ¿Puedo matarte?
- Puedes matarme.

Luisa lo miró. Reparó en sus ojos, de un gris turbio. Nunca había visto unos ojos más velados. Le costaba comprender la mirada de Mike. No era una ingenua y sabía perfectamente que le interesaba. Pero no se habían conocido en el momento adecuado. Tal vez en otro momento…

- Si quieres pensar que Alain es un fantasma, allá tú. Sólo he venido para pedirte una cosa.

Luisa elevó la cabeza.

- No vayas.

Luisa se levantó bruscamente y buscó de encima de la barra de la cocina un paquete de cigarrillos.

- No vayas, por favor –suplicó Mike.

Luisa fumó. Por primera vez, observó en ella una duda.

- Tengo que ir –dijo después, apenas un hilo de voz.
- No. No tienes por qué ir. Vende o no el cortijo, lo que quieras. Pero no tienes por qué ir.

- ¿Has visto cómo miraba la fotografía? –preguntó ella.
- No os he perdido de vista ni un segundo.
- La ha reconocido –dijo Luisa.
- No. No la ha reconocido.

Luisa lo miró fijamente. Había furor en la mirada.

- No la ha reconocido porque eres tú.

Luisa corrió hasta un mueble. Buscó su bolso. Volvió junto a él y le tiró la fotografía a la cara.

- Mírala bien.

Mike lo hizo. Enseguida la dejó sobre la mesa.

- No es ella. Eres tú. Te has puesto un vestido de entonces, te has peinado. Te la han hecho tras la tapia trasera del cortijo. La técnica para envejecer la fotografía es vulgar. Eres tú. Te reconocería en cualquier parte.
- Para él no soy yo.

Mike comprendió que no podría evitarlo, que sus ruegos no eran suficiente. Su decisión era inconmovible. Se traicionó a sí mismo al decir:

- Eso es lo peor.
- No tengo miedo.
- No importa si lo tienes. Vas a remover dolor y sangre de hace treinta años. No eras más que una niña, ¡por Dios!
- No tengo miedo –repitió Luisa.
- No sabes cómo va a reaccionar. Le has hecho volver en el tiempo. Está enloquecido.
- ¿No decías que no es él?
- Olvídalo. Sólo quiero evitar que vayas.
- ¡No! ¡Vete!
- Por favor.
- ¡Vete!

La empleada del notario mostraba una expresión ofuscada. Arrugaba una nariz chata y fruncía los labios y las cejas cada vez que Bárcenas

se acercaba y le pedía que pusiera más fuerte el aire acondicionado. Sudaba como un cerdo, pensaba la muchacha, como un auténtico cerdo. Observaba de reojo los movimientos torpes, cortos, saltarines, de un Bárcenas enfundado en unos pantalones de lino que se arrugaban a cada paso dejando ver unos tobillos gordos como vigas y unos calcetines azul eléctrico. La camisa debía haber sido roja y se veía nueva, pero las enormes aureolas de sudor la castigaban bajo las axilas, en el centro de la espalda y bajo las enormes tetas sin gracia del hombre.

La muchacha, que se llamaba Belén, sabía que tenía que aguantar. Su jefe se había frotado las manos durante varias semanas preparando cientos de escrituras. Calculaban que comenzando esta tarde concluirían en una semana. Una escritura tras otra, como churros. Todas organizadas por Bárcenas, quien había pasado casi la mitad de su tiempo de las últimas dos semanas a su lado (y al de otros empleados) en la notaría. Entre ellos, las miradas de hastío y de complicidad entre burlona y cruel eran reiteradas, pero nada podían hacer. Sólo desear que pasara cuanto antes.

Comenzaron a las cuatro de la tarde, y a las seis, a caballo entre los distintos despachos, saltando el señor notario de uno a otro como en el juego de la rayuela, habían firmado casi treinta. Ninguno de ellos podía imaginarse cuánto iba a ingresar la notaría durante esos días.

Quien sí podía imaginar lo que iba a ingresar en comisiones era Bárcenas. Y le hacía sudar más que el calor. Se prometió un viaje a los fiordos noruegos unas semanas después, costase lo que costase, como premio y contrapartida. La cantidad por sus comisiones tenía siete cifras. Siete cifras a ganar en una semana, a liquidar en menos de diez días. Sentía vértigo. Miedo. No le iría a dar ahora un infarto… No podía morirse sin disfrutar esa fortuna. Sólo le amargaba un poco imaginar lo que ganaría Mateo. Él no iba a comisiones. Había comprado casi todos los terrenos (muy pocos se le habían escapado) necesarios para realizar Venecia II y Mateo no cobraba comisiones, sino la diferencia de precio que tenía pactada con el francés. Cuando en unos pocos meses escriturase a la sociedad de Alain todas esas fincas que ahora compraban sus empresas interpuestas, su beneficio

no bajaría de las ocho cifras. Diez veces el suyo, como mínimo.

Bárcenas sintió una comezón en el estómago. Sí, claro que estaba agradecido a Mateo por haber contado con él. Pero también podría haber sido más generoso. Al fin y al cabo, el que había dado la cara, el que había hablado y tratado con los propietarios, el que los había convencido para vender, el que les había hecho firmar los contratos privados que ahora culminaban en las escrituras a favor de las empresas de Mateo, dirigidas por testaferros, había sido él. Él había hecho todo el trabajo y calculaba un beneficio del diez por ciento de lo que se llevaría Mateo.

Pensaba en esto mientras pasaba de un despacho a otro, siguiendo o adelantando al señor notario. ¿Está preparada?, preguntaba al oficial. Daba una palmada en la espalda al vendedor o vendedores y pasaba a otro, eufórico y nervioso como un colegial. Calculaba que para la noche habrían firmado más de sesenta. ¡Sesenta!, en un solo día. Sentía unos deseos irracionales de que pasara el tiempo, de que las obras concluyesen, habían calculado un plazo de tan solo tres años, de ver entonces la culminación de su trabajo y sus nuevos ingresos, porque, ¿quién iba a vender luego las mansiones, los chalés con jardín y piscina, los dúplex, los apartamentos? ¿Y los amarres del puerto deportivo? ¿Y los amarres de cada una de las viviendas? El barco bajo tu ventana. ¿Y los aparcamientos? ¿Y los bajos comerciales para los negocios que se explotarían? Lo que iba a ganar en esta primera fase sería una parte tan sólo de lo que podría ganar en los próximos cuatro, cinco años. Bárcenas se sintió embriagado de éxito y avaricia, como un novio de alcohol y promesa de sexo en el banquete.

- ¿Qué hace usted aquí?
- ¿Puedo pasar?

Francisca lo hizo con desgana, pero dejó pasar el hombre que por desgracia tan bien recordaba.

- ¿Se acuerda de mí?
- Perfectamente. No lo he olvidado un solo día en treinta años. El

hombre que dejó escapar al asesino de mi hija.

- Siento lo que pasó –se disculpó Padilla.
- ¡Que lo siente! ¡Ahora!

Padilla miró a su alrededor. Era una casa pequeña por fuera y lo era también por dentro. Una sucesión de casas menores construidas hacía mucho, de una planta. El cuarto de estar era mínimo, ocupado por una mesa de comedor rodeada de sillas. Una cómoda con un tapete de cadeneta cubriendo la encimera y un espejo. En las paredes, un par de cuadros y algunas fotografías familiares.

- ¿Esa niña es su nieta? –preguntó Padilla acercándose a la pared y señalando la fotografía enmarcada.
- Mi marido y mi nieta, sí –afirmó Francisca.

Padilla buscó otras fotografías, pero la que llamó su atención estaba sobre el televisor. Era más pequeña y hubo de acercarse mucho más. Incluso la cogió entre sus manos, lo que provocó un gruñido de Francisca.

- ¿Es su hija?
- Sí.
- Se parecen muchísimo. Su hija y su nieta, digo

Francisca se la quitó de las manos y la puso otra vez en su sitio.

- ¿Tiene alguna fotografía del marido?

La mujer lo atravesó con los ojos.

- Rompí esta foto por la mitad. Tiré la parte donde estaba él. No lo quería en mi casa.

Francisca le quitó la foto de las manos y la colocó de nuevo sobre la televisión, frente a una mecedora, donde la mujer pasaría horas sentada mirando el aparato. Así se aseguraría de tenerla siempre ante sus ojos.

- ¿No vive aquí su nieta? En el Ayuntamiento consta que éste es su domicilio.
- No. No vive aquí. ¿Para qué la quiere? –preguntó Francisca con hostilidad.
- Sólo quiero saber si ha vendido el cortijo de La Vieja Dama.

La mujer fijó sus ojos en el guardia civil retirado. Había pensado lo mismo que ella. Había temido lo mismo que ella.

- ¿Quién es ese hombre que lo ha comprado? –preguntó angustiada.
- De modo que lo ha vendido, ¿no es cierto?

El gesto de Francisca fue elocuente y Padilla supo que estaba en lo cierto. Si era el hombre que sospechaba, iría a por el cortijo. Intuía que no podía volver tras treinta años y no hacer algo al respecto. Y también intuía que si la chica lo había vendido era por alguna razón. Oscuramente sospechó que lo habría reconocido, como él. Le pareció todo tan claro como una revelación.

- Josefa, la he llamado porque quiero hacerle unas preguntas.

Me angustiaba hablar con esta mujer. Pero era mejor hablar con ella que tenerla como una presencia inquietante frente a mi ventana.

- Dígame –contesta Josefa, al otro lado del teléfono.

Doy la vuelta al sillón y observo el lugar donde ha estado, los soportales del mercado de abastos, hierática y muda como una estatua durante tantos ratos, empujándome a actuar. El lugar está ahora vacío, pero no estoy seguro de que en mi mirada lo esté.

- Tal vez le parezca que repetimos cosas, pero no quiero dejarme nada.
- Dígame –invita la voz de la mujer.

Por teléfono, suena su voz más joven, más vital, tal vez porque está cargada de esperanza.

- Hemos encontrado algunas personas que conocían el lugar apareció la niña.
- Mucha gente trabajó en ese lugar hace años. Mi marido también.
- Y que conocían tanto a ustedes como a la niña, por supuesto.
- ¿Quién?
- Aún no puedo decírselo. Se trata sólo, de momento, de una coincidencia. No hay que tener mucha esperanza.
- Siga –replica firme la mujer.
- Tengo en la comisaría las cosas que se encontraron junto a la

niña. Tal vez le resulte doloroso hablar de ello.

- ¿Quiere que vaya a verlas?
- Tal vez más tarde. De momento basta con que repita qué llevaba la niña esa mañana.
- ¿La ropa?
- No. Lo de la ropa está plenamente confirmado. Dígame qué podía llevar en los bolsillos.

Josefa enmudece largos segundos. Observo la calle, aplastada de luz y calor. Da la sensación de que el asfalto va a derretirse de un momento a otro. La tarde está vacía de gentes. Sólo luz y calor.

- Unos pañuelos de esos de papel –comienza Josefa.- Alomejor, alguna moneda de céntimo para comprarse alguna chuchería. La teníamos mimada. Hummm. Creo que nada más, ¿qué podía llevar una niña tan pequeña? Llevaba otras cosas, pero en la mochila del cole. Cuadernos, lápices, gomas.
- Apareció una goma en sus bolsillos.
- Me lo dijeron –confirma la mujer.
- Josefa. Ese lugar donde usted vive, Las Retamas, es muy pequeño. Supongo que conoce bien a todo el mundo.
- Claro.
- ¿Sabe de alguien que tenga afición a los chicles, o a los caramelos?

Casi puedo oír el cerebro de la mujer, calibrando la respuesta. Por mi parte, sueño con oír un solo mensaje: un vecino, que se llama Abel… Pero tras mi espera, sólo oigo:

- ¿Por qué lo dice?
- Es una tontería. Pero…

Entonces ocultaron la presencia del envoltorio de caramelo, seguramente esperando que fuera la pista que condujera a quien tal vez lo utilizó de cebo para llevarse a la niña del patio del colegio. Pero fue inútil. Tal vez le haga recordar algo a la mujer. Tal vez recuerde a un tal Abel que…

- Josefa, en los bolsillos de la niña apareció un envoltorio de caramelo.

La línea se queda en silencio, y se pierde mi esperanza.

- ¿Me ha oído?
- Sí.
- ¿Le dio usted algún caramelo esa mañana?
- No.
- Tal vez lo llevaría del día anterior -sugiero.
- La ropa que le puse ese día era limpia. Recién lavada y secada y planchada. No llevaba nada de eso en el bolsillo.

Ahora nos callamos los dos.

- ¿Cómo es el plástico del caramelo? –pregunta la voz de Josefa.

Está dentro de una bolsita de recogida de pruebas. Levanto la bolsa y lo observo.

- Papel verde. Pectol. Muy fuerte para una niña, ¿no cree?
- Le gustaban –afirma Josefa, tras un ligero vacío.

Ahora su voz se ha endurecido.

- ¿Los compraba ella?

Josefa vacila.

- Puede.
- ¿Conoce a alguien de Las Retamas aficionado a los caramelos de menta?
- No. Lo siento, comisario. No conozco a nadie –responde Josefa.

Comiéndome mi frustración, intento animarla.

- Si se le ocurre algo más, llámeme –le digo.

Josefa cuelga bruscamente. Llamo a López. No pierdo la esperanza, Josefa no tiene por qué conocer las costumbres de un hombre joven, como Abel, aunque sea su vecino.

- Tienes que comprobar si nuestro amigo Abel es aficionado a los caramelos. Pregúntale a sus amigos. O si los tomaba entonces. Tal vez estaba dejando de fumar.
- ¿Sólo eso?
- Y cualquier cosa que se te ocurra.
- ¿Cree que vendrá mañana?
- Ojalá no lo hiciera.

El hombre que entra en mi despacho un rato después no es el mismo que conocí ayer. Ahora camina lentamente, dolorido. Se sienta frente a mí y puedo observar en su semblante que se ha apagado su expresión y que siente dolor, o miedo. Me han anunciado su visita y he retirado las cosas de la niña.

- ¿Le ha ocurrido algo?
- Han intentado matarme –sentencia Padilla.
- ¿Cómo?
- He salido de una casa, en el barrio de San Miguel. Iba a cruzar la calle para coger mi coche. Ni siquiera he mirado, con el sol que hacía. Y han querido atropellarme.
- ¿Seguro que no ha sido un accidente?
- Si lo hubiera sido, se hubiera parado a ver qué me había pasado.
- No crea, hay gente para todo. Ocurre incluso en accidentes involuntarios. La gente se marcha del lugar para no tener complicaciones.
- No. He sido guardia civil treinta y tantos años. Lo huelo. Ha hecho una maniobra para llegar hasta mí.
- ¿Ha ido al médico?
- No. Me he escapado por poco.
- Pero está herido.
- Ha sido la caída. Nada más.
- Y el susto.

Padilla me mira con ojos aguardentosos. Mientras habla conmigo, lleva lentamente su mano al costado y al muslo. Una caída a su edad no es la mejor medicina.

- Es él – confirma, corajudo.
- ¿Cuál de los dos? –a medida que habla recuerdo la historia que me contó.
- No sé cuál. Pero es el asesino.
- ¿Cómo está tan seguro?
- Lo he visto. He estado con él.

Me cuenta la historia del seguimiento ante su casa y cómo lo asustaron los perros. Luego, que lo ha seguido hasta el restaurante.

Que estaba con la chica, que se ha acercado y ha hablado con él.

- Tiene que ser él. Si le tomamos las huellas, podemos averiguarlo.
- ¿Bajo qué excusa?
- Sospechoso de asesinato.

Como le estoy cogiendo afición a los asesinatos sin esclarecer, lo pienso demasiado tiempo. Tanto que le doy ánimos sin quererlo.

- No se nos puede escapar otra vez –afirma, corajudo.
- ¿Se lo ha dicho a la guardia civil? ¿Y a la policía judicial?
- Ni puto caso –hace un ademán despectivo con la mano.- Es peor que te conozcan, así no creen en ti –se queja.
- Si le coge las huellas, tal vez podamos comprobarlo sin decirlo a nadie –sugiero.

Se le iluminan los ojos. Se queda pensativo un rato. Se mueve en la silla y no se queja, como si hubiera desaparecido su dolor.

- Esta tarde me han dicho que yo lo dejé escapar –suelta amargamente.
- A todo policía se le ha escapado un asesino – lo consuelo.

Se apoya con las dos manos en mi mesa y se levanta, con cierta dificultad.

- Le traeré esas huellas.

- Ha venido un hombre y me ha hecho preguntas.
- ¿Qué hombre? ¿Qué quería?
- Saber si habías vendido La Vieja Dama.

Luisa se quedó paralizada y miró a su abuela.

- ¿Qué le has dicho?
- No lo sé, niña. No me lo has querido decir.
- Pero bien que has ido a la inmobiliaria a preguntar.
- ¿Te lo ha dicho ese sinvergüenza?

Luisa entró en el dormitorio de su abuela. Qué error haber dejado esas cosas allí. Tendría que habérselas llevado a su apartamento. Pero entonces tal vez hubieran perdido el halo que las rodeaban, fuera de

su ámbito de muebles antiguos, de armarios con olor a madera vieja. Pero de todos modos hubiera venido. Hubiera venido a despedirse de su abuela, tan querida. Quién sabe lo que pasaría después. Quién sabe lo que sería de ella mañana, incluso esta noche.

La abuela la persiguió. Luisa se mostraba tensa, nerviosa, irritada por la persistencia de la anciana tras sus pasos.

- ¿Qué haces? ¿Qué buscas? –preguntó Francisca, cada vez más inquieta.

La nieta no respondió. Abrió el armario del que fue dormitorio de los abuelos. El que ya nadie usaba porque Francisca, cuando murió su marido, se mudó a uno más pequeño, más cálido en invierno, más fresco en verano, ausente de recuerdos, al fondo de la casa.

Luisa sacó del armario un vestido envuelto en plástico.

- ¡Ay! –gritó la abuela en cuanto lo vió.

Luisa lo extendió sobre la cama. De un manotazo se quitó el vestido y se quedó en ropa interior. Se desordenó el pelo. Ante los ojos asombrados y aterrados de Francisca, la nieta se puso el que fue de su madre, el que tantos años hacía estaba guardado en el armario, protegido por un plástico transparente, como el recuerdo cruel y entero del cuerpo de la hija. El vestido cayó desde su cabeza con suavidades de tela antigua, con cadencias que remarcaban los contornos del cuerpo que cubrían tras tantos años, hasta pegarse a la piel ceñido y ajustado como si fuera propio.

- ¡Ay, hija mía!- sollozó su abuela, que creyó ver en su pecho aún la marca del disparo que luego reparó con amor de madre que llora la muerte de su hija. Como si coser el vestido repeliera las postas que habían atravesado la carne. La abuela no sabía que la nieta se lo probaba todos los años, cada quince de julio, como una rememoración o un ritual de dolor, una reencarnación de la madre que nunca debió morir.

Francisca se sentó en una silla junto a la puerta, la mano en la boca sofocada de emociones.

- ¡Es él! ¡Es él! ¡Ha vuelto!

Luisa se quitó el vestido con el que había parecido a los ojos de su abuela el fantasma de la hija y lo guardó en un bolso de viaje que bajó

del armario. Luego se vistió de nuevo y buscó en una puerta lateral del armario. La abuela lanzó un chillido cuando vio la funda de cuero de la escopeta. La misma escopeta.

- ¿Qué vas a hacer niña? No te voy a dejar salir. No te voy a dejar salir de aquí.

Francisca se levantó, decidida, temerosa de lo que pudiera hacer su nieta, de lo que pudiera ocurrirle. No lo soportaría otra vez. ¡Otra vez no!

Luisa guardó la escopeta en el bolso y la miró, serena, intentando infundirle esa decisión, ese aplomo que ella había ganado en la hora suprema en que las pesadillas y los deseos más oscuros de toda una vida iban a culminar.

Esperó que la abuela callase.

- Siéntate.

La abuela obedeció, los ojos llenos de lágrimas.

- He vendido el cortijo. Mañana te voy a ingresar todo el dinero.

La abuela abrió la boca e intentó levantarse, pero la nieta la detuvo con un gesto.

- Me lo guardarás.
- ¿Qué vas a hacer?
- Me voy a ir. Como tú querías.

- ¿Pero qué vas a hacer esta noche?
- Sólo voy a cenar con un hombre. Me llevo mis cosas. Todo lo demás lo dejo aquí.
- Ha vuelto, ¿verdad? Es él.
- No sé de qué me hablas.
- He oído hablar de él. Dicen que salió en la tele. Que lo ha comprado todo. Que va a hacer… Pero no le hubieras vendido el cortijo si no fuera él.
- No es nadie. Voy a cenar con un empleado de la empresa que ha comprado la finca. Eso es todo. He cambiado de opinión.
- ¿Y por qué te llevas eso?
- Quiero guardarlo en mi casa. Es mío.
- ¡Pero la escopeta! ¡El vestido!
- Sólo son recuerdos.
- Me estás mintiendo y tengo que creérmelo todo.
- Las cosas son como son, abuela.

Luisa abrazó a su abuela. Mucho rato. La besó.

- Estaré esperando –dijo Francisca.
- Y yo volveré pronto.

Luisa cogió la bolsa de viaje y salió de la casa de su abuela con los ojos arrasados de lágrimas, escondiendo el rostro en la despedida.

El plató de Tele-Mediterráneo Indalo había sido iluminado como nunca. Un nuevo decorado: la impresionante maqueta de Venecia II, tras el moderador y los participantes. Infografías de diversos ángulos, incluso cenitales, de todo el megacomplejo *Venecia II: La Ciudad del Ocio para toda Europa, abierta al Mundo*.

Requena se había puesto su mejor traje y estrenaba corbata azul en la cual destacaban dibujitos de barcos surcando aguas tranquilas. Atildado, como recién salido de la peluquería, movía los labios con cuidado de no estropear el maquillaje.

Dieron las nueve y a una orden del realizador, Requena saludó a esa multitudinaria audiencia que esta noche estaría sin duda pegada a la

pantalla. El debate local más importante de las últimas décadas, había dicho la publicidad. Juan Requena saludó a la audiencia y presentó el tema de debate, la idoneidad de construir un proyecto de la envergadura de Venecia II, los ingresos y puestos de trabajo que aseguraba a la comarca de Baria, atávicamente atrasada, y que la pondría a la altura, en unos pocos años, de Marbella y de Puerto Banús. Por el contrario, hay que dar audiencia a quienes consideran que el proyecto es antiecológico, que podría provocar un grave daño medioambiental y destrozar todas las riquezas arqueológicas de la zona, atentar contra nuestra historia.

A su derecha, el periodista presentó a don Silvio Arnaldo, catedrático de Urbanismo en la Universidad de Granada y experto en impacto medio ambiental.

A su izquierda, Ramiro Pinilla y Greta van Hart, abanderados de la Plataforma Baria-ecológica, que ha sido la más hostil al proyecto desde que fue anunciado y la más involucrada en los movimientos antisistema comarcales.

Greta carraspeó intentando llamar la atención del periodista, pero éste permaneció inalterable.

- Hemos conocido, los tenemos aquí –dijo a la cámara señalando unos documentos que había sobre la mesa de cristal tras la cual se parapetaba el presentador-, los respectivos informes periciales de ambas partes.
- Bien –comenzó el catedrático, a quien aún no le había concedido la palabra. No obstante, Requena lo dejó continuar. – No son sólo los informes elaborados a instancia de los promotores del proyecto. También son positivos los informes de la Consejería de Medio Ambiente, de Obras Públicas y de Vivienda.
- Claro, claro –admitió el moderador.- Es obvio, de lo contrario, no se habrían concedido los oportunos permisos.
- Claro –apostilló con una sonrisa beatífica el catedrático, de actitud condescendiente, barbita pulcra y calva reluciente.
- Pero también existen informes contradictorios –continuó Requena, mirando a su izquierda, donde Greta y Ramiro esperaban su turno con cierta expresión de angustia.

Alian y Mike llevaban media hora en silencio, viendo el debate televisado sin hacer ni un solo comentario.

- En conclusión –rebatía el doctor Arnaldo en la pantalla.- No hay el menor daño medio ambiental. Todo se ha estudiado hasta la saciedad. Hasta siete estudios realizados desde perspectivas diferentes se han presentado a la consideración de las autoridades y han obtenido el beneplácito y todos los permisos necesarios, sin una sola pega. Además, es falso se que vayan a profanar, aunque esta palabra sea algo inapropiada –sonrió-, ruinas arqueológicas. Los trazados de las vías de agua, de las calles, de las urbanizaciones, han sido estudiadas a fondo para asegurar que no hay ni un solo resto arqueológico que pueda sufrir daño. Es más, existe el compromiso de, si se encontrase alguno, respetarlo íntegramente, por lo que no se ha excluido la posibilidad de cambios sobrevenidos en el proyecto. Finalmente, no hay que caer en el fascismo ecológico, en el ecofascismo. No es conveniente minimizar la importancia que un proyecto de esta naturaleza tendrá en el plano económico y social en esta ciudad. Será una nueva ciudad. Cambiará como cambió Marbella, de un pueblecito pasó a ser lo que es hoy tras la construcción de Puerto Banús, o como cambió Barcelona al construir la Diagonal, por poner dos ejemplos conocidos. Urbanísticamente es un proyecto que hará girar la cabeza del mundo hacia esta ciudad. Y económicamente supondrá, sin duda alguna, convertir este pequeño y maravilloso rincón de Andalucía en una tierra de promisión.

Requena le agradeció su intervención y concedió la palabra a Ramiro Pinilla.

Ramiro vaciló, carraspeó. Luego elevó la cabeza y miró al periodista.

- Lo último que querríamos ser es ecofascistas, como ha dicho el profesor Arnaldo. Cualquier relación de esa palabra con nuestro movimiento no puede ser otra cosa que una evidente desinformación. Los informes que ha presentado la Plataforma

Baria-Ecológica son tan válidos como los de los promotores del proyecto. No pretendemos decir que dichos informes sean falsos o se basen en falsedades. Sólo que no han tenido en cuenta diversos aspectos de la cuestión. En primer lugar, ya existen yacimientos arqueológicos que se verán afectados por las vías de agua.

Una protesta del catedrático lo obligó a rectificar.

- Cierto que no les afecta directamente, pero sí al entorno de dichos yacimientos –rectificó Ramiro Pinilla.

El catedrático abrió las manos y sonrió negando con la cabeza.

- No se está ganando el dinero que le has dado –comentó Alain.

Mike continuó impertérrito, mirando la pantalla. Verdaderamente, aquel espectáculo ya no le importaba nada.

- Quiero decir que, aunque hay convocadas manifestaciones de protesta, convocaremos una asamblea para estudiar los informes que ha presentado hoy la promotora y entonces tomar una decisión con conocimiento de causa –continuó Ramiro Pinilla.
- Pero los movimientos continuarán hasta detener este desastre –terció Greta con su deje holandés, más acusado cuando quería hablar rápido y se atropellaba.
- Como dice mi compañera –continuó Ramiro Pinilla.- Los movimientos continúan activos, pero es evidente que todos nuestros compañeros querrán conocer estos informes y estudiarlos a fondo para tomar las decisiones adecuadas. No podemos despreciar los aspectos analizados en los informes presentados de ninguna manera. De modo que será nuestra próxima acción: una asamblea donde analizar todos los extremos sometidos a discusión.
- Bien –concluyó el moderador, dando por concluido el debate y mirando a los telespectadores.- Han visto ustedes este ágil diálogo entre las encontradas posturas de los promotores del proyecto Venecia II por una parte y los opositores al mismo por otra. Espero que ahora continúen ustedes debatiendo en sus casas. Aunque la decisión ya ha sido tomada por las autoridades y las obras comenzarán en breve, presumo que nos quedan aún unos meses de agitada controversia y de polémica. No querría, por último, despedirme sin realizar una apostilla. Las expectativas de este

proyecto son de tal magnitud, supondrá un cambio tan radical en las vidas de los ciudadanos de Baria que probablemente, de llevarse a cabo en su integridad, dentro de unos años todos, rodeados de una prosperidad inimaginable, podremos presumir de haber visto una obra histórica, como lo fue la Gran Vía de Madrid, por ejemplo. Además, siempre con el máximo respeto al medio ambiente, pero es cierto que no podemos dar la espalda al progreso, que no tenemos fuerza moral para frenar el desarrollo de nuestros vecinos. El periodismo es informar y eso hemos hecho. Pero también es opinar. Y quien suscribe, además de periodista, es vecino de Baria. Les deseo buenas noches.

- El periodista sí se ha ganado el sueldo –apostilló Alain, apagando el televisor.

Era la primera vez que sonreía en toda la tarde, desde que el maldito viejo le estropeara la comida con Luisa. Luego, los ratos pasados en presencia de Mike habían sido irritantes para Alain. Irritantes sus silencios, su distancia, la lejanía que había impuesto entre ambos, limitándose a cumplir estrictamente las últimas órdenes. A partir de mañana, Mike sería despedido. El trabajo estaba hecho y con Mateo controlando la ciudad, lo que restaba era coser y cantar.

- Sin embargo, el otro no. No se ha ganado ni un euro -reprochó.
- Está desactivando desde dentro. Es lo que tenía que hacer –repuso Mike.
- Si tú lo dices.

Alain se levantó. Mike lo observaba: excitado, nervioso, alternando risas inoportunas, como hacía un instante, con espesos silencios en los que se iba junto al ventanal a mirar el mar. Echaba ojeadas a su reloj cada cinco minutos, maldiciendo porque el tiempo no avanzaba lo suficientemente deprisa.

- Es hora de prepararme –dijo Alain.
- Espera.

Alain salía de la habitación y se volvió.

- No vayas –pidió Mike.

Los dos hombres se miraron a los ojos, enfrentados. Su actitud era agresiva.

- ¿Me lo vas a impedir? –preguntó Alain con ironía.
- No debes ir. Te dije que estás jugando con fuego.
- ¿Temes que me queme? ¿O que se queme ella?

Mike no respondió.

- No sé si te habías dado cuenta, pero estás despedido. Cuando vuelva no quiero verte aquí.
- No estaré. Pero no debes ir esta noche.
- Por ella iría aunque fuera al mismísimo infierno.

Alain se acercó a Mike.

- ¿No comprendes que no voy a renunciar a ella aunque sea lo último que haga?
- Le harás daño.
- No le haré daño.
- Entonces te lo harás a ti mismo.
- Estoy más vivo desde que la vi ayer que en todos los malditos treinta años que han pasado desde entonces.
- También los moribundos sufren un simulacro de vida antes del final.
- ¿Me estás amenazando?
- No vayas.
- Ni se te ocurra impedírmelo.

Alain supo que no había mirado así a otro hombre desde hacía justo treinta años. Pero la mirada de Mike era fría, lejana, como si mirara más allá de sus ojos.

Las máquinas habían permanecido agazapadas, como gigantescas fieras silenciosas, a varios kilómetros de la playa de Baria. Había órdenes que impedían filtrar la operación. Apenas unos camioneros con góndolas, unos jefes de obras, unos ingenieros. Mike y Alain conocían la ubicación de las máquinas y el momento de inicio de las obras. Mateo también, por supuesto. Y el alcalde que tan ufano había estampado la firma más cara que jamás hubiera podido imaginar. Habían estado de acuerdo en renunciar al acto protocolario de poner

la primera piedra para evitar protestas y alborotos. Comenzar por sorpresa era lo mejor. Así lo había pensado Alain, y así se había decidido.

Los maquinistas estaban preparados en un hotel. Sin saber cuándo iban a ser llamados. Al igual que los operarios, que se encontraban en otro hotel. Cuanto menos relación hubiera entre ellos antes del comienzo, mucho mejor. Se evitaban habladurías y rumores.

El silencio era la consigna y la sorpresa la intención.

Cuando cayó la noche, las góndolas iniciaron la marcha, escoltadas por la Policía Municipal. Las carreteras que circunvalan la ciudad solían ser un atasco permanente, colmadas de veraneantes que desbordaban las infraestructuras como hormigas un azucarero, por eso se había elegido un itinerario alternativo por carreteras secundarias. En éstas, era imprescindible la presencia policial para contener el tráfico, de modo que cortaron dichas carreteras en el otro extremo y las góndolas, a lomos de las cuales iban bulldozzers, retroexcavadoras, orugas, palas, martillos de compresión, iniciaron su procesión como bestiales divisiones acorazadas.

Furgonetas y microbuses recogieron a los ingenieros, técnicos y maquinistas de su hotel y a los operarios y camioneros del suyo. Todo perfectamente sincronizado.

En menos de dos horas todos estaban en sus puestos. El ingeniero jefe esperó que todos ocupasen sus posiciones como un árbitro que da comienzo al partido. Dispuso los enormes focos y a un disparo de bengala, las máquinas comenzaron a excavar, las palas a recoger toneladas de tierra y los camiones a acercar sus tolvas y remolques para recogerlas.

Pronto, el paraje de Las Tres Cruces, a apenas un tiro de piedra de las playas de Baria, no sería sino un montón de tierra horadada como tras una batalla de minas y bombas.

Alain había olvidado en treinta años de exilio la costumbre española de la cena tan tardía. Pero eso no alivió su espera. Había cerrado al

público el restaurante Rincón del Puerto, de Garrucha. Sólo Luisa y él cenarían esa noche. Salía a la terraza, a pesar del calor, a acelerar los minutos observando los barcos alineados ante los muelles, a echar miradas sin poder evitar una turbia ansiedad hacia la explanada contigua, a la que a cada momento llegaban y de la que partían coches. Miraba a su chófer, sentado en el Lexus, que se apeaba un momento, echaba un vistazo y luego negaba con la cabeza. Marcó el número de Luisa varias veces, pero ella no respondió. Si faltaba a su cita…

Alain pensó algunos disparates. La secuestraría si no venía. La necesitaba. Aunque fuera lo último que hiciera en la vida, como había prometido a Mike, esa mujer sería suya. Treinta años acordándose, treinta años torturándose. Y ahora la había encontrado. No la dejaría escapar. Le ofrecería el mundo entero. Le bajaría la mismísima luna. Pero, ¿y si ella se negaba? ¿Y si a pesar de todo…? No importaba hacer lo que tuviera que hacer. No sería su primer delito, ni el último que cometería. Apenas le quedaban unos días en esta maldita tierra, y ella se iría con él de una forma u otra.

Alain entró en el restaurante. La noche ardiente y la ansiedad le hacían transpirar. Le vino el recuerdo de aquella noche de hacía treinta años. Tal día como hoy, se dijo. Evocó la lucha tras la muerte de Luisa, los cuerpos empapados de sudor y terror. Luego, el ardiente horno donde introdujo a su primo para quemarle las manos y la cara. No sabrían a quién buscar. La jugada le había salido bien. ¿Quién dijo que él era un paleto? No, era un hombre listo. Un fugitivo que se había convertido en un hombre nuevo en un país nuevo. Que había trabajado como un esclavo y luego se había hecho rico, asquerosamente rico. Todo lo que ella habría podido tener. Lo que ella, ahora, tendrá, a través de esa alma gemela que es su hija.

Alain evitó los ojos del maitre y de los camareros. Todos pendientes de su excelso cliente, del hombre que había sacado la chequera para cerrar una noche de temporada alta el restaurante. Sólo para su invitada. Sin preguntar el precio. Extendió el cheque. Seguro que le hacían una copia, lo enmarcaban y lo colocaban en la pared, entre los ojos de buey que miran al puerto.

El chófer tocó con los nudillos en las cristaleras del restaurante. Alain acudió y pudo ver un taxi. De él se apeaba Luisa. El chófer se alejó hasta el coche, esperando órdenes, pero Alain ni lo miró. Abrió la puerta y salió a esperarla. La luisa que se alejaba del taxi y se acercaba al restaurante era una sombra elegante cuyo vestido de noche anulaba cualquier atisbo de realidad a su paso. Atraía la mirada del hombre, incapaz de recoger ninguna otra información que no fuera la del cuerpo de paso lento y aristocrático. Alain bajó las escaleras hasta la calle. Su chófer desapareció discretamente, camino del barco cuyos motores tendría a punto para la madrugada, según sus planes.
Alain tendió la mano y Luisa la aceptó sin mirarlo siquiera. Recogió su vestido para subir el par de escalones y entró en el restaurante como una reina. Su señor la acompañó hasta la mesa, que había ordenado disponer a un lado del salón, cerca de los ventanales que les permitieran ver la noche y los barcos perezosamente mecidos en las aguas oleaginosas y espesas del puerto.
El corazón de Alain dio un vuelco. El escote abisal, la espalda ausente del vestido, dejaban entrever la carne de la mujer con una precisión que ni la desnudez más evidente podía certificar. Apartó la silla y la invitó a sentarse. Su espalda se clavó en su retina con la impresión ardiente de una marca de ganado. Él estaba marcado, como Caín. Y llevaría su marca con furor y pasión a todos los rincones de este maldito mundo.

- Has tardado mucho –dijo Alain, evitando cualquier tono de reproche, con una sonrisa de seductor en los labios y en los ojos que ella desdeñó.
- Debía preparar demasiadas cosas. Mañana me voy.

Alain dejó suspendida la mano que recogía la servilleta para disponerla en el lugar adecuado.

- ¿Te vas?

Luisa asintió. Por primera vez lo miró a los ojos. La mirada con la que se encontró Alain era fría y distante, pero no podía ocultar un fuego íntimo, un interés recóndito que la había llevado a decírselo.

- Me voy para siempre –dijo ella.

- ¿Dónde?

Alain hizo un gesto al maitre, que se quedó petrificado unos metros más allá, con una botella de champán en las manos.

- No lo sé –dijo con gesto desdeñoso Luisa, como si no le importara.- Aún.
- Puedo llevarte donde tú quieras –dijo Alain.
- Iré sola, creo –comentó ella con expresión irónica.
- No lo digo gratuitamente. Te llevaré dónde quieras ir. No me importa.

Los ojos de Luisa brillaron en una sonrisa abierta y franca. Alain se quedó desarmado frente a esos ojos, esa frente, esa boca tan conocidas. Y luego alarmado, temblando como un adolescente, cuando reconoció esos pendientes, esa gargantilla. Plata vieja labrada. ¿Cuánto le habían costado? Varios cientos de pesetas de los de entonces, todo lo que había ganado sufriendo como un negro en los duros trabajos del campo, trapicheando con esparto, parte comprado, parte robado. Y además un préstamo que hubo de pedir para regalar esas joyas a la mujer que no lo dejaba pensar en otra cosa, que le tenía sorbido el seso como no ha podido haber otro hombre en la historia, porque si todos los hombres se hubieran enamorado como él, la Humanidad no hubiera podido avanzar, se hubiera detenido en amor, sexo y luchas. No, nadie se había enamorado como él.

Debió mirar absorto los pendientes y la gargantilla demasiado tiempo, porque Luisa observaba su boca abierta de estupor.

- ¿Te gustan? Me los he puesto para ti –dijo insinuante.
- No te puedes imaginar cómo me gustan –dijo sombríamente Alain.

El maitre se acercó tímidamente otra vez. Esta vez Alain lo invitó a servirlos.

- Champán francés –anunció el maitre.
- Es mío. De mis bodegas –comentó Alain.- Espero que te guste.

El maitre sirvió las copas y se alejó prudentemente.

- Por nosotros –elevó su copa Alain.
- Por los muertos –elevó su copa Luisa.

Alain acusó el brindis como si de pronto Luisa hubiera sacado una

navaja de su bolso. Torció el gesto.

- Los muertos, muertos están –sentenció Alain.
- Pero nos llaman. ¿Tú no los oyes?

Un estremecimiento y un escalofrío sacudió al poderoso Alain, quien se había creído siempre endurecido frente a todo aquello. Sólo el deseo de venganza, una venganza no física ni personalizada, sino la venganza de quien quiere espetar su éxito, su lucha contra las adversidades frente a los mezquinos maledicentes que se habían quedado allí, comentando, murmurando, imaginando lo que no sabían. Él se había convertido en asesino obligado por las circunstancias. Y había salido de su tierra como un animal herido y humillado, la vergüenza de los suyos. Por ello, siempre había imaginado una vuelta como la que protagonizaba ahora. La vuelta de Caín que ya no vaga por las tierras ajenas al Paraíso como alma en pena, que ya no ha de regar la tierra con su sudor, sino que basta una palabra suya para ser servido. Había vuelto con otra personalidad, para disfrutar esa humillación de la tierra que lo expulsó, envilecida ahora por el maná que él traía, postrada ante el poder de su dinero. Por eso él no oía a los muertos. Él sólo oía a los vivos. No quería saber nada de los muertos. Sólo una muerta llamaba a su memoria todos los días durante treinta años y ahora la veía frente a sí, insospechadamente recuperada, como un sueño convertido en realidad, como un milagro.

- Los vivos han de vivir lo que los muertos no pudieron. Es nuestra obligación como especie. Y es el respeto que les debemos: vivir lo que ellos dejaron a medias – refutó Alain.

Poco a poco, las gentes fueron agolpándose alrededor de Las Tres Cruces. Precisamente habían comenzado por el lugar más controvertido, donde se aseguraba por los expertos que los yacimientos arqueológicos aún no habían sido descubiertos en su totalidad, donde todos esperaban que en el peor de los casos, se hubiera autorizado comenzar las excavaciones arqueológicas con el

cuidado de quien cura una herida, para salvaguardar todo el patrimonio histórico y cultural que permanecía enterrado desde milenios en estas tierras antiguas y desangradas.

Acudieron primero los vecinos. Luego, éstos alertaron a sus conocidos, a los miembros de la Plataforma, a Greta, que llegó recién despierta, sin peinar y escandalizada. Alguien sugirió llamar a Ramiro Pinilla, pero alguien menos ingenuo comentó que era mejor dejarlo, que estaría estudiando los informes de la promotora.

Protestaron, gritaron, incluso arrojaron piedras. Pero eran quijotes contra los gigantes de hierro, contra la indiferencia de los maquinistas y de los operarios. Sus gritos eran enterrados en paladas de toneladas de tierra, en gritos y pitidos constantes de los monstruos que horadaban la tierra de sus antepasados con sus gruesas pinzas de hierro y acero y profanaban la noche con sus reflectores. Algún otro ingenuo quiso llamar a la policía. Bastó mencionarla para que apareciera. Pero lejos de lo esperado, formaron un cinturón alrededor de los congregados y les ordenaron disolverse. La Policía Municipal, al fin, actuaba con la diligencia que se le exigía. Sólo que en la dirección que indicaban sus superiores, indiferentes al clamor popular.

Greta, como una mártir, el gesto de la Libertad guiando al pueblo, aunque los pechos escondidos bajo una camiseta, sólo los densos y sugerentes movimientos incitando a algunos operarios que miraban con más magnanimidad y curiosidad que otra cosa, intentó salvar la barrera de leales servidores de los poderosos públicos. Su intentó quedó en un abrazo de policía que se resistía unos minutos después a desasir a la valerosa luchadora, ya que la impronta que dejaba el agitado pecho de Greta era memorable y algo inimaginable para el gentil policía un rato antes, cuando resoplaba mirando el gentío y temiendo lo peor.

Llamaron los esforzados agentes a la Guardia Civil, que se aprestó con diligencia a acudir en su ayuda. Al rato, unos pocos coches verdes y blancos se detuvieron a lo lejos y, sin prisa ni pausa, los agentes acudieron a preguntar qué ocurría. Llamaron también a la Policía Nacional, pero alguien comentó que el comisario había desestimado enviar efectivos. Incluso alguno observó que el comisario había

gritado, pudiendo oírse a través del teléfono:
- ¿A nosotros que nos importa? Que se jodan.

La noche es mala consejera. Lo sé desde hace demasiado tiempo. Demasiadas noches solitarias. Demasiado miedo a la oscuridad. Demasiadas esperas. No, no era conveniente pensar demasiado. Ni siquiera en un trabajo como el mío. Si piensas, estás acabado o estás calculando cómo conseguir un ascenso. No estoy seguro de qué es más mezquino.
Por eso, arrastrando la noche para no irme al hotel, donde solo me espera una conversación forzada con Manolo y con otros como Manolo, hasta el culo de día y aguantando a los clientes porque es su trabajo y hay que ser amables, me pierdo en los anhelos y las frustraciones, y concluyo que es peor que tomarse los tres gintonic de rigor que necesito para dormir hasta que salga el sol, el maldito sol calcinante de esta tierra amarilla.
Veo las cosas de la niña asesinada esparcidas en la sala donde hemos dejado todas las pruebas a la vista, a ver si alguna nos ilumina. De ninguna de ellas soy capaz de extraer siquiera una mínima sospecha. Mi imaginación no da para más. Mi intuición, tampoco. Una parte de mí quiere creer que Amador cometió un error. A veces, esos infelices destruidos por la droga o el alcohol cometen actos terribles. Otra parte de mí lo juzga imposible. Una parte de mí quiere pensar que el pedazo de carne que he tenido esta arte ante mis ojos, Abel, es un asesino de niñas. Otra parte de mí piensa que no, que no voy a tener la suerte de encontrar al asesino cuando no pudieron los mejores policías. Abel ni siquiera era citado por ellos como sospechoso. Quiero tener la esperanza de que mañana no aparezca, de que haya huido, pero no tendremos tanta suerte.
Me desaliento mientras pienso que soy un policía de tareas sin acabar, de acciones a medias, de fracasos completos. No encontraré al asesino de la niña, del mismo modo que no acabé mi último trabajo en el Norte, cuando ya todo estaba preparado para meterle el marrón hasta

el fondo a aquel cabrón: Habíamos vigilado sus movimientos. Habíamos estudiado los lugares a donde acudía con precisión de reloj suizo. Habíamos previsto sus itinerarios, sus encuentros. Y habíamos preparado un buen alijo para introducirlo en su coche en el mismo momento en que su itinerario coincidiese con una redada o un control de la policía autonómica. Yo mismo había puesto el paquete bajo el motor, en un lugar donde no se estropearía la farlopa y donde los perros acudirían golosos y saltones como si se tratara de un hueso fresco. Y cuando estaba todo preparado, otra llamada, la misma voz, que lo dejes, que lo quites, es una orden.

El cabrón iba a ser apresado como traficante, como camello, como vulgar chorizo, y un político cambia de opinión y echa para atrás semanas de trabajo, un éxito seguro. Íbamos a desacreditar a uno de los suyos. Sabíamos que se financiaban así, pero íbamos a por éste en concreto. Íbamos a poner el ventilador y rociar mierda entre los que habitualmente te la tiraban a la cara. Y ahora nos decían que no. Los maldije y la quité, un segundo antes de que el cabrón volviera para coger su coche. Nos vimos a unos veinte metros. Nos miramos. ¿Para qué iba a disimular ya? Le apunté con el dedo y luego lo soplé. Sonreí. Al menos, me merecía esa satisfacción: ver su cara, acojonado el tío.

Me fui para casa. Para la casa vacía que mi mujer abandonó cuando ya todo el mundo sabía a qué se dedicaba su marido, que no era representante de productos farmacéuticos, ni comercial. Era un policía. Pienso ahora llamarla y un cansancio triste impide que marque las teclas de su número. ¿Qué me dirá si apenas puede decirse nada a sí misma? Recuerdo la última vez. Silencio al otro lado mientras intento explicarle que ahora estoy en un sitio muy diferente, en un lugar con mucho sol y donde no tengo que disimular lo que soy, donde puedo salir a la calle sin mirar mi espalda a cada momento y donde no tengo que mirar los bajos de mi coche cada vez que voy a tomar un café. Silencio al otro lado cuando le cuento que hace calor, que apenas llueve, que esta tierra no es verde, ni gris, que es amarilla, como las arenas de una playa. Silencio cuando le digo que quiero que venga conmigo, que aquí será diferente. Silencio.

Tras ser abortada la operación, llamé luego a mi antiguo jefe, ese

hombre sereno que tiene la mala costumbre de acertar cuando se trata de los cabrones. El que me agradece injustamente que le haya salvado la vida varias veces, cuando ni siquiera yo estoy seguro. Me dijo que me fuera, que ese lugar ya no era para mí, que los que pensaban como yo habían terminado su tarea, que me buscaría algo para compensarme, que aún le quedaban amigos.

- Se acercan tiempos de ignominia–dijo.

Ahora veo los periódicos y lo entiendo.

Apago el enésimo cigarrillo y compruebo que no tengo nada más que hacer aquí, que seguramente no es mala idea darle la tabarra a Manolo y tomarme mis tres gintonic para irme a la cama calentito como un niño tras su biberón.

Apago la luz. La oscuridad se traga las cosas de la niña como el pozo se tragó su cuerpo. Huyo escaleras arriba, alejándome de los fantasmas que me gritan que soy un fracaso.

Alain caminó solo hasta el barco. Echó de malos modos al chófer que había preparado los motores y se dispuso a navegar. Luisa no había querido subir con él. Se había empeñado el volver a su coche, a su casa, un momento, para cambiarse, dijo. Él no tenía esperanzas de que volviera. Su conversación había sido alentadora y desalentadora. Una frase le incitaba, otra lo rechazaba. Ella sabía quién era él. Él sabía que ella lo sabía. No tenían nada que ocultarse. Pero tal vez ella tuviera razón: mantener la incertidumbre, el misterio. No podía decir: soy fulano, maté aquella noche a… El misterio, el trauma de aquella niña se había convertido en el vínculo que ahora los unía. Alain temía deshacerlo, romperlo brutalmente y que ella huyera. Por eso, por primera vez en treinta años se plegaba a los deseos de una mujer. Pero no de una mujer, de aquella mujer, porque esa niña había crecido queriendo ser su madre, queriendo vivir la vida de su madre. Ella había comprendido que sólo el amor enloquecido de dos hombres había provocado su muerte. ¿Qué mujer puede presumir de haber sido amada como lo fue Luisa?

Enfiló la bocana del puerto. Ella le había dicho que en media hora estaría en el extremo del muelle. Desde allí embarcaría. Pero Alain no vislumbraba, a pesar de la luna, el perfil de su cuerpo. Nadie lo esperaba al final del muelle. Puso rumbo lentamente, queriendo congelar el tiempo de la insoportable espera, detener el tiempo hasta que llegara, tardarse media hora o treinta años.
Sí, fue un crimen brutal. Pero tan brutal como fue el amor que sentía. Él no quería. Él sólo quería hacerla feliz. Maldita sea la mentalidad triste y mezquina de esta tierra. Maldita sea esta tierra a la que voy a pegar fuego esta noche, juró entre dientes Alain.
Pero no podía retener su mente en las obras que comenzaban no lejos de allí. Sobre las aguas oscuras y quietas surgía constante el recuerdo de Luisa. El cuerpo idéntico, la distancia infinita que parecía imponer y que luego salvaba con un parpadeo que te apretaba el corazón para luego soltarlo de golpe, el dolor que grita en el corazón implosionado y la sangre que brota turbia y enloquecida, arrasando lo que encuentra a su paso.
Lentamente, tan lentamente como era posible mover el barco sin que se quedara colgado de la noche en la calma chicha de las aguas sucias y gordas del puerto, Alain se acercó al muelle. Cuando volvió a mirar, la vio allí. Le dolió el pecho. Pero no era más que la pasión. La pasión que recordaba viva y cruel, la pasión que había sentido por la madre. Alain vio la figura recortada como una sombra contra el fondo azul oscuro de la noche. Era ella, sin duda, que había cumplido su promesa. Ahora vestía un pantalón y una blusa y esperaba fumando un cigarrillo que arrojó al agua cuando el barco se acercó tanto al muelle que chocó contra los neumáticos. Luisa llevaba una bolsa de viaje en su mano. Él quiso que se la entregara, pero ella se negó y saltó al barco con su equipaje de la mano. Alain la ayudó a incorporarse innecesariamente. No era más que una excusa para tocarla: la cintura con una mano, el brazo con la otra. Luisa rehuyó el contacto y se alejó unos pasos. Dejó la bolsa junto a la entrada de la cabina de mando y se volvió hacia Alain.

- Llévame al fondo del mar –ordenó.

Era un bonito barco. Un yate no demasiado ostentoso, de doce metros

de eslora. Alain era un marinero experimentado y había querido un barco que pudiera manejar un hombre solo. A veces había soñado con perderse en el mar y nunca más volver. Le gustaba navegar solo. En el fondo, él lo sabía, había sido un solitario durante los últimos treinta años de su vida.

No podía llamarse de otra manera. El barco que compró para atracar en el puerto de Garrucha, a los ojos de todos: *Luisa* lo había bautizado.

- ¿Te gusta el nombre de mi barco? –preguntó mientras enfilaba la proa en dirección a la luna que se reflejaba en el mar, irisada en espejos rotos, cambiantes, dichosos de devolverle la mirada.

Luisa, de pie en la proa, fumaba mirando el horizonte. Alain la observaba de espaldas. Era algo más madura de lo que había sido la madre cuando fue suya. Pero era tan parecida que se trataba de una evolución de la misma carne, de los mismos volúmenes, de los mismos ojos, de la misma indescriptible indolencia animal en los movimientos que lo habían vuelto loco de deseo.

Un rato después, Alain paró los motores y salió de la cabina de mando.

- El cheque a nombre de tu abuela, como tú querías –le entregó.

Luisa lo guardó en su bolsa. Miró la luna, el mar que se perdía en la noche, el cielo sin estrellas, azulado, más oscuro, color casi de ceniza, en el horizonte.

- ¿Por qué has vuelto? –preguntó Luisa, sin mirarlo.
- ¿Has visto la costa desde aquí? –respondió él.- No es más que un resplandor. Sabes que está ahí, pero no la ves.

Luisa volvió la cabeza. No se veía tierra. Sólo un resplandor naranja sobre el horizonte de agua.

- Nunca te has ido del todo, ¿verdad?

Alain comprendió que no podía eludir sus palabras.

- Eras como el resplandor de la costa. Siempre estabas ahí. Cada día –continuó ella.

Permanecieron en silencio un rato.

- ¿Por qué has esperado? No debió marcarte a ti. Deberías ser libre. Deja enterrados a los muertos –rogó Alain, quien sorprendió lágrimas en los ojos de Luisa.

Se acercó, pero ella lo rechazó con un gesto violento. Después, cuando se tragó las lágrimas, el resentimiento de treinta años, las imágenes que volvían a ella tras tanto tiempo, pero tan vivas como si hubieran ocurrido ayer, dijo:

- Sírveme una copa, por favor.

Alain entró a la cabina y salió con una botella de champán y dos copas en una bandeja.

- Esta vez no permitiré que brindes por los muertos. Brindaremos por los vivos.

Luisa bebió en silencio.

- ¿Cómo me has reconocido? –preguntó Alain.

Luisa se encogió de hombros.

- Sabía que ocurriría.
- ¿Por qué?

Luisa se encogió de hombros.

- Siempre lo he sabido. Alguna clase de fé. Una fe oscura.

- ¿Y si no hubiera vuelto?

Luisa apuró su copa y pidió más. Alain le sirvió.

- Espérame abajo – ordenó ella.

Bebió él de su copa, miró el mar, le tembló casi imperceptiblemente la barbilla, sintió un calor súbito y extraño en las piernas y las manos. Sonrió finalmente para sí, preguntándose por qué él, que tantas mujeres había poseído, estaba ahora nervioso como un chaval.

- Esperaba algo más romántico –comentó.
- Es demasiado tarde para eso –dijo Luisa.- Treinta años tarde…

Alain bajó a los camarotes. Quedó Luisa a solas con el mar, con la noche, con la copa mediada de champán que apuró bruscamente, como un pirata.

Dejó pasar los minutos, mojando su bello rostro de lágrimas. Luego, recogió la bolsa y se desnudó a la luz de la luna.

Bajó los estrechos escalones de madera. Sus tacones resonaron en el silencio salpicado del chapoteo perezoso del agua. Aún se detuvo unos larguísimos instantes ante la puerta entreabierta del dormitorio. La luz estaba apagada. Empujó la puerta y vio la sombra de Alain, apoyada la espalda desnuda en la pared, esperándola. La bolsa de viaje en su

mano. La dejó caer a los pies de la cama. Sólo la claridad de la noche penetraba por los ojos de buey y envolvía la escena de una penumbra cálida y azul. Se acercó a él dando la vuelta a la cama. El rostro de Alain se contrajo en una mueca de estupor. La Luisa que entraba no era la hija, sino la madre que tanto había amado, idéntica, el vestido de aquella noche que quedó destrozado por el disparo. Aquel peinado. Alain contuvo el aliento. Era la misma mujer de entonces, bañada de luz de luna, un perfil inconfundible e imposible que brotaba doloroso de la memoria. Alain se incorporó, alargando sus brazos, que tanto deseaban abrazarla, en muda súplica. Luisa se acercó. Se detuvo unos segundos, comprobando el efecto, el ardor que se manifestaba en sus gestos, en la tensión de sus miembros. Luisa dejó caer el vestido a sus pies. Quedó desnuda ante él, vestida sólo de luz de luna.

- ¡Eres tú! –susurró Alain.

Se sentó en la cama, a su lado. Sintió sus brazos, sus manos, y el contacto le produjo un temblor helado en la piel.

- ¡Treinta años! ¡Treinta años! –susurraba Alain, quien no besaba sino mordía la carne, hombros, brazos, cuello, queriendo sorberla violentamente.-He soñado contigo tantas veces. Todos los días. Pero no podía recordarte tal y como eres. Nunca tanto…
- ¿Me deseas? –preguntó una Luisa estremecida por el contacto.
- Eres lo que más deseo en el mundo.
- ¿Quieres hacer el amor conmigo?
- No me bastarán todos los días de mi vida –rugió él entre dientes.

Luisa lo tocó. Tocó el cuerpo del hombre al que había esperado desde entonces. ¿Por qué?, había preguntado él. Ella no tenía respuesta. Sólo supo desde que era una niña y recordaba todos los días a la madre muerta y las piernas del hombre saliendo del horno, el olor de la sangre de ella, el olor a carne quemada de él, que nunca se iría de allí mientras soñara una posibilidad de que el asesino volviera. Y estaba segura, sin saber tampoco por qué, de que volvería. El contacto de sus manos, el cuerpo helado. Ella acarició la piel, como debió hacer su madre hacía tantos años. ¿Qué había sentido ella por esa piel? ¿Habría sentido la misma pasión que ella sentía ahora, el mismo dolor que

calcina el corazón, a su pesar?

- ¡Todo es igual que entonces! ¡Dios mío! –exclamó Alain.

Luisa soltó su abrazo bruscamente y se alejó unos pasos mirándolo en la penumbra. Se miraban, pero no se veían los ojos. Eran sombras en la noche azulada.

- ¿Qué haces? Vuelve –rogó Alain.

Luisa se agachó y cuando volvió a erguirse, un clack de escopeta montada sorprendió a Alain.

- ¿Qué…? –exclamó él.
- Ahora sé que no eres mi padre. Has querido acostarte conmigo –chilló Luisa, histérica.

Alain miró la sombra que le apuntaba con la escopeta, mudo. De pronto, su sueño, sus deseos, cobraban el viejo calor asfixiante, el olor a paja dulce, a cebada, a tierra quemada por el sol que desprende calor nocturno como brasas cubiertas de ceniza, a animales en el corral, a gritos, a disparo, a sangre, a carne quemada del hombre en el horno del viejo cortijo.

- Es mayor mi deseo que mi temor –dijo después, fríamente, recobrado de la sorpresa.

Luisa elevó el arma a la altura de su pecho.

- Es la misma escopeta. Un tiempo después la Guardia Civil se la devolvió a mi abuelo. La guardó muy bien. Dijo que te mataría con ella. Él sabía que volverías – soltó Luisa con violencia.
- ¿Aún no has disparado?

Alain se levantó de la cama. Ella pudo oír el sonido de su risa. Alain desafió los ojos negros de la escopeta, tan cerca de su pecho. Era imposible errar el disparo. Alain sintió una violenta subida de calor por todo su cuerpo y recuperó en un instante el furor asesino de aquella noche.

- ¿Cómo sabes que no soy tu padre? –espetó.

Luisa se mordió los labios. Dio un paso atrás.

- ¿Porque he querido hacer el amor contigo crees que no soy tu padre? ¿Sabes lo que eres para mí? ¡Eres ella!
- ¡Calla!
- No eres la hija de nadie. Sólo eres la reencarnación de tu

madre. Durante años te he odiado. Eras la culpable de todo. Si nos hubiéramos ido. Pero ella no quería apartar a su niñita de sus padres. Si no te parecieras tanto a ella no te hubiera mirado más de un segundo. Tú no eres nadie.

Alain avanzó un paso. Ahora la escopeta, vacilante en los brazos de una sollozante Luisa, acariciaba su costado.

- ¡Eres un monstruo!
- No. Sólo era un hombre enamorado. Para mí no eres más que esa maldita mujer que no me he podido quitar jamás de la cabeza. He tenido cientos de mujeres en estos treinta años y siempre eran la misma mujer. ¡Qué importa de quién seas hija! Sólo importa que eres ella.
- No te acerques o disparo –amenazó Luisa, la boca anegada de lágrimas y saliva.
- Hazlo. Sólo entonces dejaré de desearte. Te deseo tanto que me duele.- Alain avanzó hacia ella, los cañones de la escopeta apretaban su vientre.- No voy a dejarte escapar una segunda vez. Lástima que seas tan parecida, porque no tienes más opción que disparar o dejarte amar por mí.

Permanecieron así un instante. Finalmente, Luisa lanzó un grito y dejó caer la escopeta. Ella, llorando, se volvió hacia la pared. Alain la abrazó y luego la llevó hasta la cama, la tendió en ella y la acarició mientras sosegaba sus lágrimas. Había recobrado el furor asesino y también el deseo, una culminación que antes era anhelo y ahora dolía como una herida en el pecho.

- ¡No lo hagas! –dijo una voz negra tras él.

VIERNES, 16 DE JULIO DE 2004

- ¿Quién eres, cabrón? –repitió Padilla a la oreja del muerto.

- No insistas, no va a contestar –dijo Braulio lanzando un mordaz suspiro.
- Ni todo su dinero ha podido detener el disparo –comentó Padilla.
- No sabía que el dinero fuera antibalas –se hizo el sueco el forense.
- Ya me entiendes.

El forense sajó un trozo de cerebro y lo introdujo en una bolsita.

- Tenía buenos sesos el tío –dijo.
- Pues ahora no parece que le sirvan de mucho –comentó Padilla, picado.
- ¿Por qué te molesta?
- Por nada.

Padilla miraba el cuerpo, pero sus conocimientos de medicina forense cabían en un dedal.

- ¿Qué conclusiones sacas de todo esto? –preguntó.

El forense lo miró de arriba abajo, como si hubiera dicho una estupidez.

- ¿Tú qué crees?
- ¿Ha muerto del disparo?
- Hombre. Con un tiro en plena cara, ya me dirás.
- Podían haberlo ahogado antes. O estrangulado. Yo qué sé.
- Pues no. Un tiro y ya está.
- ¿Cuánto tiempo ha estado en el agua? No lo veo muy hinchado.
- Unas cuatro o cinco horas, calculo.
- Es imposible obtener las huellas con las manos en este estado, ¿verdad?

Padilla había intentando encontrar la manera de recoger algún objeto con sus huellas, como había sugerido el comisario. Pensaba seguirlo de nuevo y, cuando acudiera a algún restaurante, robar la copa o algo así. Ya era imposible. Anoche no pudo seguirlo. El dolor de la caída había ido a más y estuvo casi inmovilizado. De no ser por una tableta de nolotil no podría haberse levantado de la cama esta mañana.

- Ya me dirás cómo –confirmó Braulio.

Padilla daba vueltas alrededor del cadáver. Lo miraba fascinado, pero

no encontraba respuestas a las preguntas que se agolpaban en su cerebro. ¿Quién lo había matado? El que lo había hecho había restablecido sin duda una forma de justicia. Pero, ¿quién? ¿Por qué? Había muerto de la misma manera que había matado. Salvo que ahora había sido arrojado al mar en lugar de quemado en un horno.

Se detuvo de pronto. El forense lo observaba.

- A ti te pasa algo con este tío -afirmó.
- Me recordaba a alguien. Esto es todo –esquivó Padilla la cuestión.

Entonces se le ocurrió:

- ¿Sabes si se acostó con alguien antes de morir?
- Mira que eres cotilla. Y yo qué sé…
- ¡Joder!
- No. No creo que se acostara con nadie.

Padilla tuvo una idea y miró a su alrededor.

- ¿Qué buscas?
- ¿Y su ropa?
- No llevaba ropa.
- Así que le dispararon y lo echaron al agua desnudo –comentó Padilla.
- Eso parece.
- O estaba desnudo en el barco.
- ¡Eres un lince!
- Si estaba desnudo es por algo. Habría una mujer.
- O un tío.
- Éste no.

Padilla se alejó del cadáver.

- Cuidado. Me vas a tirar su cerebro – exclamó el forense, alertado por la proximidad de Padilla a la mesa donde había depositado la víscera.
- ¡Qué asco!
- Yo creo que tendríamos que aprovecharlo.
- ¿Cómo?
- Podíamos ponérselo al alcalde. Nadie notará la diferencia – aventuró Braulio.

- El alcalde tampoco – replicó Padilla.

Luisa no respondía a sus llamadas. Cuando por fin la encontró, salía de una oficina bancaria. Suponía que habría ido a ingresar el dinero para su abuela. Luisa no hubiera dejado de velar por la anciana hasta el último momento. Y tanto si cumplía su promesa de irse lejos como si era detenida, lo único que la preocuparía sería el bienestar de la vieja. Mike vio cómo dos miembros de la Policía Judicial se acercaban a Luisa y hablaban con ella. Luego, ella los acompañó calle abajo.

Así lo había previsto y le había dado las instrucciones precisas la noche anterior, cuando tras arrojar el cadáver de Alain al agua, ella se había cubierto con una manta, llorando y ocultando su cara durante un buen rato, mientras él se ocupaba de los detalles: quemaba las huellas de Alain con la llama de un soplete, lanzaba al agua los guantes de goma que había usado al disparar, sus ropas manchadas de sangre y la escopeta, se lavaba, cuidaba de que ella se alejase del dormitorio y se guareciese en la cabina de mando. No puso lastre al cuerpo de Alain, dejaría que el destino jugase a su antojo. Del mismo modo que le había disparado en la cara. Una cínica y traviesa simetría al cabo de treinta años.

Lo había decidido mientras esperaba, oculto en el barco. Sabría que vendrían. Alain lo tenía así dispuesto. Y estaba seguro de que ella aceptaría. Claro que aceptaría. Eso quería: quedarse a solas con él. Alain había vuelto a vengarse. Y ella había esperado su regreso mientras urdía su venganza. Jamás pudo imaginar Alain que aquella niña que se quedó sola fuera un ángel cruel. Había imaginado muchos peligros: viejos amigos que lo reconocieran; tal vez la guardia civil. Pero jamás una niña de cuatro años.

Oculto en la oscuridad, Mike había pasado los peores momentos de su vida. Y había pasado algunos terribles, otros crueles. Pero oír a la mujer que amas cómo entra en el dormitorio de otro hombre; aferrarse a la voluntad de no dejarse ver ni hacer nada si ella consentía; arder por dentro esperando que ella finalmente no quisiera

amarlo, que Alain la forzara para entonces salir de la oscuridad como el asesino en que se había convertido y recordarle que había jugado con fuego, que se había quemado.

Alain había asesinado por amor y había muerto por amor. La misma pasión. Para él, la misma mujer. Su destino había cerrado un círculo que a Mike le produjo cierta envidia. Al menos, Alain había alcanzado un grado excelso y terrible de pasión dos veces en su vida, en tanto que él veía cómo Luisa se le escapaba de entre los dedos, como agua. Porque, al tiempo que trabajaba fríamente en el barco, disponiéndolo todo, sentía que ella estaba tan distante como siempre, tan lejos de él como la luna que lo iluminaba, inasible y bella.

Sólo cuando volvían en el barco, lentamente, Luisa se había dirigido a él, pero no para agradecerle que hubiera culminado la venganza que ella no había sabido ultimar, sino para preguntarle casi agónicamente:

- ¿Quién era?

Mike se aferraba al timón de la embarcación, embargado de dolor y rabia. Todo había acabado y ella continuaba obsesionada por saber quién era el hombre al que acababa de matar.

- ¿Qué importa? –replicó Mike.

Pero sabía que sí importaba. Que para aquella niña que fue, para la mujer atormentada en que se había convertido, saber si era o no su padre era tan importante como el oxígeno. Mike había oído su conversación. Sabía que no era un impedimento para Alain, para el hombre sin escrúpulos que había prosperado en Francia trabajando como un animal pero también a la sombra de la mafia; para el hombre que era capaz de gastarse millones de euros en humillar a una tierra entera de la que huyó como un apestado treinta años atrás.

- Necesito saber quién era –dijo Luisa haciendo pucheros, indefensa ahora como la niña que fue entonces.
- No lo necesitas –insistió Mike.- Lo único que necesitas es saber lo que has de hacer mañana para que no te imputen el crimen.

Mike detuvo el barco un rato y le estuvo explicando: no había subido al barco, se habían despedido tras la cena, ella no aceptó su invitación. Se fue a casa y estuvo toda la noche con su abuela, en casa de ésta, preparando el equipaje para el viaje que tenía previsto.

Se lo hizo repetir varias veces, hasta que la mirada casi ausente de Luisa fue capaz de comprender totalmente las mentiras y repetirlas mecánica y correctamente. La abuela le proporcionaría una sólida coartada. Mike estaba seguro de que jamás nadie podría hacerla rectificar.

Una vez avistada la costa, Mike botó una lancha de plástico y se alejaron del barco, que quedó al pairo de las olas.

Cuando esa mañana se cruzó con los policías judiciales, entre los cuales caminaba Luisa, ésta no le miró. Mike sintió crujir su pecho como si lo hubiera atravesado una cuchillada.

- ¿Qué hace éste aquí? –se preguntó, extrañado de su presencia, Padilla.

El padre Pedro entró en las dependencias de la Policía Judicial mirando a un lado y a otro. Se acercó el guardia de puertas y le preguntó lo mismo.

- Tengo que hacer unas cosas –esquivó el sacerdote.
- Si le puedo ayudar –se ofreció el guardia.
- No se preocupe, ya me apañaré –dijo el cura, para quitarse al agente de encima.

El padre Pedro miró a su alrededor, desorientado, mientras el guardia de puertas, con pereza animal, volvía a su puesto, como diciendo: Ahí te apañes.

Padilla había vuelto a las oficinas de la Judicial, a oler un poco más. Quería enterarse, necesitaba enterarse: ¿quién había hecho Justicia? ¿Por qué?

Pero lo que observaba tras estar más de una hora deambulando por allí, dando conversación a unos y a otros, no era mucho.

Los que sabían de verdad no soltaban prenda, y Padilla tenía que enterarse a retazos por los guardias más viejos que estuvieron a sus órdenes, no hacía tantos años. Afortunadamente, tenían el instinto de viejos guardias y de comadres dicharacheras tan agudizado que lo que no cogían al vuelo lo intuían.

Así, Padilla sabía ya que había sido interrogada la guapa hija de la mujer asesinada treinta años antes. Y también la abuela, la madre de la muerta. Al parecer, la chica estuvo cenando también con el francés anoche. Igual que al mediodía. Algo así se olía Padilla. Había surgido una relación entre ambos. Y esa relación obedecía a lo ocurrido treinta años antes. Su olfato no le engañó.

Le confirmaron que la chica había vuelto a casa de su abuela tras la cena con el tío rico. Y que éste se había ido a navegar, no se sabía si solo o acompañado. La abuela había confirmado la coartada de la nieta. Y la prueba de la parafina que le habían hecho a la nieta había dado negativo: ella no había disparado.

Entonces, ¿quién?

A Padilla se lo llevaban los demonios. La incertidumbre ahora era peor que la de entonces. Había convivido con aquellos interrogantes y con su fracaso treinta años. Repetir la experiencia lo enfurecía.

Vio al cura saliendo de un despacho y abriendo la puerta de otro, perdido y solo, y no pudo contenerse más: ¡El cura! ¡Aquí y ahora! ¡Hoy! No podía ser casualidad.

- Padre, ¿qué hace usted aquí?

- ¿Qué sabes del crimen de anoche? –preguntó el cura, por lo bajo, con expresión de vieja de lengua larga.

Padilla se preguntó por qué el cura se interesaba por todo aquello.

Se lo llevó con él a una dependencia vacía. Hizo un gesto a un antiguo compañero y cerró la puerta.

- ¿Por qué le interesa todo esto, padre?

El sacerdote no era un hombre acostumbrado a mentir. Miró para todas partes mientras se aclaraba la garganta, como un chorizo al que cogen la primera vez.

Una luz se iluminó en el cogote de Padilla:

- Usted sabía quién era –acusó, sentándose frente al cura, como un policía en un interrogatorio.

Alarmado, el sacerdote lo miró casi con miedo.

- Padre, no me toque los cojones. Ese hombre está muerto. ¿Lo reconoció?

El padre Pedro miró al suelo.

- No es un secreto de confesión –reflexionó en voz alta.

Padilla sentía un hormigueo en el estómago. Si no hubiera estado jubilado, si no fuera un cura lo que tenía enfrente, ya estaría agarrado de las solapas y estrellado contra la pared. Se mordió los labios y se pasó la lengua después, suspirando, mientras insistía:

- Padre. Dígame lo que sepa y no sea secreto de confesión.

El padre vacilaba.

- Era el hombre de hace treinta años. El del crimen del cortijo de La Vieja Dama, ¿verdad? –lo animó Padilla, seguro ahora de la respuesta.

Asintió el cura, cerrando los ojos, dolorido.

- ¿Cómo lo sabía? –preguntó Padilla, que sentía el vértigo de la revelación a un paso.

El padre Pedro cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, suspiró.

- ¿Lo ha reconocido? –se adelantó Padilla, que ya no podía más.

Asintió con la cabeza varias veces. Padilla se lo quedó mirando. Intuyó que había más.

- Lo vio entonces, ¿verdad? –preguntó arrastrando las palabras.

El cura cerró los ojos. Era una confirmación.

- ¿Lo ayudó usted a escapar?

Padilla cerró los puños. Sentía un impulso casi irrefrenable de atizarle. Aunque, al mismo tiempo, sintió también cierto alivio. Si había tenido ayuda, tal vez él pudiera mitigar su torpeza.

- ¿Quién era? –gritó.- ¿Cuál de los dos era?

El cura negó con la cabeza.

- ¿Cómo que no lo sabe? –Padilla no pudo más y le sacudió un manotazo en el hombro.

El cura, por fin, abrió los ojos, casi espantado. Padilla tragó saliva. Se miraron. El guardia retirado con furor, el otro con dolorido asentimiento.

- No lo sé.
- ¿Cómo que no lo sabe? –gritó.

Padilla se levantó al gritar, con tal ira que la silla en la que estaba sentado cayó hacia atrás con estrépito. Miró la puerta, pero nadie abrió. Volvió su atención otra vez sobre el sacerdote.

- Venga, dígame –dijo con rabia, amortiguando la voz entre los dientes.

El cura se justificó: si no le hubiera ayudado a escapar hubiera sido condenado a muerte, dijo.

- En esos años no se condenaba ya a muerte por delitos comunes –replicó Padilla.- Si era el marido, la pena hubiera sido mínima y si era el amante, sólo hubiera ido a la cárcel –explicó, furibundo.

El sacerdote lo miró de una manera que Padilla comprendió:

- Lo engañó. Como a un niño. Es usted un idiota.

El sacerdote asintió.

Luego le contó que no lo había visto. Se había presentado de noche en la casa parroquial. Le había sorprendido en la cama. Le habló en la oscuridad. Le explicó que necesitaba dinero para escapar, que había sido todo contra su voluntad, que su primo había matado a la mujer y él se había defendido. Había sido en defensa propia, dijo llorando. No llegó a verle la cara. Se negó. Le dijo que estaba herido. Que lo escondiera unas horas, le diera algo de dinero y una sotana. Con eso le bastaría. Se escondió en un rincón oscuro del altillo de la sacristía. Él le entregó el dinero del cepillo, pensando que hacía un acto sagrado al salvar a un hombre de una muerte que creyó segura. Luego le dió una sotana y una copia borrosa de los documentos de un seminarista que había estado meses antes en la parroquia. Dijo que buscaría más dinero y salió de la iglesia. Cuando volvió, el hombre había huido en su bicicleta. Y nunca supo más de él. Hasta ahora, cuando había vuelto y se había presentado en la iglesia.

Durante treinta años el episodio lo había atormentado. ¿Había hecho bien?, le había preguntado al Cristo crucificado del altar tantas veces…

Padilla preguntó si había algo más. El cura confesó que cada 15 de julio, puntualmente, había ido recibiendo cantidades cada vez más importantes de dinero que había empleado en la parroquia, en ayudar a familias en apuros, a inmigrantes, a quienes lo necesitaban.

- ¿Cree que hice bien?
- ¿A qué ha venido aquí?
- Ha muerto un hombre. Tal vez por mi culpa. Quiero confesar

mi error.

- Váyase de una vez –dijo Padilla, y lo empujó hasta la calle, hasta que vio al anciano, embutido en la amplia sotana que cubría el magro cuerpo, perderse entre la luz inconcebible del día, calle abajo.

Padilla reflexionaba sobre los secretos de treinta años que descubría casi de causalidad. Ahora comprendía tantas cosas. Ahora sabía cómo pudo escapar. Que no era el único que había intuido su regreso. Pero continuaba mordiéndole el corazón la misma duda: ¿quién era? ¿Por qué aquel hombre había jugado con su identidad y la del muerto durante treinta años? Entendía que lo hubiera hecho al principio, tal vez pretendía que no persiguiesen al hombre correcto, lo que le otorgaba una ventaja, pero después… El muerto tenía las ropas y los documentos de Juan. Pero, ¿era éste? ¿O era Diego y Juan lo había quemado para hacer creer que era él?

Padilla sintió ganas de golpear la cara de ingenuo del sacerdote, que le contaba todo aquello y no le revelaba la duda que lo corroía como un puñetero ácido.

- Alain ha muerto –sentenció Mike.

Hacía mucho, exactamente desde la segunda visita que hizo al ayuntamiento, que Mike no esperaba en ninguna antesala. Mateo no imaginaba un desenlace tan inoportuno y trágico. Durante mucho tiempo había temido la vuelta de Alain, el posible reconocimiento de alguien con memoria, pero sabía que eso se tapaba, con dinero, o de otra manera. Que surgiera un sargento Padilla sacudiendo sus fracasos era previsible, como había ocurrido. Y cuando había recibido la orden de pararle los pies, ya se encargó él de que le dieran un buen susto. Pero esto…

- Esta vez no va a volver –dijo Mike, sentado frente a él.

A Mike no se le escapaba que Mateo siempre había dispuesto su mesa bajo la ventana, de modo que no se podía escrutar debidamente su expresión. Había construido una red de intereses, que manejaba a su

antojo, y que era insalvable para todos. Los ciudadanos nada podían hacer. Los políticos de un signo le temían y se nutrían de sus artimañas; los del signo contrario alguna vez habían gobernado y sabían que Mateo tenía buena memoria para los secretos de entonces, al tiempo que soñaban con ser los nuevos destinatarios de su arte para hacer brotar el dinero de cada piedra, de cada metro cuadrado, de cada bolsa de basura, que se movían en la ciudad, a base de recalificaciones, de permisos dudosos, de concesiones millonarias.

Mike observaba el perfil de su cabeza, ensombrecido por la luz inaudita que filtraba la ventana, a pesar de las cortinas, descorridas a medias. Evocó la muerte de Alain y ahora, que se sentía sereno, tranquilo, liberado incluso, por su desaparición, sintió que el hombre que tenía enfrente era, en realidad, muy pequeño, muy poca cosa. Como un insecto pegajoso que vive mucho tiempo agarrado a la piel de la bestia. Pero la bestia ha muerto. Y el insecto tendrá que buscar otra carne sucia donde hincar sus garras, aunque tal vez, en este caso, la muerte de la bestia lo arrastre con él. Tal vez haya otros insectos, que se creían ya hinchados de por vida con la sangre de la bestia y que ahora quieran comer la poca sangre que quede en la vieja garrapata.

- Es una contrariedad, desde luego, -continuó Mateo. Se quitó las gafas y las limpió con un clínex.- Pero nada ha de cambiar, todo seguirá adelante. Además, ya no tenemos el problema de que alguien pueda reconocerlo. Ha muerto antes de…
- ¿Todo seguirá igual? –ironizó Mike.
- ¿Por qué no? Todo está a nombre de una sociedad anónima. Continuarán sus órganos tomando las decisiones que sean necesarias. Aquí lo tenemos todo controlado. Sólo falta que tú contactes con ellos y les digas…
- No lo haré.

Mateo se puso las gafas como si de pronto tuviera que mirar algo urgentemente. Observó la cara de Mike, impasible.

- ¿Por qué no?
- No hay sociedad.
- ¿Cómo que no hay? Yo he visto…

- Todo es papel. Papel barato. Nada más.
- Pero está registrada…
- ¿Y…?
- Y en Francia… su sociedad…
- Alain tenía cientos de sociedades.

Mateo se pasó el clínex por la frente. El turbión del aire acondicionado a toda su potencia marcaba los silencios. La temperatura del despacho era fría, desangelada.

- Pero… Pero…

Mike pensó que probablemente desde que iba a párvulos, Mateo no había comenzado una frase sin saber cómo terminarla.

- Venecia II era una ilusión.
- Tonterías. Están trabajando ahora mismo. ¿No has visto las noticias?
- Por poco tiempo.
- ¿Pero qué estás diciendo?
- Venecia II era una ilusión –repitió Mike, con una sonrisa en los labios.

Mateo compuso una expresión fiera. Fijó los huesos de la cara y miró a Mike como el verdugo que se toma la justicia por su mano, fría y ansiada.

- Alain quería haceros creer, a todos, que podíais ser algo. Para luego haceros caer, que supiérais que no érais, ¿cómo decía?, sino paletos de una tierra seca y dura que no vale para nada. Decía que sólo era buena para lagartos y esparto. Una tierra de miseria.
- ¡Estás loco!
- No. Vosotros estábais locos. Os habéis creído que Alain quería volver como un salvador a la tierra de la que huyó envilecido por un crimen que no premeditó. En cambio, sólo quería volver para demostraros que era mejor que vosotros, que sólo sois unos pobres, ¿cómo decía?, de espíritu, incapaces de hacer nada por vosotros mismos.
- ¿Y todo el dinero que ha gastado?
- ¡Bah! Unos pocos millones bien empleados en una venganza bien urdida, como decía él, sonriendo, con una copa de coñac

español en la mano. Gastó mucho más en sus bodegas de Francia sólo para presumir.

- ¡No puede ser!
- Lo es. No hay dinero. No habrá Venecia II.
- Imposible. Continuaremos… -la voz de Mateo se quebró.
- Todo era un teatro. Una magnífica y genial obra de teatro. Alain había leído mucho. Si te nombro a Dürremat no te dice nada, ¿verdad? Pues era su libro de cabecera. Ideó volver como la Vieja Dama. ¡Qué coincidencia! Una obra de teatro con el mismo título que el nombre del lugar de sus pesadillas. Cuando vio el libro no pudo resistir la tentación. Lo compró y lo leyó muchas veces, muchas. Entonces ideó su vuelta a Baria. Él era el autor de la obra. Yo sólo era su director. Todos vosotros érais actores y figurantes. No te quejes, has sido el actor principal. Te has metido mucho en tu papel, Mateo –dijo Mike, sonriendo.

Ambos sabían lo que eso significaba. Mateo había implicado una fortuna en comprar las tierras que después fueron recalificadas en un tiempo record, para enriquecerse brutalmente. Ahora, el dinero empleado valía lo mismo que la tierra adquirida. Nada.

Mike sonrió.

- La tierra amarilla. Sí. Así la llamaba.

Caminó hasta la puerta. La voz de Mateo lo llamó.

- ¿Quién era? –preguntó con furia, mordiendo las palabras, los dientes apretados.- ¿Cuál de los dos?

Mike soltó una carcajada desde la puerta.

- Jefe, el Abel no ha venido.
- Tranquilo. Le di todo el día.

López mira el reloj. El suyo primero y el que hay sobre la mesa de despacho después. Como si no creyera la hora que ve.

- ¿Cree que vendrá?

Dejo lo que estoy leyendo, porque aunque no lo reconozca, sólo lo miraba, sin entender nada, porque no hago más que pensar en el

dichoso Abel y en Josefa.

- Si te digo la verdad, por un lado, deseo que venga. Que aclare las cosas y que podamos comprobar que no fue él. Por otro, no puedo evitar desear que lo sea.
- Sería un éxito.
- No es por eso, López. Nadie sabe que estamos investigando. Nadie espera nada de nosotros. Me sentiría satisfecho, sobre todo, por esa mujer, dura y herida de muerte a un tiempo, que sólo vive para saber quién, por qué. ¿Cómo se puede vivir así, con esa carga?
- Seguramente no se puede.
- Pero ella se levanta, se lava, se viste, come, sale a la calle, hace una vida.
- Eso no es vida, comisario.

López tiene razón. También yo conozco a personas que hacen eso y no viven, sólo transitan, vegetan, pero apenas sienten ya. Al menos, Josefa siente un odio que sirve para mantenerte vivo aunque no sea más que para una cosa. Si el objeto de ese odio aparece y ella puede descargarlo, morirá como una rueda que se detiene y cae. Sí, te mantiene vivo, pero no es vida.

- ¿Sabe que ha muerto el ricacho francés?
- Lo he oído.
- ¿No vino a verlo el sargento Padilla por él?
- ¿Es que me espías?

López muda de color y de expresión tres veces en menos de un segundo. Se levanta de la silla que ocupa frente a mí espantado, como si acabara de ponérseme rostro de monstruo. Aunque no falta mucho.

- No. ¿Cómo puede pensar eso?
- Yo no pienso, López.
- Crucé unas palabras con él en el vestíbulo.
- ¿Se lo iba diciendo a todo el mundo?
- Yo no soy todo el mundo –replica ofendido López.- Somos amigos. Y hemos trabajado juntos muchas veces. Tenía al gabacho entre ceja y ceja.

Me quedo mirando a López. Sabe de la misa la mitad y le pica la curiosidad. ¿Por qué no?

- Creyó reconocer en el francés a un tío que se le escapó hace treinta años, después de matar a una mujer y a otro hombre.
- ¡Cóño! El crimen del cortijo de La Vieja Dama.
- Sí. Algo así.

López sopla. Luego silba.

- ¿El francés?
- Eso dice él.
- ¿Y usted lo cree?
- Yo no creo nada, López.
- ¿Le trajo alguna prueba?
- No. Le dije que cogiera algo de lo que pudiéramos sacar sus huellas, pero creo que ya no hace falta.
- ¡Hostias! Por eso…

Miro a López, que piensa y repiensa.

- Por eso han comentado que el cadáver no tenía huellas. Para que nadie lo sepa.

Me explica que ha oído comentar a unos picoletos que la autopsia ha concluido que el asesino quemó las huellas del cadáver.

- El pobre Padilla se va a quedar con la duda –comento.

Suena el teléfono. Lo miro sin ganas y le hago un gesto a López. Solícito, descuelga.

Presta atención. Luego me mira con ojos desorbitados, como si estuviera viendo otra vez la cara del monstruo. Cuelga.

- No se lo va a creer –comienza.

Lo dejo hacer, hastiado ya de día.

- El marido de la Josefa, el Francisco. Se ha tomado un bote de veneno.

Mateo hizo varias llamadas urgentes. Envió correos electrónicos y faxes a bancos, financieras, inmobiliarias. Dio órdenes tajantes. Había que detener todos los pagos. Detraer aquéllos que aún se pudieran. Ya haría frente a las demandas judiciales, lo importante ahora era no perder esos fondos. Sudaba a pesar del frío que huracanaba el aparato

de aire acondicionado. No se lo podía creer. Sólo había pagado pequeñas cantidades a cuenta al principio. Pero ahora que había venido Alain, que todo el proceso estaba en marcha, había considerado pasado el peligro y era el momento de echar el resto. Un riesgo mínimo, había calculado. No en vano se había ocupado de que todo estuviera en orden. Y ahora, la muerte de Alain. Pero lo peor habían sido las palabras de Mike. Todo era una venganza. Una gigantesca venganza. Alain había gastado unos pocos millones en levantar toda aquella patraña y los había engañado a todos, él incluido. Él, que se creía infalible.

- ¿Dinero? ¿Qué dinero? – había dicho Mike, sonriendo, elevando los hombros.- ¿Qué dinero?

Las palabras le martilleaban en la cabeza cuando apareció por la puerta Bárcenas. Su sola visión le alteró aún más. Le irritaba ver ahora a su lacayo, su torpe utensilio en todas aquellas transacciones que había pensado eran una mina de oro.

Bárcenas aterrizó frente a su mesa sin siquiera llegar a sentarse. Apoyó sus dos manazas gordas sobre la mesa, dejó caer las gruesas gotas de sudor desde su arrugada frente y espetó:

- ¿Qué va a pasar a ahora?

Mateo lo miró con resentimiento. Todo el resentimiento y el odio que hubiera podido destilar de tener frente a él al mismísimo Alain, que en el Infierno se pudra. Toda la frustración infinita que sentía por sí mismo. Le dio asco la presencia de Bárcenas.

- ¿Y el dinero? –preguntó Bárcenas, angustiado.
- ¿Qué dinero? –repitió Mateo, recordando las palabras de Mike.
- ¿Cómo que qué dinero?

El rostro de Bárcenas estaba pálido de sofoco y terror, a pesar de la rosácea textura de su gruesa carne. Se sentó en el filo de una silla de confidente sin apartar la mirada del rostro de Mateo. Estuvo a punto de caer al suelo al desequilibrarse la silla. Hubiera sido cómico de no ser trágico.

- ¿Y el dinero? –preguntó desmayadamente Bárcenas, a punto del infarto.
- No hay dinero –espetó Mateo, deseando que la mano que

Bárcenas llevaba al pecho fuera por algo más que un gesto reflejo. Pero Bárcenas se colocó bien en la silla y continuó mirándolo con esos ojos redondos y gordezuelos, de niño bobo. El trápala que se había creído tan listo, el que no hubiera llegado a pasar de una inmobiliaria de mala muerte de no ser por él se atrevía ahora a interrogarlo.

- ¿No hay dinero? –repitió, incrédulo, aterrado, Bárcenas.
- Ni un céntimo. Todo era un engaño.
- Pero, pero… He metido en este negocio hasta el último céntimo –afirmó desmayadamente, la boca salivosa entreabierta.
- Nadie te pidió que lo hicieras –espetó Mateo.
- Pero tú…
- Yo también perderé. Como todos. Pero seguiré aquí.
- ¿Y yo?
- ¿Tú qué?
- ¿Qué pasa con las escrituras, con los contratos?
- Te los comes.
- No es posible. No es posible…
- Tengo trabajo. Tengo mucho que hacer – dijo Mateo, esperando la retirada del otro. Pero Bárcenas no estaba para atender fórmulas de estilo.
- ¿Qué voy a hacer? He comprado cosas.
- No tenías que comprar nada. Eras sólo un intermediario.
- ¿Y mis comisiones?
- Ni una.

Bárcenas parpadeó como si le hubiera estallado una bofetada en la cara. Su camisa también acusaba vastas manchas de sudor. Estaba empapada de frustración y miedo.

- Tú también vas a perder –dijo con rabia.
- Claro –admitió Mateo.
- Más que yo –afirmó rebelde Bárcenas.
- Las sociedades que han comprado perderán. Que las persigan judicialmente, si pueden –despreció Mateo.
- ¿Y tu dinero?
- ¿Mi dinero? En mi casa y mis bancos.
- ¡Pero era dinero tuyo!

- Lo he parado –dijo Mateo con una sonrisa malévola.- He perdido una parte, como todos. No llores más.
- Pero yo lo he perdido todo.
- No has sabido jugar.
- Tendrás que pagarme.
- No tengo ningún contrato contigo.
- Tus sociedades sí.
- ¿Y quién dice que son mías? Mi nombre no figura en ninguna de ellas.

Bárcenas se puso en pie. Comprendía. Comprendía perfectamente que Mateo continuaría allí sentado mucho tiempo, más allá de cualquier contingencia, que Mateo era inalcanzable y que él había palmado como un pipiolo. Su sueño se convertía en pesadilla. Sus esperanzas, en carne de juzgado.

Retrocedió tres pasos, se quedó de nuevo quieto frente a Mateo, que ya ni lo miraba. Estuvo así un buen rato. Al final, Mateo levantó la cabeza. Ambos hombres vieron odio en los ojos del otro.

- ¿Aún estás aquí? Si tienes algún problema con el ayuntamiento puedo atenderte mañana. De lo contrario, estoy ocupado –dijo Mateo.

Bárcenas corrió hasta la puerta y salió. Ni siquiera dio un portazo. Dejó la puerta abierta por la que se iba el frío aire que barría la estancia.

Aparcamos el Golf junto al muro encalado de una tapia. La casa se Josefa se iergue, aviejada y endurecida, como ella, a unos treinta metros de las más cercanas. La barriada de Las Retamas se compone de unas veinte casas, la mayoría de dos plantas, algunas con viejas tapias rodeando lo que fueron y en algunos casos continúan siendo los corrales para guarda de los animales. La mayoría ahora los ocupan coches o tractores, o arreos de labranza y herramientas pesadas. Las calles están cementadas y en algunos tramos, el cemento se ha levantado. Pero en este lugar no iban a construir ninguna réplica de

Venecia, así que no se había molestado el ayuntamiento en repararlas. Los pocos vecinos suponen menos votos aún, así que no valen nada. Algunas farolas rotas jalonan las calles, desiertas a esta hora, aplastadas de sol y pereza. Se oye el zumbar de las moscas, enloquecidas del calor que nos aplasta en cuanto salimos del coche. López tose y se cala las gafas aún más, como si pudiera incrustarlas en la cara.

La casa continúa en una tapia que abarca una parcela grande, donde se levanta un pequeño almacén de puertas metálicas. La casa es de dos plantas. Una puerta de madera de doble hoja entre sendas ventanas con rejas en la planta baja y tres balcones arriba, todos con las persianas bajadas.

Ante la puerta vemos un grupo de gente. Esbozamos un saludo de circunstancias, López da una palmada en la espalda a un conocido y entramos en la casa. Suelos antiguos en el zaguán, levantadas algunas losetas, agrietadas otras. Un frescor inimaginable un metro más adentro nos recibe tras atravesar una cortina. A la derecha se abre una habitación de la que procede un murmullo de gentes. Al otro, una salita es ocupada en silencio por varios hombres y mujeres, de edad rozando la vejez, que apenas hablan, se miran en silencio y desvían los ojos a las paredes o al suelo, aburridos y tristones. Al frente, la puerta entreabierta deja ver una cocina de fogones antiguos y muebles de otra época.

Entramos en la habitación de la derecha. Josefa está sentada junto a un féretro extendido sobre caballetes y flanqueado de largos cirios. Tiene la mano apoyada en el ataúd y la expresión endurecida. Miro a mi alrededor, casi todo mujeres que recuerdan las antiguas plañideras. Vecinas, sin duda. Nos observan mientras atravesamos entre ellas. Josefa no se percata de nuestra presencia hasta que estamos a su lado. Sus ojos no muestran sorpresa. Fijo mi atención en su marido. El ataúd está cerrado y sólo se puede ver un trozo de cara. Sólo veo ojos cerrados y una frente amplia. Lo recuerdo ante mí, vital hace tan sólo dos días, enfadado porque removemos los recuerdos y el dolor, a pesar de que nos lo ha pedido su mujer.

Desde que he oído a López decir en voz alta que Francisco se ha

tomado un bote de veneno me niego a pensar que es casualidad. Una bruma oscura y sórdida se abre paso en mi cerebro, alertado aún sin ver, como un perro por el olfato.
Josefa se levanta lentamente. López se apresura a darle su más sentido pésame con aplomo de hombre que conoce la costumbre. Yo le doy la mano. Josefa me mira, me interroga con la mirada. Quiero preguntarle qué ha pasado, pero no es el momento. Como ella se vuelve a sentar, salimos de la habitación.
López se dirige hacia la puerta, pero me da horror pensar sólo en salir a la calle con el calor que hace, y estar rodeado de parroquianos curiosos, así que lo empujo hasta la cocina y entramos. Enciendo un cigarrillo junto al fregadero y le pregunto a López:
- ¿Qué ha pasado?
Se encoge de hombros. Sólo sabe lo mismo que yo. Le digo que salga y pregunte, que curiosee por ahí. Seguro que más de uno está deseando soltar la lengua.
Cuando me deja solo, observo la vieja cocina que me rodea. Donde Josefa ha pasado tantos años. Donde crecía y se alimentaba la niña que ya no puede hacer nada de todo aquello que debió hacer. Me acerco a la ventana. Veo el almacén, la puerta metálica entreabierta. Pienso en llamar a la guardia civil y que me digan lo que ha pasado, pues ellos han debido venir a levantar el cadáver junto al forense y el juez. Pero el escrúpulo me detiene: ¿por qué iba a interesarse el comisario por el suicidio de alguien a quien no tenía que conocer? Además, tal vez ahora Josefa quiera concluir su lucha. Lo que he visto no ha sido una mujer derrotada, pero la procesión va por dentro. Admiro la entereza de algunas personas, como la de Josefa, entera y firme después de tantas desgracias.
López irrumpe a mi espalda. Cierra la puerta de la cocina.
- Me han dicho que fue anoche, por eso ya ha dado tiempo a que levanten el cadáver e, incluso, le hagan la autopsia esta mañana a primera hora. Con estos calores, no podían dejarlo. Dicen que han cerrado el ataúd porque ya huele y no han pasado ni veinticuatro horas.
- ¿Cómo ha sido?

- Al parecer, anoche se tomó un bote de veneno, de esos para el campo, de fitosanitarios. Aquí los hay a patadas. Todo el que trabaja el campo tiene montones apilados en las casas. Todos los años tenemos cuatro o cinco suicidios iguales.
- Pero, ¿por qué? No daba la impresión de que tuviera la menor intención de hacer algo así.
López se encoge de hombros.

- ¿Qué sabemos lo que le pasa a un hombre por la cabeza? Tal vez llevara peor lo de la nieta que la vieja, a pesar de todo.
- Puede ser –admito.- ¿Te han contado detalles?
- Que Josefa salió a hacer unos mandados y cuando volvió a la casa lo encontró tendido en el suelo, junto a la escaleras. Creía que se había caído. Intentó levantarlo, pero no pudo. Entonces llamó a los vecinos. Luego vino la ambulancia y sólo pudieron certificar la muerte. Después, todo lo demás. La Guardia Civil y el forense y el juez. Había un vote de veneno al pie de las escaleras y una mancha de vómito.
- ¿Estas escaleras?

Abro la puerta de la cocina y miro el inicio de unas escaleras estrechas, pegadas a la fachada trasera de la casa, que ascienden al piso superior. Tiene un pasamos de madera reviejada y los escalones de loseta marrón. Junto al primer escalón se observa una mancha.
- Llama al forense, a ver qué te dice –le ordeno.
Mientras López marca en su móvil, entro en la cocina y busco la basura bajo el fregadero y tiro la colilla. Abro el grifo y echo un trago de agua. Sale fresca. Oigo a López explicar que sólo necesita una explicación extraoficial, luego asentir. En ese momento, veo a Amador que sale del almacén. Apenas abre la puerta para dejar salir su magro cuerpo y luego cierra con cuidado.

- Sí. Se ha tomado un bote de veneno. La causa de la muerte es clara –está comentando López a su interlocutor –repitiendo lo que dice el otro.

Salgo de la cocina sin decir ni media. López cuelga bruscamente y me sigue. Salimos a la calle y cruzamos por entre el grupo de vecinos y curiosos. Giro a la derecha y encuentro a Amador. Pega un bote

cuando nos ve. Pone expresión de espanto y tartamudea antes de decidirse a reconocerme.

- ¡Comisario! ¿Qué hace usted aquí?
- ¿Qué haces tú?
- Me he enterado y…

Siento el sol que me quema la nuca que no protege la camisa. Me arde la cabeza en sólo unos segundos al sol. Le hago un gesto y Amador abre la puerta lentamente y entramos en el almacén.

- ¿Qué hace usted aquí? –pregunta Amador, con expresión trastornada, mirando a su alrededor.
- No. ¿Qué haces tú aquí?
- Soy… Soy amigo de la familia. Usted lo sabe.
- ¿Tan amigo? ¿Desde cuándo estás aquí?
- Desde anoche.
- ¿Y eso?
- Me avisó Josefa –replica Amador, que recula inconscientemente ante mí.

López se aparta a un lado y descuelga el teléfono. Sale del almacén. Miro a los ojos a Amador, sé que él no resistirá. No me cuadra que Josefa llame a un hombre acabado al ver muerto a su marido. A un hombre con el que ya no tiene otra relación que haber sido alguna vez sospechoso de la muerte de su nieta.

- ¿Qué pasa, comisario?
- Dímelo tú.

Le empujo hasta la pared y miro a mi alrededor. Herramientas por todas partes. Azadones, picos, palas, espuertas. Un grupo electrógeno, un arado grande, un tractor pequeño y un motor. Gomas de riego, sacos de abono, botes de insecticidas. Arreos antiguos de bestias recubiertos de telarañas en lo alto de las paredes. El lugar es un horno. El techo de chapa debe quemar al contacto, porque abajo uno se siente como un mendrugo de pan horneado. Entra luz oblicua por las ventanas situadas en las paredes laterales.

- ¿Dónde estaba el cuerpo? –le pregunto.

La expresión de terror de Amador no deja lugar a dudas. Se separa de la pared y señala un lugar situado al fondo, junto a unas pacas de

paja.
Me inclino para observar el lugar. Aparto con la mano paja esparcida por el suelo. No dudo cuando descubro la mancha de un vómito, de sangre que no se ha podido limpiar del todo. Me iergo y continúo observando. Lo encuentro enseguida. Las pacas de paja forman un cubo perfecto, pero no todas. Una de ellas presenta un boquete en una esquina. Quito las de encima y la saco.
Entra López.

- Comisario. He vuelto a llamar al forense. Antes no le he preguntado más que la causa de la muerte. Eso está claro. Pero presentaba unos hematomas en las manos y el pecho y uno pequeño en el cuello. Los achaca a la caída por las escaleras.
- No se cayó por ningunas escaleras, ¿verdad, Amador?

López nos mira con la boca abierta. A mí, a Amador.
Saco la paca de paja agujereada y la observo. Le quito el precinto de cuerda y la abro. Abro la paja con las manos. Pronto encuentro lo que temo. Un plomo. Y otro. Y otro.

- Además, comisario. Amador ya estaba aquí cuando vinieron.
- Amador estaba aquí desde el principio –afirmo, mirándolo.

Amador compone una expresión de pánico.

- ¿Quién ha disparado aquí, Amador?
- Yo no sé nada.

No necesito más.

- ¿Qué pasa, comisario?
- Eso nos van a explicar.

Agarro a Amador del brazo y salimos. Cerramos la puerta con el candado. Volvemos a la casa y le ordeno a Amador que se acerque a Josefa y le diga que quiero hablar con ella. Cuando la veo salir tras él avanzo por el pasillo y subo las escaleras, para que me sigan. En el piso de arriba me recibe un distribuidor y sendas habitaciones a los lados. Continúo por el tramo de pasillo más largo, buscando la habitación más alejada de las escaleras. Abro la puerta y es un dormitorio. Un dormitorio de niña. Impecablemente limpio y cuidado. La ventana entornada deja entrar una luz que confiere a la estancia una agradable penumbra.

- ¿Tiene que ser aquí? –pregunta Josefa, que entra en la habitación tras mis pasos, seguida de Amador y López.
- Creo que no puede haber un lugar más adecuado, ¿verdad, Josefa?

La mujer frunce los labios, mira a su alrededor y enseguida se suaviza su expresión.

- Cuénteme qué pasó anoche.

Josefa, ajena a la expresión de temor de Amador, quien esboza un gesto para hacerla callar que luego contiene, me mira a los ojos.

- Le estoy muy agradecida. Cualquier cosa que haga a partir de ahora no cambiará eso.

Se detiene y sus ojos se vuelven repentinamente húmedos. Se lleva las manos a la boca. Esboza un sollozo que contiene. Suspira. Toma aire y habla.

- La niña… Mi niña. No tenía por qué tener papeles de caramelos en los bolsillos. Esos papeles… Eran de los caramelos que comía… Francisco. Siempre los comía él y le daba a la niña. Pero la ropa de ese día era limpia. No había nada en los bolsillos. Yo misma lo comprobé, porque le puse los pañuelos y sus cositas en los bolsillos de su ropa limpia.

La expresión de López es de espanto a medida que comprende. La de Amador, de temor. La mía, ni siquiera puedo imaginarlo.

- ¿Por qué tenía ese papel en los bolsillos? ¿Por qué no me lo dijeron entonces? –se queja Josefa.

Siempre guardan algún dato de la investigación, filtrando otros. Esos datos ocultos sólo pueden saberlo ellos y el asesino. Tal vez entendían, con buen criterio, que ese detalle podría llevarlos al asesino. Lástima que lo ocultaron a la única persona que podía descubrirlo. En cambio, lo he hecho yo, irreflexivamente, irresponsablemente. Ahora comprendo que soy el responsable de la muerte de Francisco. El único responsable.

- ¿Ha matado a un hombre, a su marido, porque había un papel de caramelo en el bolsillo de la niña?

Josefa me mira con reproche de ojos que se van secando a medida que habla, cada vez más dura.

- Si estaba el plástico del caramelo, es que había estado con ella esa mañana. No hay más. Y él había dicho que no. ¿Por qué?
- ¿Y qué paso anoche?
- Se lo dije.

Josefa arruga otra vez los labios, la mirada desafiante posada en mí.

- Y dijo que no. Al principio.
- Pero luego dijo que sí –saltó Amador.- Y encontramos el zapato.
- ¿Qué zapato? –pregunta López.
- El zapato derecho –dice Josefa, tranquila, fría, mientras me mira a lo más profundo de los ojos, a lo más profundo, donde nadie ha mirado jamás.
- El zapato de mi niña, tan cerca –continúa.
- Estaba escondido en el almacén. En un agujero –explica Amador.
- Cuando se lo dije, chilló –dice Josefa, serena.- Dijo que estaba loca. Pero yo estaba prepará. Le puse los cañones delante y le dije: Has sido tú y lo vas a pagar.
- Lloró como un cobarde –recuerda Amador.
- Suplicó. Creyó que me iba a ablandar al ver el zapato de mi niña. Y nos llevó al almacén.
- Ahí se nos ocurrió que se tomara el bote de veneno –afirma Amador, decidido como seguramente no lo ha estado jamás, echándose para adelante. Ya no le importan las consecuencias.
- Lo hice yo sola, comisario. Si quiere detenerme, lo contaré todo, pero de ahí no saldré. Amador vino después.

Josefa intenta cargar sola con el muerto, aunque ya es tarde. Amador se ha desatado. Digno y entero como no lo ha estado jamás.

- ¿Y por eso lo asesinó? –le pregunto.
- Se tomó el bote porque no tenía escapatoria –repuso Josefa.
- Con una escopeta apuntándole a la barriga, ¿no, Josefa? –espeto.

La mujer me mira, desafiante, orgullosa.

- Dijo que había sido un accidente, pero es mentira –salta otra vez Amador.
- ¡Bah! –replicó con desdén Josefa.- Por una accidente la niña no

hubiera tenido…

Entonces rompe a llorar otra vez.

- Indicios de abusos –añado.

Ella afirma con la cabeza.

López me mira, aterrado, interrogante.

El cuadro que componemos es el de cuatro desgraciados. Dos policías alucinados. Uno culpable del crimen que han cometido una vieja resentida y un alcoholizado hombrecillo.

Me pongo las gafas de sol.

- No voy a ir al entierro, Josefa.

López y yo salimos de la habitación de la niña, sin mirar atrás. Nuestro camino de vuelta es un silencio repleto de aire frío del coche y de sudor ya imposible de evitar, de palabras que se acumulan pero es pronto para expresar, de terror inimaginado, de culpabilidad de ingenuo estúpido en mi caso.

- ¿Has perdido mucho dinero?
- Más se perdió en Cuba.

Mateo no ganaba hoy para disgustos, pero era un hombre duro. Tras la marcha de Bárcenas, ahora el viejo guardia civil, un incordio sin tricornio siquiera, se presentó en su despacho.

- Sí, pero entonces no lo perdiste tú.

Mateo se encogió de hombros.

- Todos hemos perdido.
- ¿Y todas esas fincas que habéis comprado?
- Las compraron sociedades.
- Pero eran tuyas.
- Yo no figuraba en ninguna de ellas.
- Pero alguien tendrá que pagar.
- Si no hay dinero no se paga.
- ¿Entonces?
- Supongo que las tierras, tras numerosos pleitos, volverán a sus dueños de antes. Para valer lo mismo que entonces: una mierda.

Padilla se quedó pensativo.

- ¿Y los bancos que han puesto dinero?
- Entonces se las quedarán los bancos.
- ¿Y las personas que las vendieron?
- Ellos también quisieron hacer su negocio. Han jugado y han perdido. Como todos.
- Sois unos hijos de puta. Eres un hijo de puta.

Mateo sonrió con condescendencia.

- ¿Tú eres un santo? ¿O sólo eres un infeliz que nunca ha tenido un duro?
- Por menos de eso, en otro tiempo podría haberte partido la cara.
- Afortunadamente, esos tiempos pasaron hace mucho. No sé si te has enterado.
- Para ti, cualquier tiempo es bueno.
- Si permite hacer negocios… –respondió Mateo, encogiéndose de hombros.

Se miraron sin tapujos, odiándose lentamente.

- ¿No sabrás por qué alguien intentó atropellarme ayer?
- ¿Cómo voy a saberlo?
- Porque eres la persona a la que no le hubiera importado hacerlo.
- Lo tomaré como un cumplido. Pero no seas melodramático, habrá sido un simple accidente.
- Seguro –aceptó cínicamente Padilla. Y luego añadió- Sabías quién era, ¿verdad?

Mateo sabía que ya no era necesario disimular. Ya no tenía importancia. Todo había acabado.

- Claro.
- ¿Cómo lo supiste?
- En cuanto lo ví y me expuso su proyecto.
- ¿Cuál de los dos era?
- No lo sé. Ni me interesaba. El vivo, eso era lo importante.
- ¿Cuántos más lo reconocieron?
- Ni idea. Sólo que en tiempo de bonanza nadie cree en Dios. A

nadie le importaba un crimen de hacía treinta años si traía dinero.

- Parece que a alguien sí le importaba.

Se miraron en silencio y, finalmente, Padilla se levantó, lentamente, acusando aún el daño padecido en la caída, al esquivar el coche.

- Cualquier día vas a tener un accidente –amenazó antes de salir.

Ramiro Pinilla contó el dinero por tercera vez. Sentía el tacto de los billetes azules y no podía negar que le embargaba una lujuria mezquina e intensa, como un deseo prohibido. Había oído las noticias. El hombre que estaba detrás de todo aquello había sido asesinado. ¿Qué pasaría ahora?, se preguntaban todos los periodistas en los noticiarios, en los boletines horarios, en las tertulias que se sucedían desde media mañana sin cesar. No había otro tema de conversación en toda la ciudad. Por supuesto que no. Éste era demasiado importante. Todo el futuro de Baria y su comarca habían muerto con aquel disparo de escopeta, decían melodramáticamente algunos tertulianos. Se trata de un proyecto serio y perfectamente estructurado, que continuará a través de las sociedades propietarias de los proyectos y de las adjudicatarias de llevarlos a cabo, objetaban otros.

Ramiro observó a Requena, su textura de piel maquillada ocupaba toda la pantalla en un primer plano. Odió su cabellera cana, su barba cuidada, su apariencia pulcra. Él sabía lo que se escondía tras aquella versión edulcorada que se colaba en las casas a la hora del telediario local. Él había sufrido sus soterradas invectivas, había visto en vivo cómo, a través de sus palabras, a través de los planos que ofrecía el realizador, se enaltecía el proyecto y se dejaba a la altura de adolescentes sin recursos ni ideas la propuesta de la Plataforma. Se sentía humillado. Por el hombre vestido de negro, por el periodista. Por su propia debilidad al haber aceptado el dinero. No podía escudarse en el miedo. Tal vez la primera vez. Pero había esperado más. Mucho más. Estaba convencido aquella noche cuando aceptó estudiar los planteamientos de los informes del catedrático, más falsos que monedas de madera. Él sabía la verdad. La supo siempre. Como

Greta.
Guardó los billetes en el fondo de un armario, envuelto en una bolsa de plástico que los preservara. Se los había ganado. Tal vez suciamente. Pero, ¿qué iba a hacer con ellos, devolverlos?
Marcó el número de teléfono de Greta. Una vez. Dos veces. Le gritaría exultante que todo había acabado, que él no creía que pudiera seguir el proyecto sin el máximo impulsor. Ella le preguntaría por qué no había estado en la manifestación de esta mañana. Él le diría que había estado consultando con algunos expertos cómo rebatir los informes de la promotora. Que sólo quería dar una apariencia de seriedad a su postura, mostrar que no era una confrontación radical, sino basada en estudios científicos, en un respeto profundo por el medio ambiente y por los restos arqueológicos.
Tal vez le preguntara por qué no apareció tampoco anoche, cuando comenzaron las obras en Las Tres Cruces. No me enteré, diría. Nadie me llamó.
Marcó el número de Greta una vez más. Pero esta vez tampoco contestó. No saltó el contestador. Ni siquiera le quedó el consuelo de dejarle un mensaje.

La vieja gritaba a través del teléfono.

- ¿Qué dice?

Padilla ya estaba un poco duro de oído. Y de vista. Y de movimientos. Y de… Y encima se había hecho polvo al esquivar al coche. Sí. Fue un aviso por molestar al francés en El Almejero. Aunque pensaba que lo había ordenado el francés, sabía que Mateo tampoco hubiera tenido escrúpulos. Pero ahora eso no tenía importancia. El francés ya tampoco iba a molestar a nadie.

- Que ha venido a por ella –gritó la vieja.
- ¿Pero quién es usted? –preguntó Padilla, pegándose el móvil a la oreja.
- Soy la abuela de Luisa –acertó a decir, por fin, la mujer. Padilla recordó que, efectivamente, cuando la había visitado, le había

dejado su número de teléfono, por si quería decirle algo o por si la nieta accedía a hablar con él.

- ¿Y quién dice que ha ido a por ella?
- El hombre de negro –gritó la abuela.
- Dígame qué ha pasado.

La abuela contó, atropellada, que su nieta había estado en su casa desde que habían salido del cuartel esa tarde, que ella había declarado que su nieta estuvo con ella toda la noche, lo que repitió dos veces. Añadió que había preparado su equipaje, porque se iba de viaje. Y que cuando iba a salir por la puerta, se había acercado el hombre de negro y le había dicho a Luisa que quería hablar, pero su nieta se había negado. Que ella se había interpuesto entre ambos. No, no le había hecho nada. Pero cuando Luisa había subido a su coche y se marchaba, el hombre de negro había subido al suyo y la había seguido. Estaba segura…

- ¿Dónde va su nieta? –preguntó Padilla.
- Al cortijo. Quiere ver el cortijo por última vez y luego se irá –gritó la vieja.

Padilla volvió a coger la pistola de su armario. Sin decirle nada a su mujer, que trajinaba en el piso de abajo, salió por la puerta y se subió al coche. Arrancó suavemente y aceleró hasta que salió de su calle. Su mujer ni se había enterado.

Cruzó las cuatro calles de la ciudad que lo separaban de la circunvalación, atestada a esa hora de coches que vuelven de la playa, de coches que van a la playa. Calculó el tiempo que tardaría Luisa en llegar al cortijo. Ella tendría que atravesar media ciudad antes de coger la misma circunvalación, así que si la abuela había llamado nada más irse, podría llegar al mismo tiempo. Aceleró el pequeño utilitario, empujó lo que pudo, cruzó carriles como no había hecho desde su juventud. Sintió removerse la sangre como si tuviera veinte años menos. Echó de menos una buena sirena. Mira que no haber robado ninguna cuando se jubiló. Aunque no fuera más que para saltarse los atascos de las visitas semanales al centro comercial que tanto excitaban a su mujer. Entonces se le ocurrió. Marcó el número del comisario. Cuando descolgó le expuso la situación y le dijo que

temía por la chica y dónde podría encontrarlos. Dos pistolas son mejor que una.

Recordó un viejo atajo y salió de la circunvalación tan sólo un kilómetro más allá de la ciudad. Se evitaría parte del atasco.

Cuando por fin llegó a La Vieja Dama, ellos ya estaban allí. Vio un estrambótico coche rojo y tras él un pequeño Opel. Los dos coches estaban detenidos junto al camino de entrada desde la comarcal al cortijo. Se tranquilizó al ver la figura de la mujer, que permanecía de pie frente a la fachada desvencijada de la casa. Sola. Padilla aparcó tras el coche americano, para impedirle la retirada en caso necesario y bajó del coche. Guardó el arma en la cintura. Se sacó la camisa por fuera para ocultarla y se acercó a la mujer.

Una brisa que antes no había advertido Padilla movía el cabello de Luisa. Le recordó alguna estampa antigua. Incluso el vestido de la chica parecía de un corte antiguo. Cuando estuvo a su altura, la miró, sin que ella hiciera el menor gesto, y entonces cayó en la cuenta, a pesar del tiempo transcurrido: llevaba el vestido de la madre, con el que la había encontrado. Alguien había reparado la tela del pecho, destrozada por un disparo de escopeta, pero era el mismo, o uno parecido. Padilla sufrió un escalofrío, le parecía una rememoración macabra. Esa chica estaba de atar, pensó.

En ese momento todo estalló. Las viejas paredes y la techumbre desvencijada parecieron elevarse por los aires varios metros y convertirse súbitamente en una bola de fuego. Padilla casi se cae de culo.

- ¿Qué hace usted aquí? –pregunto entonces Luisa.
- Me ha llamado tu abuela. Temía por ti. Dijo que el matón del francés te seguía.

Luisa hizo un gesto que le pareció de asentimiento, y continuó mirando el fuego. El sol había ocultado su presencia tras las montañas lejanas y aunque mantenía una textura de metal líquido en el aire, entre gris y azul metalizado, las llamas se reflejaban en el rostro de la mujer. Padilla la observó de perfil. Intuyó que en el bello rostro se dibujaba una sonrisa apenas insinuada, que se suavizaba la expresión adusta que tanto contrastaba en un rostro tan hermoso.

Oyó un ruido y miró a su espalda. El comisario y López salían de un Golf que dejaron cerrando el camino.

Veo las figuras del viejo guardia y de la chica perfiladas por las llamas. Llevo la mano a la pistola y la dejo ahí, por si acaso. Hoy he tenido suficientes sorpresas.

Cuando estamos junto a ellos, el guardia nos saluda con un gesto de cabeza y la chica ni nos mira. Resulta extraño verla con una ropa tan pasada de moda. No quita ojo de las llamas que devoran la vieja edificación. Se alzan ahora débiles y mezquinas, sin poder morder suficientemente en las viejas maderas comidas de carcoma de puertas y ventanas, en los paramentos de adobe y barro y piedra medio caídos.

- Tengo que saberlo –dice Padilla, dirigiéndose a la chica.- ¿Cuál era de los dos?

Luisa se vuelve y lo mira con atención.

- Usted fue el hombre que dejó escapar al asesino de mi madre –repite la feroz acusación de la abuela.

Pero Padilla no parpadea.

- ¿Quién era?

Ella se encoge de hombros.

- Ya no importa.

Se produce otro estallido. Nos encogemos instintivamente y echamos mano de las armas. Un instante después, un viejo horno situado junto a la tapia vomita llamas de su interior, como la boca de un viejo y cruel dios pagano. Tras sus muros redondos surge la figura de un hombre que viste de un incongruente y riguroso negro.

Padilla avisa, llevando su mano al costado.

- Es el guardaespaldas del francés.

Siento la tensión de Padilla, cómo empuña el arma con fuerza a medida que el otro se acerca a nosotros, cómo la mantiene apuntando al suelo, dispuesto a elevarla. Pero el hombre de negro ni siquiera nos mira.

Si sitúa frente a Luisa. Introduce la mano en el bolsillo de su chaqueta. Padilla levanta a medias la pistola. Pero la baja cuando comprueba

que el otro saca un colgante de oro con forma de corazón y se lo tiende a la mujer. Ésta lo coge entre sus manos. Sonríe con tierna satisfacción cuando lo abre. Miramos como podemos. Sólo acierto a descubrir sendas fotografías de una mujer y de una niña. No hay que ser un genio para darse cuenta de que se trata de su madre y de ella. La historia que me contó Padilla asalta mi memoria y siento un escalofrío al temer que esta tierra también esté ahíta de viejos odios y pasiones atroces.

Luisa cierra el corazón de oro y se cuelga la cadena al cuello.

- Dime que me vaya contigo –dice el hombre de negro.

Luisa sonríe, pero no a él. A nadie. Sonríe porque más allá de ese hombre de negro mira de nuevo el viejo cortijo cuya techumbre acaba de caer, tal vez sepultando muchas cosas. Luego se da media vuelta y se aleja, sin responderle siquiera.

Nos queramos mirándola. La vemos alejarse, el paso ajeno a los mortales que la admiramos, las piernas de escultura lejana, el cuerpo de guitarra del que brotan unas notas de amor desdichado y adioses.

Sube al coche, arranca, gira, sale de la finca atravesando un terreno pedregoso porque he dejado el coche obstruyendo el camino de salida, y todos sabemos que no nos dedica ni una triste mirada de desdén.

Los cuatro hombres, en silencio, nos acercamos a los coches. El hombre de negro se apoya en un Camaro rojo y saca un paquete de cigarrillos. Lo miro a los ojos, pero no descubro humedades, sólo lejanía. Enciende un cigarrillo. Guardamos todos las armas y Padilla se acerca a su coche, abre la puerta, coge algo y vuelve. En la mano lleva un puro que se pone en la boca. Se apoya en el Camaro rojo y le pide fuego al otro. Echa largas bocanadas y parece un hombre satisfecho.

- ¿Quién era, Mike? ¿Es así como te llamas, no? ¿Quién era el muerto, cuál de los dos?–pregunta, dominado por una ansiedad que no puede reprimir.

Mike lo mira, sorprendido. Luego se ríe. Se encoge de hombros.

Nos acercamos López y yo y nos sumamos a los fumadores. Tengo la sensación de algo acabado. Como todos, supongo. Aunque López y yo con más motivo después de lo que hemos descubierto esta tarde.

- ¿No los va a detener, comisario? –preguntó López cuando

llegamos a la comisaría, refiriéndose a Josefa y a Amador.

Tardé un buen rato en responderle. ¿Qué hacer?

- ¿Qué podemos probar? El tío se tomó un bote de veneno y a la mierda. Eso dice la autopsia y es lo que hay. Lo demás son conjeturas.
- Pero han confesado, comisario. Y ha muerto un hombre.
- No me duele que haya muerto. Pero no soporto que haya sido por mi culpa –dije, mordiéndome los labios.

López, sentado frente a mí, en mi despacho, parecía reflexionar.

- Haz lo que consideres oportuno, López. Lo dejo en tus manos. Yo me las lavo, como Pilatos. Esto es demasiado para un pobre policía acostumbrado a la guerra sucia.

No le hizo mucha gracia que dejara sobre sus hombros la responsabilidad de detener a Josefa y Amador. No me comprendía, como no me comprendía yo.

- ¿Todas las mujeres de aquí son así? –pregunto ahora, apoyado en el coche.

Seguramente sólo López conoce el alcance real de mi pregunta.

Sus miradas de estupefacción me hacen sonreír. Luego, Padilla continúa a lo suyo:

- Me da igual quién lo ha matado, pero ¿quién era?

Suena ya a súplica a Mike, pero éste sólo sonríe íntimamente.

- Dicen que cuando de un crimen no se encuentran pruebas sólidas en las primeras veinticuatro horas, es muy probable que no se resuelva –responde Mike sonriendo tristemente.
- ¿Pero quién demonios era?

Nadie le responde. Padilla, finalmente, lo admite. Se encoge de hombros y fuma de su farias.

- ¿Es peligrosa? –pregunta López, mirando el rastro que parece haber dejado en el aire la mujer que nos ha ignorado a todos y que acaba de marcharse, no fiándose ya ni de su sombra.
- Podría romperte el corazón –responde, sabio, Padilla.
- Un muerto pesa más que un corazón roto – apunta López, dejándome boquiabierto, conocedor de literaturas brillantes.
- No. Un corazón roto pesa mucho más que un muerto –replica

Mike, que deja de mirar la huella invisible que ha dejado la mujer, se introduce en el Camaro y arranca.

Nos apartamos y sale levantando una nube de polvo. Se deja parte de los bajos en el terreno duro y seco y chirrían las ruedas luego en el asfalto.

- ¿Quién era el muerto? –le pregunto a Padilla.

Pega una chupada al farias y se encoge de hombros.

- Uno de los dos. Qué se yo. Que le den. Que les den a los dos…

Padilla camina hasta su coche. Abre la puerta. Duda. Hace un gesto de tirar el puro, pero se arrepiente.

- De todas formas se va a enfadar mi mujer –comenta.

Se introduce con movimientos torpes en el coche, pero una sonrisa íntima en la cara.

López y yo nos quedamos en silencio. Nos acercamos al golf. Allí, le ofrezco otro cigarrillo y nos volvemos a mirar el viejo cortijo, ya ruinas comidas de llamas lentas y hambrientas, una bella estampa en el anochecer color ceniza. Las llamas iluminan un algarrobo, unas pitas, una higuera, una almuzara.

- ¿Se ha dado cuenta? Hay brisa. Ya no hace tanto calor –comenta López, sorprendido.
- Esto es precioso –se me escapa en voz alta lo que no es más que un pensamiento.

López asiente y nos quedamos mirando la noche que cae sobre el cortijo lenta, suave, dulcemente. En el horizonte, las montañas de Sierra Cabrera, imponentes y viejas, son una sombra espectral. Alrededor no veo más que tierra seca y dura, árboles solitarios que uno se pregunta cómo sobreviven, retamas, hierbajos. Me viene a la cabeza la huida de Luisa, la mirada dura de Josefa tras la muerte de Francisco. Una tierra así puede engendrar mujeres así.

- ¿Has pensado que vas a hacer?

López mueve la cabeza a un lado y a otro, mirando el suelo.

Tiro la colilla. López hace lo mismo. Tomamos la comarcal, asfalto requemado. Una brisa ligera parece haber roto la campana ardiente del cielo. Abrimos las ventanillas y conduzco lentamente, saboreando la brisa con la piel de mi rostro. No sabemos dónde vamos. A la

comisaría, seguro que no. Tal vez a tomar algo de alcohol. Creo que es el momento de adelantar la medicina de mis tres gintonic. Estoy seguro de que a López le gustará acompañarme cuando lo oigo resoplar y decir:

- Puto día.

Baria, mayo-septiembre 2010.